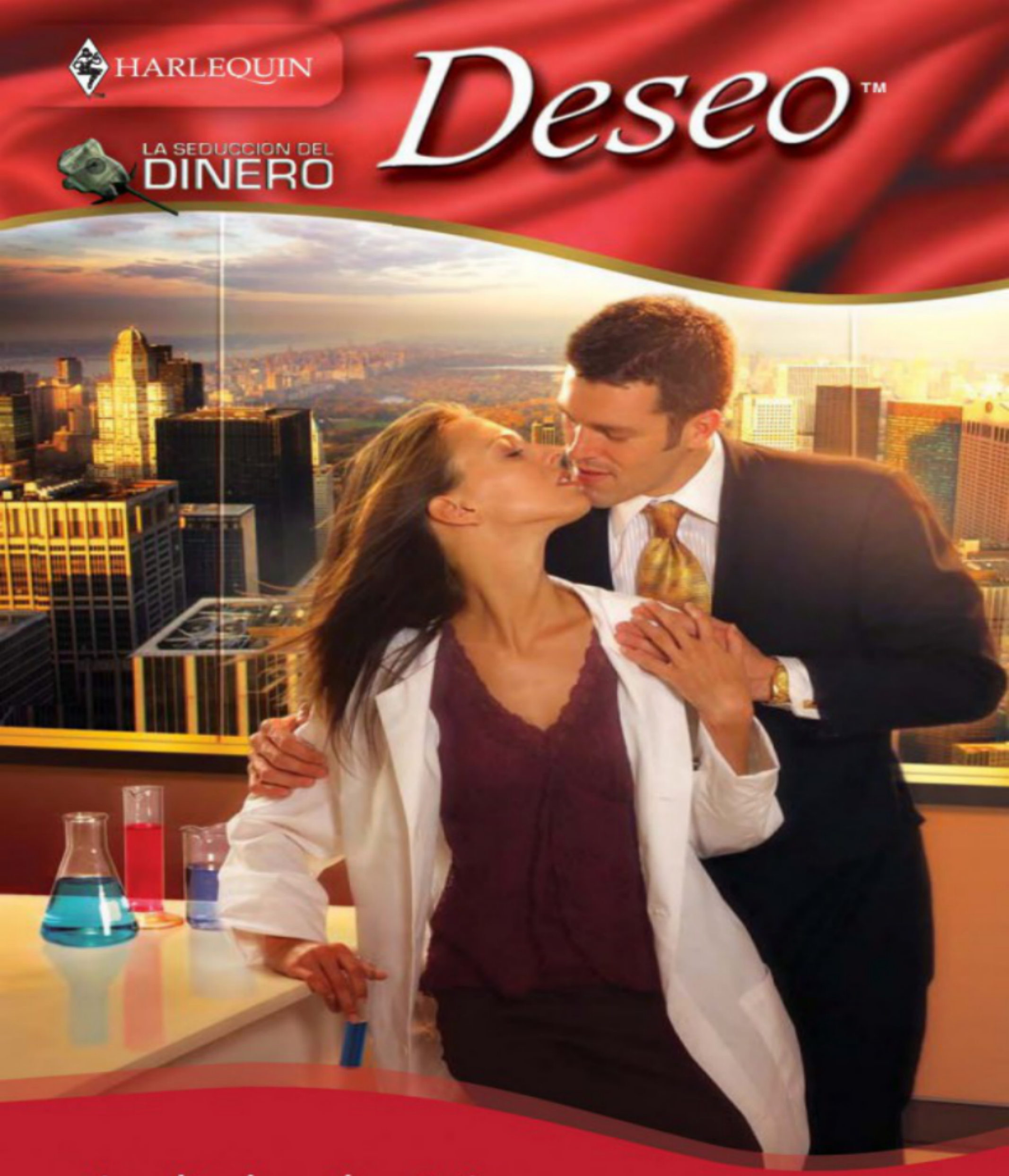
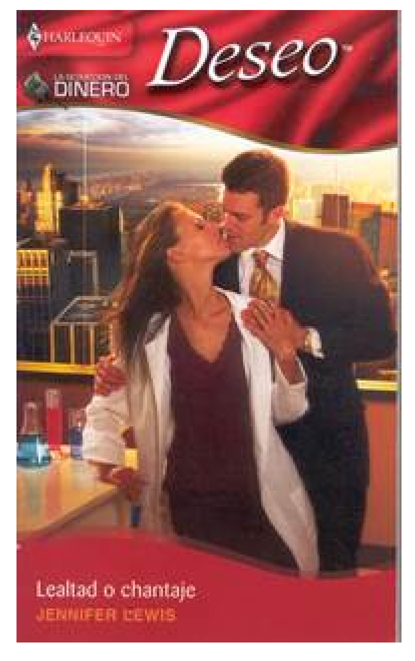

HARLEQUIN
Deseo™
LA SEDUCCION DEL
DINERO
Lealtad o chantaje
JENNIFER LEWIS

Lealtad o chantaje

Jennifer Lewis

1º La seducción del dinero



Lealtad o chantaje (2010)
Título Original: Millionaire's secret seduction (2009)
Serie: 1º La seducción del dinero
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1703
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Dominic Hardcastle y Bella Andrews

Argumento:

Tenía para ella planes de seducción.

Era difícil escapar de la dinastía de una familia multimillonaria. Y eso era lo que Dominic Hardcastle pretendía hacer. Hasta que conoció a Bella Andrews, una empleada de su padre. Bella era una mujer intrigante y estaba dispuesta a arruinar a su padre, un hombre despiadado y desconocido para él. Así que Dominic se ofreció a guardar el secreto… a cambio de su compañía. Bella debía tener cuidado con Dominic, porque tenía poder para destrozar sus planes. De pronto, su objetivo no parecía tan sencillo, ni su corazón estaba a salvo.

Capítulo 1

—¡Márchese antes de que llame a los guardias de seguridad!

La voz de la mujer retumbó en la amplia habitación. Dominic di Bari pestañeó a causa de la intensa luz que entraba por los ventanales.

Al parecer, ella no tenía ni idea de quién era él. Dio un paso adelante.

—He dicho…

—Ya he oído lo que ha dicho —contestó dirigiéndose hacia la silueta que estaba al otro lado de la habitación—. No creo que nos hayamos conocido antes.

—El seminario de formación en ventas es en la planta decimocuarta. Esta es la decimoquinta —caminó hacia él y sus zapatos de tacón retumbaron en el suelo de mármol.

Él entornó los ojos, pero no pudo ver mucho. Ella llevaba una bata de laboratorio de color blanco. Sobre las mesas había ordenadores y equipos de alta tecnología. El suelo blanco de mármol intensificaba el brillo del sol que entraba por las ventanas.

—¿Esto es un laboratorio?

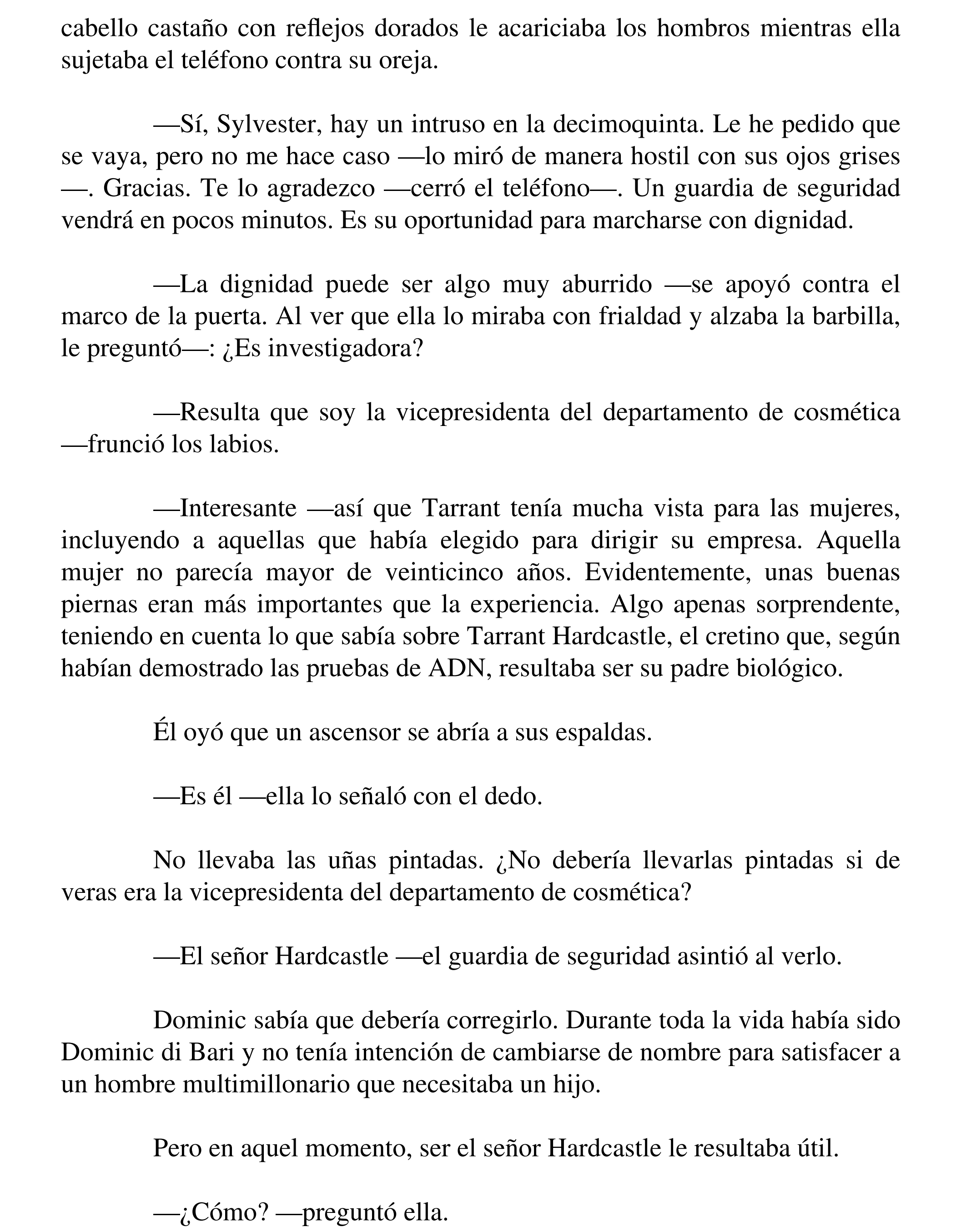
—No creo que eso sea asunto suyo.

—Hace una semana llegué a un acuerdo con ustedes —antes de que una extraña llamada de teléfono volviera su vida patas arriba.

—Le advertí que llamaría a seguridad —sacó un teléfono del bolsillo de su bata.

Él no pudo evitar fijarse en sus largas piernas. Ella marcó un número mientras daba golpecitos en el suelo con un pie.

Él es cruzó de brazos y contuvo una sonrisa. A juzgar por aquellas piernas, apostaría que bajo aquella bata había un cuerpo impresionante. El



cabello castaño con reflejos dorados le acariciaba los hombros mientras ella sujetaba el teléfono contra su oreja.

—Sí, Sylvester, hay un intruso en la decimoquinta. Le he pedido que se vaya, pero no me hace caso —lo miró de manera hostil con sus ojos grises —. Gracias. Te lo agradezco —cerró el teléfono—. Un guardia de seguridad vendrá en pocos minutos. Es su oportunidad para marcharse con dignidad.

—La dignidad puede ser algo muy aburrido —se apoyó contra el marco de la puerta. Al ver que ella lo miraba con frialdad y alzaba la barbilla, le preguntó—: ¿Es investigadora?

—Resulta que soy la vicepresidenta del departamento de cosmética —frunció los labios.

—Interesante —así que Tarrant tenía mucha vista para las mujeres, incluyendo a aquellas que había elegido para dirigir su empresa. Aquella mujer no parecía mayor de veinticinco años. Evidentemente, unas buenas piernas eran más importantes que la experiencia. Algo apenas sorprendente, teniendo en cuenta lo que sabía sobre Tarrant Hardcastle, el cretino que, según habían demostrado las pruebas de ADN, resultaba ser su padre biológico.

Él oyó que un ascensor se abría a sus espaldas.

—Es él —ella lo señaló con el dedo.

No llevaba las uñas pintadas. ¿No debería llevarlas pintadas si de veras era la vicepresidenta del departamento de cosmética?

—El señor Hardcastle —el guardia de seguridad asintió al verlo.

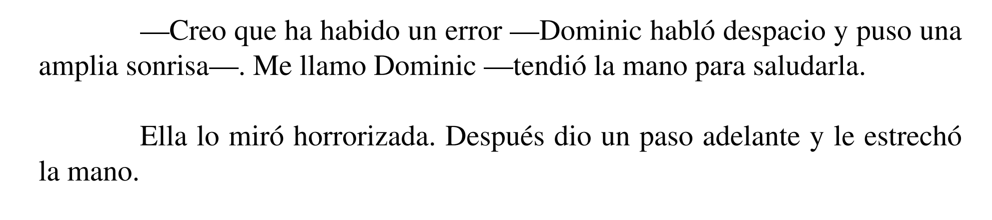
Dominic sabía que debería corregirlo. Durante toda la vida había sido Dominic di Bari y no tenía intención de cambiarse de nombre para satisfacer a un hombre multimillonario que necesitaba un hijo.

Pero en aquel momento, ser el señor Hardcastle le resultaba útil.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Ya ha oído a este hombre —dijo Dominic—. Sylvester, ¿hay algún problema?

—La señorita Andrews mencionó que había un intruso.



—Creo que ha habido un error —Dominic habló despacio y puso una amplia sonrisa—. Me llamo Dominic —tendió la mano para saludarla.

Ella lo miró horrorizada. Después dio un paso adelante y le estrechó la mano.

—Bella Andrews. No tenía ni idea. Le pido disculpas. En este laboratorio trabajamos con materiales muy sensibles y no podemos permitir que entren extraños…

—Lo comprendo —ella tenía la piel suave y delicada, tal y como debía ser dada su profesión.

Tras estrechar su mano, ella se volvió hacia el guardia de seguridad.

—Gracias, Sylvester. Siento haberlo molestado.

Permanecieron en silencio mientras Sylvester salía de la habitación.

—¿Eres pariente del señor Tarrant? —preguntó ella, y se sonrojó.

—Soy su hijo —contestó con una fría sonrisa—. Vas a decirme que no sabías que tenía un hijo, ¿verdad?

—Yo, hum… —se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Mi padre me ha invitado para mostrarme cómo funciona la empresa —dio un paso hacia delante—. Repetiré mi pregunta, ¿esto es un laboratorio?

—Sí, es el laboratorio de desarrollo —él se fijó en cómo quitaba el polvo del monitor de un ordenador con sus delicados dedos—. Debo disculparme otra vez. Espero que te hayas dado cuenta de que intento proteger los intereses de la empresa.

—Lo comprendo. La fuente de la eterna juventud debe protegerse a toda costa.

Sus ojos ya se habían acostumbrado a la luz y él podía ver el final de la enorme habitación. Los fogones y los fregaderos estaban separados de los equipos informáticos y de otras máquinas. No se veían tubos de ensayo ni vasos de precipitados. Debían de estar guardados en los armarios que había en la pared del fondo.

—Deja que adivine, ¿en realidad tienes setenta y ocho años?

Un hoyuelo apareció en su mejilla.

—No tantos. Aunque hemos hecho grandes avances en productos antienvejecimiento. ¿Tienes experiencia en ese campo?

Ella metió las manos en los bolsillos de la bata y la prenda se quedó ceñida a su espalda.

—Me temo que no. Estoy aquí para aprender.

Para aprender todo lo posible sobre Tarrant Hardcastle y su malvado imperio, donde una semana antes era muy mal recibido.

Dominic todavía no había superado el hecho de haber perdido la posibilidad de adquirir la cadena de farmacias con la que contaba como inversión inmobiliaria para su cadena de tiendas de alimentación. Tarrant había ofrecido un precio menor y las había conseguido otra vez. Todo para que las tiendas permanecieran tapiadas, un mal que ocurría en las calles principales de al menos cincuenta pueblos de los Estados Unidos.

¿Tarrant sabía que había fastidiado a su propio hijo? ¿Lo habría hecho a propósito como una demostración de poder?

A Dominic le hervía la sangre al pensar en ello. Pero de un modo u otro, se desquitaría.

Bella Andrews recogió los papeles que estaban esparcidos por la encimera y los metió en un cajón. Respiraba de forma acelerada y parecía nerviosa.

Y quizá debería estarlo. Su actitud prepotente y su manera de fruncir los labios con desaprobación provocaban que él sintiera ganas de darle una dulce venganza.

Tenía que librarse de él. Y por fortuna no había mirado los archivos que ella estaba leyendo. El equipo de investigación estaba en una conferencia en Ginebra y ella había aprovechado para fisgonear, pero el hijo del jefe había estado a punto de pillarla con las manos en la masa.

«¿Tarrant Hardcastle tiene un hijo?».

—Aquí es donde el equipo de químicos experimenta con fórmulas nuevas y mejora las actuales. Tenemos un protocolo estricto y cada producto es probado a fondo antes de salir al mercado.

—¿En animales? —preguntó él arqueando una ceja.

Una pregunta curiosa. A pesar de su traje elegante, aquel hombre alto y de aspecto peligroso parecía capaz de comerse un animal crudo y no de preocuparse por su bienestar.

—Cuando llegué al equipo eliminamos la experimentación con animales. No es necesario para nuestros productos. Ahora trabajamos en una nueva línea de cosméticos antiedad. De hecho, nuestro primer producto saldrá dentro de unos días. Tarrant espera tener asegurada la distribución a nivel mundial para finales de año.

—No dudo que lo conseguirá —algo en su tono de voz provocó que ella levantara la vista y él la miró fijamente con sus ojos negros—. ¿Te gusta trabajar para Hardcastle Enterprises?

—Por supuesto, ¿por qué? —su tono resultó un poco chillón. A veces le sucedía eso cuando mentía.

Y había algo en aquel hombre que la ponía nerviosa. No era su aspecto de modelo. Ella estaba acostumbrada a eso. Tarrant Hardcastle siempre contrataba a empleados atractivos.

Tampoco era la figura alta y de anchas espaldas que se apoyaba sobre el mostrador de mármol.

Había algo en su expresión que hacía que pareciera capaz de leer su pensamiento. Una posibilidad que provocaba que a Bella se le formara un nudo en el estómago.

—Pura curiosidad.

Su expresión de satisfacción sugería que había adivinado sus pensamientos traicioneros.

—¿Qué te gustaría ver? —preguntó ella, con un nudo en la garganta.

—Hasta el momento sólo he visto el interior de los despachos y de las salas de conferencias. Me gustaría ver el laboratorio y… —ladeó la cabeza

y entornó los ojos. ¿Estaba riéndose de ella?—. Si pudieras dedicarme un rato de tu ocupada agenda, me gustaría ver los puntos de venta.

Por supuesto que tenía tiempo. El resto de sus planes era algo irrelevante si el hijo de su jefe la necesitaba. ¿No podía encontrar a otra persona para eso? Era evidente que se estaba burlando de ella. Puesto que ella lo había ofendido al intentar echarlo del laboratorio, él había decidido jugar con ella. Cierta irritación se apoderó de ella, junto con algo más que no fue capaz de identificar.

Bella cruzó la habitación consciente de que él la seguía.

—Esto es un microscopio de fotones —le mostró su herramienta más preciada—. Estamos trabajando con unas partículas capaces de reflejar la luz para crear una ilusión óptica de suavidad.

Él la miró a los ojos y dijo:

—Nanotecnología.

—Sí. Hemos descubierto que, si manipulamos los fotones por capas, podemos crear importantes efectos con colores y superficies.

—Fascinante —pasó el dedo pulgar por encima de un microscopio y ella notó una extraña sensación en el vientre—. ¿Y habéis creado un producto comercializable?

—Veo que comprendes el negocio. Nuestro mayor reto no era encontrar algo que funcionara, sino algo comercializable. La gente no compraría un pastel de polvo blanco sólo porque le dijeran que es un pintalabios de color rojo que nunca se corre. Hemos creado un producto que llamamos Re-New, porque hace que la piel dañada parezca nueva.

—¿Eres química? —la miró de arriba abajo y ella se sonrojó.

—Soy licenciada en Química y en Empresariales. Mi trabajo aquí es dirigir al equipo —«y recuperar el legado que le robaron a mi padre».

Tarrant Hardcastle nunca confiaría en el padre de Bella, ni siquiera aunque su trabajo hubiera proporcionado millones a la empresa. Ellos no tenían ni idea de que ella era su hija. Si Tarrant lo descubría, probablemente la despediría.

Ella tenía que sacar del laboratorio a aquel nuevo miembro de la

familia Hardcastle. Y pronto. La habían sorprendido en medio de su investigación extraoficial y no quería que el hijo de Tarrant sacara ningún tipo de conclusión.

Ella comenzó a desabrocharse la bata de laboratorio.

—Querías ver las zonas públicas. ¿Quieres que empecemos por la tienda?

Él parecía distraído mirando cómo se desabrochaba. Cuando la miró a la cara, sus ojos estaban más oscuros que nunca.

—Claro —contestó en tono suave y provocador.

La siguió hasta que llegaron a la puerta del laboratorio. Ella notó su mirada clavada en su cuerpo en todo momento. La falda de color rojo oscuro y la blusa que llevaba las había elegido para complacer a su jefe, Tarrant Hardcastle, un amante de las prendas caras y femeninas. Esforzarse para tener un buen aspecto era una parte de los requisitos de su trabajo, y al parecer lo había conseguido, porque percibía que Dominic Hardcastle le daba su aprobación.

Colgó la bata de laboratorio detrás de la puerta, permitió que él saliera primero y cerró la puerta tras ella.

«¡Uf!».

El *tour* no requería un gran desplazamiento puesto que Tarrant había construido todo su imperio bajo el tejado abuhardillado de un antiguo hotel que tenía vistas a la zona sur de Central Park. En el edificio se encontraban las oficinas corporativas, los auditorios, las salas de conferencias, el laboratorio, una galería de arte privada, tres plantas con tiendas y un restaurante de lujo en la planta superior.

Al salir del ascensor percibieron el aroma de los perfumes que se encontraban en la planta baja. Los productos de Hardcastle se encontraban entre los de las marcas famosas como Chanel o Dior en las tiendas de cosméticos. Bella observó cómo Dominic se movía con naturalidad entre los mostradores llenos de pintalabios de setenta dólares y pociones milagrosas que renovaban la piel.

Su manera de hablar con los demás vendedores demostraba que

conocía bien el negocio. También revelaba un desconocimiento total acerca de los cosméticos, ¿o lo fingía para conseguir que las despampanantes dependientas se rieran y se sonrojaran con sus bromas? Incluso permitió que una chica de cabello oscuro lo rociara con la última fragancia de Calvin Klein. Bella tuvo que contenerse para no poner una mueca.

—¿Por qué vas tan deprisa? —la agarró del brazo cuando ella trataba de continuar.

—Queda mucho por ver —dijo ella, y se soltó.

—Sin duda. ¿Puedes culparme por querer detenerme a disfrutar de las vistas? —preguntó arqueando una ceja.

A pesar de que estaba mirándole el rostro, ella tenía la sensación de que estaba evaluando su cuerpo.

—Son casi las siete y supongo que al menos querrás ver las colecciones de alta costura para mujer.

—En realidad no —continuó él—. Estaba pensando en otra cosa.

—¿En qué, exactamente? —preguntó ella.

—En comida.

—Oh —ella se quitó una pelusa blanca de la blusa para no fijarse en su mirada hambrienta—. ¿Esa es tu especialidad como minorista?

—Así es, pero estaba pensando en cenar.

Ella pestañeó deprisa. ¿Esperaba que cenara con él? Tenía que regresar al laboratorio y guardar los archivos.

—Creo que estás en deuda conmigo, ¿no crees? Intentaste echarme del edificio.

Ladeó la cabeza y posó la mirada sobre su boca. La misma boca que había llamado a seguridad para echar al hijo del jefe.

Ella tragó saliva.

—He oído que The Moon es el sitio ideal.

—Oh, sí. Es de cinco estrellas —murmuró ella.

Había leído sobre el local, pero nunca había estado en él. Quedaba fuera de su rango de precios.

—Tarr… Mi padre me dijo que cenara allí. A su cuenta —algo en su manera de pronunciar la palabra «padre» hizo que ella se pusiera alerta—. Sería un placer que me acompañaras.

La expresión de su rostro parecía sincera y la mirada de sus ojos oscuros mostraba ternura.

Ella pestañeó mientras dudaba entre aceptar la invitación o buscar una excusa para rechazarla.

—Hum, cielos —miró el reloj mientras buscaba una escapatoria—. Por supuesto, me encantaría —dijo forzando una sonrisa.

Caminar junto a él por las tiendas fue una experiencia interesante. Todas las mujeres se volvían para mirar a Dominic y, al poco tiempo, Bella comenzó a sentirse como un bolso barato colgado del brazo de un modelo vestido de alta costura.

—The Moon está en la planta superior —dijo ella, presionando el botón del ascensor—. ¿Vives en Nueva York?

—En Miami. Pero puede que me mude aquí. Últimamente tengo muchos negocios aquí. Y Tarr… Mi padre quiere que me quede cerca de las oficinas.

Una vez más, la palabra padre parecía forzada. Y eso la intrigaba. Ella sabía que Tarrant tenía una hija, pero nunca había oído que tuviera un hijo.

—No quiero curiosear, pero no sabía que Tarrant tuviera un hijo.

—Mi padre tuvo una aventura amorosa con mi madre en los años setenta. Se conocieron en la pista de baile de Studio 54.

—La discoteca de moda —ella había oído que Tarrant tenía fama de juerguista.

—En aquel entonces a él no le interesaba la paternidad —apretó los dientes—, pero parece que últimamente ha cambiado de opinión.

Se hizo un fuerte silencio.

Ping. El sonido de las puertas al abrirse era posiblemente el mejor sonido que ella había escuchado en todo el año.

¿Aquel extraño acababa de admitir que era el hijo no deseado de Tarrant Hardcastle? Aquella íntima confesión le provoco una sensación extraña.

El restaurante estaba lleno. Desde que había abierto dos años atrás, las reservas había que hacerlas con al menos seis meses de antelación.

—Dominic Hardcastle.

—Bienvenido, señor. Los acomodaré en la mesa del señor Hardcastle —el *maître* sonrió y lo guió a la mesa mientras Dominic lo felicitaba por el éxito del restaurante.

La decoración era minimalista. En el centro de cada mesa había un jarrón con una hoja de plátano.

Dominic sacó una silla de metal y ayudó a Bella a sentarse. Por supuesto, también tenía que ser un perfecto caballero.

Ella se colocó la servilleta.

—Imagino que es demasiado pronto para que salga la luna. El techo se recoge para poder ver el cielo.

Dominic levantó la vista.

—No puedo decir que sea una lástima. No sé si quiero preocuparme por la posibilidad de que un búho baje para compartir mi solomillo de carne —su sonrisa reveló una dentadura perfecta.

—Oh, no tienes que preocuparte por eso. Ni por los mosquitos. Hay una capa curva de plástico muy fino que evita la entrada de intrusos. Si te fijas bien, verás las uniones del plástico con las columnas.

Dominic miró al techo sin disimular su fascinación.

—Impresionante. Tarrant Hardcastle es un genio, independientemente de lo que puedas añadir sobre él —abrió la servilleta—.

¿Te apetece que pidamos champán?

El comentario sobre Tarrant la dejó sin habla durante un instante. ¿Estaba poniéndola a prueba?

—Claro, el champán suena bien.

—Tendrás que aconsejarme sobre qué comida pedir. El nuevo aquí soy yo.

Era una lástima que ella no tuviera ni idea de lo que había en el menú.

—Todo está muy bueno. Por eso la gente está dispuesta a vender su alma para conseguir una mesa.

El camarero les entregó una hoja de plátano con las especialidades escritas a mano.

Dominic la miró un instante y comenzó a reír.

—Me da pena el chico que esté con el Sharpie.

—¿Sharpie? Probablemente esté moliendo pigmentos para hacer la tinta y afilando las plumas de ganso para escribir —no pudo evitar reírse.

Dominic tenía tres hoyuelos. Uno en cada mejilla y otro en la barbilla. Y no era que a ella le gustaran los hoyuelos ni nada.

Pidieron vieiras a la plancha y codorniz asada para ella y ostras y *steak tartare* para él.

Dominic levantó la copa.

—Un brindis. Por la mujer más encantadora de Hardcastle Enterprises.

Ella entornó los ojos y trató de no sonrojarse.

—Con esos halagos irás donde quieras —dijo ella, y levantó la copa.

«Eso es lo que esperaba».

Dominic bebió un sorbo de champán.

Había algo en aquella mujer que no sabía qué era. Tener la capacidad de descubrir la personalidad de la gente era lo que le había permitido que su empresa creciera tan deprisa y con tanto éxito.

Bella Andrews no se mostraba tal y como era en realidad. Sí, había salido con el hijo del jefe, pero él había tratado de tranquilizarla comentando que su relación con Tarrant no era nada emocionante.

Ella no se había relajado ni una pizca. Y eso lo intrigaba.

Sus labios rosados se apoyaron en la copa de champán mientras bebía. Ni un poco de lápiz de labios.

—Me sorprende que no uses maquillaje, teniendo en cuenta el puesto que tienes —se reclinó en la silla para observar mejor el efecto de su comentario sobre el bello rostro de Bella.

Ella pestañeó.

—Dicen que uno debe mantenerse alejado de su propio producto.

—Un buen consejo para los traficantes de drogas. ¿Tus productos crean dependencia? —él tenía sensación de que observar sus labios podía convertirse en algo adictivo.

—Espero que sí. Donde más beneficio sacamos es en los productos que ya tenemos.

—¿Hardcastle va a expandir sus puntos de venta? —pregunto él con naturalidad, tratando de evitar preguntar: «¿Para qué diablos quiere Tarrant cincuenta y tres tiendas en bancarrota?».

—No que yo sepa. Nuestros productos se venden mejor en los centros comerciales elegantes y en los salones de belleza. El precio es demasiado elevado para las tiendas normales. Sé que Tarrant quiere encontrar más puntos de venta en China.

—¿Es que aquí faltan tiendas elegantes?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. No entra dentro de mi área de conocimiento.

—¿Y cuál es?

—Tarr… Quiero decir, tu padre me contrató para desarrollar nuevos productos. Le gusta estar a la última.

—¿Y cómo te encontró?

Ella se humedeció los labios y él sintió una ola de calor en la entrepierna.

—Hum, resulta que yo lo encontré a él.

—¿Y cómo lo convenciste para invertir en investigación? Los microscopios de fotones no deben de ser baratos —se inclinó hacia delante cuando el camarero sirvió el plato de Bella—. Debes de ser muy convincente.

—Le dije que no tenía elección. El mercado está cambiando. Mediante la nanotecnología se consigue un tipo de cosmético completamente diferente. El maquillaje de siempre se volverá obsoleto cuando la gente descubra nuestros productos capaces de refractar la luz.

—A lo mejor deberíais llegar más lejos e inventar algo que proporcione una capa de invisibilidad.

Ella palideció y frunció el ceño.

Dominic sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿Es en lo que estas trabajando?

Ella soltó una risita forzada.

—Por supuesto que no —miró la vieira que tenía en el tenedor y se la llevó a la boca.

Al parecer, ella estaba haciendo algo que no debía. La pregunta era si Tarrant estaba implicado en ello o no.

Dominic agarró otra ostra y miró a Bella mientras la introducía en su boca y se la tragaba.

Ella no pestañeó, pero separó los labios. Miró a otro lado y agarró su

vaso de agua.

—Eres muy joven para tener un puesto de tanta responsabilidad —él bebió un sorbo de champán—. Debes de ser inteligente.

«Quizá demasiado inteligente para el bien de la empresa».

—Oh, no lo sé —se encogió de hombros y la blusa de seda que llevaba acarició sus senos al moverse—. Tú tampoco eres tonto —pinchó otra vieira con el tenedor—. Te oí hablando con los dependientes de las tiendas sobre tu negocio. Para no haberte criado en el imperio de los Hardcastle parece que lo has hecho muy bien.

—No me ha ido mal.

Bella observó cómo se comía otra ostra. Tal y como había pensado en el laboratorio, a aquel hombre le gustaba la comida cruda. Debía de disfrutar viviendo al límite. Y tenía la sensación de que si Dominic Hardcastle encontrara la oportunidad, se la comería viva. Él era el enemigo. El padre de Dominic destruyó a su padre. Si él se enteraba de lo que ella tramaba, la masticaría para escupirla después.

Ella respiró hondo y se comió la última vieira.

Le parecía curioso que la mirada de un hombre pudiera hacer que se sintiera mujer.

Quizá había pasado demasiado tiempo en el laboratorio rodeada de científicos que se excitaban al ver fotones y no seres humanos.

—¿Cómo te introdujiste en este negocio? —preguntó ella, tratando de olvidar cómo se calentaba su piel al sentir la mirada de Dominic.

—Por necesidad —se llevó otra ostra a los labios y la miró fijamente —. Empecé vendiendo cosas en el parque cuando tenía ocho años. Ya ves, tenía un padre muy vago y tenía que ayudar a mi madre.

Se metió la ostra en la boca y se la tragó.

—Conmovedor —bebió un sorbo de champán para no fijarse en el movimiento de la nuez de Dominic al tragar.

—Sí. Entonces me mordió el insecto del capitalismo. A los quince años convencí a mi madre para que me diera el dinero que iba a pagar para

que fuera a un colegio católico y me permitiera ir a la escuela pública. Imaginaba que con ese dinero podría conseguir suficiente como para ir a la universidad y comenzar mi propio negocio.

—¿Y te lo dio?

—No le hizo mucha gracia, pero nunca se ha arrepentido.

—¿Y por qué te ha buscado Tarrant después de tantos años?

—Seguro que sabes que tiene un cáncer terminal de próstata. Le han dado unos meses de vida y está buscando a alguien para entregarle el cetro.

Por supuesto que lo sabía. Todo el mundo lo sabía. El dilema de quién heredaría su imperio había sido portada de los periódicos desde que salió a la luz la historia de su enfermedad.

—¿Pero no tiene una hija? —preguntó ella.

—Sí. Fiona. Pero es muy joven. ¿A lo mejor piensa que no tiene demasiada experiencia?

—¿O a lo mejor quiere un heredero varón?

—Nunca ha estado interesado en él. Después de negar su paternidad durante treinta y dos años, de pronto ha decidido acogerme en su regazo.

—¿De veras negó su paternidad?

—Sí.

Ella no podía imaginar cómo sería tener un padre que negara la existencia de su hijo. Sus padres siempre habían sido sus mejores amigos.

Le dolía mucho que su padre hubiera fallecido. Y que su madre estuviera… respiró hondo para contener una peligrosa emoción.

—¿Y tu madre lo intentó llevar a juicio?

—Lo intentó. Quería enviarme a un colegio decente. Esperaba conseguir dinero para que nos mudáramos a un vecindario mejor o para pagarme una escuela privada. Los abogados de Tarrant consiguieron que no se celebrara el juicio.

—¿Y cómo lo consiguieron?

Él apretó los dientes.

—Fue antes de que se hicieran pruebas de ADN. Se tomaron a broma la idea de que un pez gordo como Tarrant Hardcastle hubiera tonteado con una chica corriente de Brooklyn, y el juez lo creyó.

Bella suspiró despacio.

—Yo estaría muy enfadada.

—Sí —dijo él, y se bebió el resto de champán que quedaba en su copa—. Menos mal que tengo cosas mejores por las que preocuparme, ¿no?

—Dicen que la mejor venganza es vivir bien.

—Entonces, supongo que los dos nos estamos vengando de alguien —esbozó una sonrisa.

El camarero dejó los platos de comida sobre la mesa y colocó otra botella de champán en la cubitera de hielo.

«Si supieras».

Vivir bien no significaba nada si quedaba una llama blanca de rabia en tu interior. El padre de Bella había estado a punto de cumplir su sueño. Tras años de aguantar las risas insidiosas de los colegas, había conseguido manipular partículas hasta alterar las propiedades de su superficie.

Incluso su fantasía de crear la capa de la invisibilidad ya no era motivo de burla.

Entonces, Tarrant Hardcastle lo había presionado para que vendiera el trabajo de toda su vida por una miseria. Tras desvanecerse sus sueños, él había sufrido una enfermedad del corazón y había fallecido a los pocos meses.

Bella sintió una fuerte presión en el pecho. No le desearía esa muerte a nadie, ni siquiera a Tarrant Hardcastle. Pero recuperaría el trabajo de su padre y convertiría su sueño en realidad.

Se lo debía a él.

Cuando una sombra cubrió la mesa, ella volvió a la realidad.

—¡Dominic! —dos llamativas mujeres se acercaron a él por cada lado. Una pelirroja con un modelito verde apretado se agachó para besarlo en la mejilla mientras que otra mujer de tez negra con un vestido color crema le agarró la mano—. No nos habías dicho que venías a la ciudad. Tendremos que castigarte —su acento parecía francés.

Dominic dejó el tenedor, se puso en pie y besó a ambas mujeres en las mejillas.

Bella sintió que una ola de irritación la invadía por dentro.

—Bella, me gustaría presentarte a dos de mis mejores clientes.

Las mujeres le tendieron las manos y ella se las estrechó, fijándose en que su manicura era perfecta. Sus nombres le resultaban familiares y pensó que debían de ser dos antiguas modelos. De pronto, pensó que la falda y la blusa que ella llevaba eran tan poco glamurosas como su bata de laboratorio. ¿Y se le había ocurrido pensar que Dominic Hardcastle podía sentirse atraído por ella?

Se retiró un mechón de pelo de la frente y dijo:

—Encantada de conoceros. Dominic me ha pedido que le enseñe Hardcastle Enterprises. Y quería probar el restaurante —se sonrojó al percatarse de que era patético tener que explicar por qué un hombre como Dominic estaba con alguien como ella en un restaurante caro.

—Bella es un genio —Dominic rodeaba a ambas mujeres por la cintura—. Ella está a cargo de la investigación en cosméticos. Conseguirá que toda la gente del mundo sea bella.

Bella se sonrojó aún más. Al parecer él también sentía la necesidad de disculpar su sencillez.

—¿Os apetece acompañarnos? —dijo ella, suponiendo que Dominic preferiría estar con esas mujeres antes que con ella.

Dominic dejó de sonreír y la miró arqueando una ceja.

—¡No podemos, cariño! —la pelirroja aprovechó la oportunidad para besarlo de nuevo en la mejilla—, íbamos de camino a la fiesta de esta noche.

—Se dedican a organizar eventos —explicó Dominic—. Les encanta

servir mis productos y fingir que han pagado una fortuna por ellos.

La chica con el vestido color crema se inclinó hacia él.

—No le digas a nadie cuánto cobras por el paté de champiñones. La anfitriona se vuelve loca por él. Cree que lo compramos en París por onzas.

—Será nuestro secreto que la media libra cuesta dos cincuenta —dijo Dominic—. De todos modos, dudo que alguno de vuestros clientes vaya a entrar en una tienda. Tienen empleados para ese tipo de cosas.

Las dos mujeres se rieron echando la cabeza hacia atrás. Bella bebió un trago de champán. Ella había visto las tiendas de Dominic en algún sitio. ¿Se llamaban Trader Dan's? Pero nunca había entrado en ninguna.

—¡Tenemos que irnos! —dijeron las chicas a la vez. Después lo besaron en ambas mejillas, y después otra vez en la primera. Tres besos cada una.

Bella consiguió mantener su cara de póquer.

—Tienes pintalabios en las mejillas —dijo ella, mientras las diosas se dirigían hacia la puerta.

Dominic se encogió de hombros.

—Gajes del oficio. Estoy seguro de que tú sabes cuál es la mejor manera de limpiarlo.

—La mayonesa fresca funcionaría, pero puede cerrarte los poros. Si fuera tú utilizaría la servilleta.

Dominic se frotó el rostro con la servilleta de tela.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. Nunca había visto a alguien dar tres besos. Es un lío.

—Así lo hacen en algunas partes de Europa. Allí es como darse la mano. Uno se acostumbra.

—Seguro. Bueno, yo también debo marcharme —se puso en pie—. Ha sido estupendo —tragó saliva—. Me refiero a la comida.

Él entornó los ojos ligeramente.

Ella pestañeó.

—Y la compañía, por supuesto. Encantada de conocerte.

—Si me abandonas aquí, me sentiré ofendido —dijo él, poniéndose en pie y agarrándola de la mano.

—Me temo que tengo que tomar un tren —trató de soltarse, pero él la sujetó con más fuerza—. Tengo que ir a visitar a mi madre.

Él la miró fijamente.

—La familia es importante.

—Sí. Bueno, será mejor que me vaya —trató de retirar la mano otra vez, pero él no la soltó.

—No permitiré que te vayas sin despedirte de la manera tradicional europea.

Eso sería la gota que colmó el vaso.

«Respira hondo y termina con esto», pensó ella inclinándose hacia delante. Cuando él agachó la cabeza para besarla en la mejilla, ella percibió el aroma cálido de su piel. Ella dio un beso al aire cerca de su oreja y se estremeció.

¿De veras iba a besarla en ambas mejillas? Un rápido movimiento de su cabeza confirmó su sospecha. Ella contuvo el aliento mientras él la besaba en la otra mejilla y sintió que el deseo se instalaba en su interior.

Estaba a punto de dar un paso atrás cuando recordó que las otras chicas lo habían besado tres veces. Movió la cabeza hacia la mejilla que había besado primero y se preparó para percibir de nuevo su aroma masculino. Estaba a punto de salir de allí.

Entonces, algo salió mal, muy mal.

Capítulo 2

Ella nunca supo cómo había pasado, sólo que la boca de Dominic chocó con la suya.

Despacio. De una manera suave, cálida y devastadora. Sus labios parecieron fusionarse. Sus lenguas se rozaron provocando una chispa de energía.

Dominic llevó la mano a la espalda de Bella y la atrajo hacia sí, de forma que sus labios se unieron con más fuerza.

Ella se estremeció y cerró los ojos, pero en lugar de oscuridad su cerebro percibió luces de colores.

La confusión hizo que necesitara agarrarse a algo y por eso sus manos terminaron aferradas a la chaqueta de Dominic.

Entonces, todo terminó.

Ella dio un paso atrás tratando de recuperar la respiración y pestañeando al ver la fuerte luz del restaurante.

Sentía los labios hinchados y el corazón acelerado.

Dominic también parecía ligeramente afectado.

Ella comprobó que los botones de su blusa, ansiosa por ver si continuaban abrochados sobre sus senos ardientes. Todo estaba en su lugar.

Se tocó el cabello y forzó una risita.

—Cielos, el beso continental es peligroso.

Se amonestó en silencio por parecer un idiota. Probablemente él se despedía así de las mujeres a menudo.

—Bueno, bueno, bueno —Dominic la miró fijamente—. Estás llena de sorpresas.

Ella se sonrojó. ¿Creía él que había sido su culpa? ¿Podía verle los pezones erectos a través de la blusa? Se resistió para no bajar la mirada.

—Prefiero un simple apretón de manos —tartamudeó ella.

—Yo no —dijo él con humor en la mirada—. Podría acostumbrarme a despedidas así. Quizá será mejor que te acompañe al piso de abajo para que podamos despedirnos otra vez.

Ella agarró el bolso que había dejado en el suelo.

—Por favor, no te molestes. Quédate a tomar el postre y el café.

Bella necesitaba escapar de aquel hombre. Recientes investigaciones científicas le habían demostrado que en las condiciones adecuadas podía suceder cualquier tipo de cosa extraña. Cosas impredecibles.

Cosas peligrosas.

Quizá, bajo las condiciones adecuadas, la penetrante mirada de Dominic podía provocar que su ropa desapareciera.

Sus ojos se habían vuelto completamente negros. Y el deseo irradiaba de ellos igual que el calor irradia del asfalto.

—¡Gracias otra vez! —ella se aclaró la garganta. Dominic no se había movido ni una pizca—. ¡He de irme!

Salió corriendo por la puerta del comedor y llamó al ascensor. Sentía que le ardía el cuerpo y como si una corriente eléctrica recorriera su interior. Tragó saliva y nada mas entrar en el ascensor se apoyó contra la pared.

Dominic Hardcastle.

Ella cerró los ojos y trató de recuperar el control. Se había besado con el hijo del jefe.

¿Suponía un juego para él? ¿Una venganza por la forma en que le había ordenado que saliera del laboratorio? ¿Había dicho que iba a quedarse? ¿Tendría que verlo todos los días?

No estaba segura de que pudiera soportar la mirada de aquellos ojos negros otra vez.

Tarrant Hardcastle tenía fama de castigador y sin duda su hijo había heredado sus genes. El ADN que les permitía utilizar a la gente, exprimirlos y dejarlos de lado. Ella se abrazó al sentir un escalofrío.

Cuando el ascensor llegó a la planta baja, ella no se bajó, sino que presionó el botón para ir a la decimoquinta.

De vuelta al laboratorio para encontrar lo que estaba buscando y salir de allí cuanto antes. Para asegurarse los derechos de la investigación de su padre y la oportunidad de continuar con su legado, antes de que Tarrant Hardcastle y su malvado hijo seductor destruyeran su oportunidad para siempre.

Dominic permaneció en el restaurante durante media hora más. Se tomó una porción de tarta Sacher, unos profiteroles con salsa de chocolate y un pedazo de tarta de queso con frambuesas frescas.

También, tres tazas de café solo. Pero nada de ello consiguió llenar el extraño vacío que sentía.

¿Qué diablos le había hecho aquella mujer?

El camarero rechazó el intento que hizo para pagar la cuenta. «Gracias, papá». Se las arregló para no reírse en voz alta.

¿Dónde había estado Tarrant Hardcastle mientras su madre trataba de administrar la comida con un presupuesto de veinte dólares semanales?

Le encantaría ver a Tarrant Hardcastle arrodillado frente a ella y pidiéndole perdón.

El resentimiento se apoderó de él, junto al deseo que le había encendido aquella científica.

Bella Andrews era una de las protegidas de Tarrant. Era curioso cómo todos los empleados de aquel lugar eran inteligentes y atractivos. Era un poco espeluznante. ¿Serían clones de *Las mujeres perfectas*?

Al verse reflejado en la pared recubierta de acero que había junto al ascensor, pensó:

«Encajas perfectamente».

El traje oscuro que llevaba y los rasgos marcados que había heredado de su padre hacían que se integrara perfectamente en el ambiente.

Soltó una carcajada y se metió en el ascensor vacío. ¿Su padre confiaba en que se quedara?

De ninguna manera.

Pero tampoco se marcharía con las manos vacías.

Su intención era presionar el botón de la planta baja, pero sus dedos desobedecieron y apretaron el de la planta decimoquinta.

Sin duda, el laboratorio estaría cerrado por la noche.

Se abrió el ascensor y él salió.

La puerta del laboratorio estaba cerrada, pero al mover la manija se abrió.

La habitación no estaba tan iluminada como la vez anterior. Las lámparas del techo estaban apagadas y la luz de la luna entraba por los ventanales.

Él sabía que no debía estar allí, pero no era culpa suya que no hubieran cerrado con llave.

Un rayo de luz al final de la habitación llamó su atención. Se oía un sonido mecánico y rítmico que él no podía descifrar.

La respuesta se hizo evidente cuando miró a través de la rendija de la puerta entreabierta.

Era el sonido de una fotocopiadora.

Y Bella.

Se había quitado los zapatos y estaba de puntillas metiendo hojas de papel en la máquina. El rayo de luz que producía la máquina iluminaba su cuerpo.

Él permaneció en la puerta mirando en silencio.

Bella agarró las copias, las dobló y las metió en un maletín de cuero que había junto a la fotocopiadora.

Se llevaba las copias a casa.

Ella sacó los originales de la máquina y desapareció por una puerta que estaba al otro lado de la habitación. Él oyó que abría un archivador de metal.

Miró el reloj. Eran las diez y veintiocho.

¿Qué diablos estaba ella haciendo allí, fotocopiando documentos a esas horas de la noche?

Bella salió de nuevo. Estaba mirando otro archivo y su cabello castaño le ocultaba el rostro. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, sacó una hoja y la leyó con detenimiento.

Entonces, algo hizo que levantara la vista.

—¡Ahh! —se sobresaltó y dejó caer las hojas.

Los papeles quedaron esparcidos por el suelo.

Dominic abrió la puerta del todo.

—Siento haberte asustado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Mirarte.

—¿Por qué?

—Tu imagen era atractiva.

—No deberías estar aquí a estas horas de la noche.

—¿Y quién lo dice? Es la empresa de mi padre, ¿no es así? —se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos—. Creo que eres tú la que no debería estar aquí.

—¿Por qué no debería estar aquí? —soltó ella, antes de agacharse

para recoger los papeles—. Se han desordenado.

—Deja que te ayude —él quería ver los papeles.

Agarró el más cercano y vio que estaba lleno de fórmulas.

Ella se lo quitó de la mano. Sus dedos rozaron la palma de la mano de Dominic y él se puso tenso al recordar el beso que habían compartido.

—¿Qué son esos papeles? —él agarró otro papel.

No era capaz de comprender nada. La química no era algo que dominara.

—Investigaciones. Lectura para el tren.

—¿El tren que va a Georgia a medianoche? Saliste corriendo para pillar el tren hace una hora.

—Lo perdí. Regresé para matar el tiempo.

—Estamos a más de diez manzanas de Grand Central.

—Tenía mucho tiempo —lo fulminó con la mirada.

—No te creo.

Su expresión de asombro sólo incrementó la sensación que tenía él de que ella era culpable de algo.

Decidió presionarla. Quizá sólo para ver cómo reaccionaba.

—Creo que estás robando secretos.

—¿Y qué hago con ellos? —soltó Bella.

—Todavía no lo sé —él se cruzó de brazos.

Le intrigaba que alguien se arriesgara a colocarse en el lado equivocado respecto a Tarrant Hardcastle.

Ella se agachó para recoger más papeles.

—Sólo hago mi trabajo.

—Entonces, ¿no te importa que mire los papeles que llevas en el maletín? Al fin y al cabo soy un Hardcastle.

Ella sabía que aquellas hojas serían indescifrables para él.

—No estoy robando nada —dijo ella, pestañeando.

—Demuéstralo.

Ella comenzó a respirar de forma agitada.

Él veía que su pecho subía y bajaba bajo su blusa de seda. Entró en el cuarto de la fotocopiadora y preguntó:

—¿Dónde están los archivadores?

—¿Por qué haces esto? —preguntó ella con voz temblorosa.

¿Y por qué lo hacía? Desde luego no podía pedirle a nadie que actuara con moralidad cuando se enfrentara a Tarrant Hardcastle, ya que teniendo en cuenta su pasado él sería el primero en unirse a ellos para luchar contra él.

Quizá fuera la manera dominante en que ella había tratado de echarlo del laboratorio y el hecho de que hubiera llamado a seguridad. Ya había pasado demasiado tiempo como si fuera un extraño como para agradecer que siguieran tratándolo como tal.

Lo que estaba claro era que no estaba motivado para proteger los intereses de su querido padre por un deseo filial.

Se acercó al archivador y leyó en voz alta lo que ponía en el cajón que estaba abierto.

—Adquisiciones —hojeó algunas carpetas y vio que una de ellas estaba llena de documentos de otra empresa. Negociaciones para la venta de ciertos estudios de investigación—. ¿Tarrant compra estudios científicos?

—Sí. Hacerlos resulta muy caro.

—Entonces, ¿para qué te necesita?

—Un cambio de estrategia. Quiere dejar de comprar estudios

externos y adelantarse a la competencia invirtiendo en la investigación de nuevas tecnologías.

—Y tú estás vendiendo esas investigaciones al mejor postor.

Ella empalideció.

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, ¿qué diablos estás haciendo? —por un lado confiaba en que le diera una buena explicación.

Ella movió la mano para colocarse un mechón de pelo detrás de la oreja. Él tuvo que esforzarse para no fijarse en si el movimiento de su brazo provocaba que su blusa marcara sus senos redondeados.

—Estoy buscando algo —contestó.

Quería decir algo más, pero le temblaron los labios.

Dominic deseó besarla. Retiró la mirada de sus labios y la posó en sus ojos grises.

Bella pestañeó.

—Tarrant robó los estudios de investigación que había hecho mi padre. Quiero recuperarlos —alzó la barbilla.

Él dio un paso adelante. Le gustaba acercarse a la gente cuando estaban bajo presión. Algo muy sutil le indicaba si estaban diciendo la verdad. El olor de sus feromonas, quizá.

—¿Quién era tu padre?

—Bela Soros.

—¿Bella, como tú?

—En Hungría, su país de origen, es nombre de chico. Trabajó toda su vida desarrollando fórmulas para revolucionar la manera en que percibimos las cosas. Lo sacrificó todo y se entregó de lleno a ello. Estaba muy cerca de cumplir su sueño cuando Tarrant Hardcastle lo presionó para que vendiera su trabajo por una migaja. Ahora está muerto. ¡Y eso no puede ser!

—¿Tarrant le robó el trabajo o se lo compró? —Dominic entornó los ojos.

—Él le pagó una miseria.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Espero descubrirlo en estos archivos. Tarrant lo intimidó para que lo hiciera después de oírlo hablar en una conferencia. Mi padre le dijo que no una y otra vez… —respiró hondo.

—Pero Tarrant Hardcastle no admite un «no» por respuesta.

Ella no dijo nada.

—¿Cómo sabes que no fue mucho dinero?

—Porque no queda nada. Debería haber sido suficiente como para cubrir una buena jubilación. Mi padre siempre tuvo un buen trabajo como docente o investigador, y vivíamos bien. Ahora mi madre no tiene nada y corre el peligro de perder la casa.

«Eso ya lo he oído antes», pensó Dominic con lástima.

A Tarrant Hardcastle no le importaba nada la gente que utilizaba. Una vez que terminaba de trabajar con ellos, podían quedarse en la calle, que a él no le importaba.

—¿Y tú no ganas un buen sueldo?

—Sí. Es bueno.

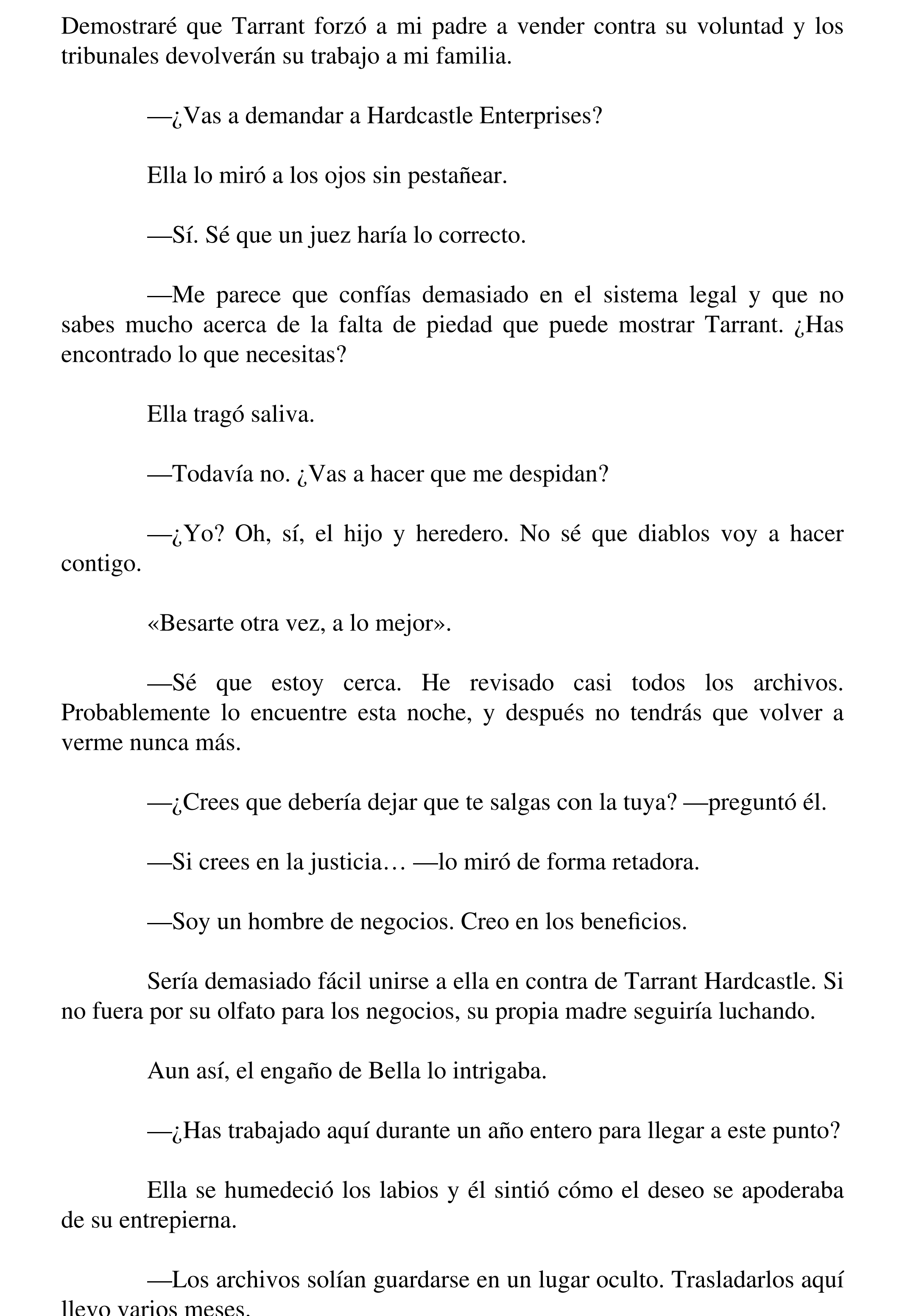
—¿Quizá eso sea suficiente venganza?

Bella inclinó la cabeza. Sus ojos se oscurecieron.

—Mi madre sacrificó muchas cosas para que mi padre pudiera centrarse en su trabajo. Ha sido muy duro para ella, muy duro… —al ver que le temblaba el labio inferior se lo mordió.

—¿Y cómo piensas conseguir dinero de Tarrant una vez que ya ha comprado los resultados de la investigación?

—No sólo se trata de dinero. También del legado de mi padre.



Demostraré que Tarrant forzó a mi padre a vender contra su voluntad y los tribunales devolverán su trabajo a mi familia.

—¿Vas a demandar a Hardcastle Enterprises?

Ella lo miró a los ojos sin pestañear.

—Sí. Sé que un juez haría lo correcto.

—Me parece que confías demasiado en el sistema legal y que no sabes mucho acerca de la falta de piedad que puede mostrar Tarrant. ¿Has encontrado lo que necesitas?

Ella tragó saliva.

—Todavía no. ¿Vas a hacer que me despidan?

—¿Yo? Oh, sí, el hijo y heredero. No sé que diablos voy a hacer contigo.

«Besarte otra vez, a lo mejor».

—Sé que estoy cerca. He revisado casi todos los archivos. Probablemente lo encuentre esta noche, y después no tendrás que volver a verme nunca más.

—¿Crees que debería dejar que te salgas con la tuya? —preguntó él.

—Si crees en la justicia… —lo miró de forma retadora.

—Soy un hombre de negocios. Creo en los beneficios.

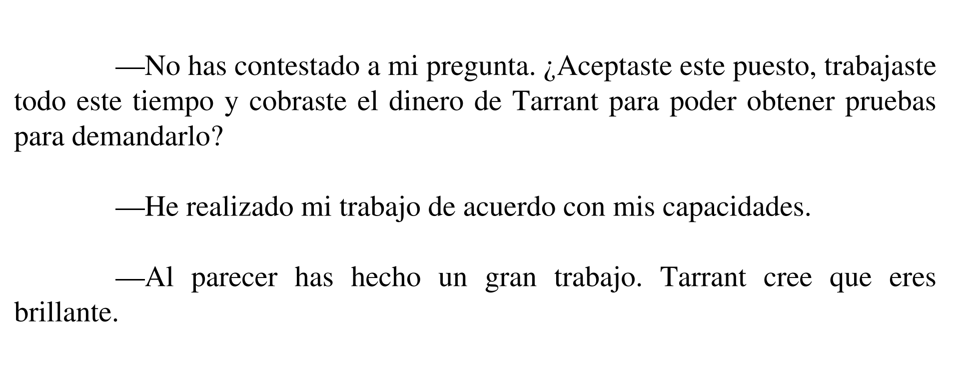
Sería demasiado fácil unirse a ella en contra de Tarrant Hardcastle. Si no fuera por su olfato para los negocios, su propia madre seguiría luchando.

Aun así, el engaño de Bella lo intrigaba.

—¿Has trabajado aquí durante un año entero para llegar a este punto?

Ella se humedeció los labios y él sintió cómo el deseo se apoderaba de su entrepierna.

—Los archivos solían guardarse en un lugar oculto. Trasladarlos aquí llevo varios meses.



—No has contestado a mi pregunta. ¿Aceptaste este puesto, trabajaste todo este tiempo y cobraste el dinero de Tarrant para poder obtener pruebas para demandarlo?

—He realizado mi trabajo de acuerdo con mis capacidades.

—Al parecer has hecho un gran trabajo. Tarrant cree que eres brillante.

—Hemos hecho grandes progresos —dijo ella, enderezando los hombros.

—Tienes mucha sangre fría. ¿Cómo puedes reunirte con el hombre al que piensas demandar?

—No es algo personal. Es cuestión de negocios.

«Sin duda». Dominic no podía acusarla de nada. Él había ido allí con su propio plan: recuperar algo que Tarrant le había robado, aunque técnicamente lo hubiera comprado.

Se apoyó en el marco de la puerta y la miró.

—¿A lo mejor podemos hacer un trato?

A Bella se le aceleró el corazón. ¿Era idiota?

Debía haberse inventado algo. Una mentira para despistarlo. Pero le había dicho la verdad y él podía contárselo todo a su padre, y Tarrant podría prepararse para el enfrentamiento legal.

—¿Qué quieres decir?

—Yo me comprometo a que no te despidan y tú te comprometes a… —ladeó la cabeza y entornó sus ojos oscuros.

Ella sintió que sus pezones se ponían erectos y rozaban contra la tela de su sujetador. Tragó saliva.

—¿Qué? —preguntó.

La risa de Dominic cortó el ambiente de tensión que había en la habitación.

—Me he fijado que Tarrant sólo contrata mujeres guapas. ¿Por qué?

—Le preocupa la imagen de la empresa.

Dominic se cruzó de brazos.

—¿Le gusta que todo el mundo encaje en la estética de la empresa?

Su mirada penetrante hizo que ella fuera consciente de su sencillo corte de pelo y de su cuerpo ligeramente entrado en carnes.

—No estoy segura de por qué hizo una excepción en mi caso.

—Créeme. No hizo ninguna excepción —un hoyuelo apareció en su mejilla derecha—. Supongo que consigue lo que pide cuando contrata gente en función de su aspecto en lugar de por su reputación —frunció el ceño—. ¿De dónde viene el nombre de Andrews? ¿Estás casada?

—¡No! ¿Crees que te habría besado si estuviera casada?

—No tengo ni idea de lo que habrías hecho, cariño. Especialmente desde que hemos establecido que estás aquí de manera fraudulenta.

—Andrews es el nombre de soltera de mi madre. Mi nombre es Bella Soros, casi el mismo que el de mi padre. Tarrant no me habría contratado si lo hubiera sabido.

—¿Cómo sabes que no habría estado encantado con que tú terminaras el trabajo de tu padre?

—Mi madre habló con Tarrant cuando mi padre enfermó. Le preguntó si mi padre podía venir a trabajar aquí. Ella estaba convencida de que estar entre sus herramientas y los tubos de ensayo le daría fuerza para recuperarse. Tarrant le dijo que se largara.

—Parece que hablamos de mi padre.

Algo en su expresión hizo que ella sintiera una pizca de esperanza.

—¿Lo comprendes?

—Por supuesto. Lo comprendo. Pero no digo que lo apruebe —arqueó una ceja.

Todo lo que ella necesitaba eran unos días más. Desde que habían llegado los archivos había aprovechado para repasarlos cada vez que se quedaba sola. Únicamente le quedaban dos cajones por revisar. Había fotocopiado al menos mil páginas de las investigaciones que había hecho su padre para poder demostrar cuan extensa era la propiedad intelectual que Tarrant le había robado. Sólo le quedaba encontrar la cifra que le había pagado.

—Pero guardarás mi secreto —dijo susurrando.

—Como te he dicho antes, podemos hacer un trato —posó la mirada en sus labios y la deslizó hasta su cuello.

Ella sintió que una ola de calor la invadía por dentro.

«Quiere acostarse contigo».

Ella podía verlo en su expresión.

¿Quizá fuera uno de esos hombres que tienen que conquistar a todas las mujeres que se cruzan en su camino? Se rumoreaba que Tarrant Hardcastle era uno de esos hombres, aunque su enfermedad terminal y su joven y bella tercera esposa, habían puesto fin a su comportamiento mujeriego.

Bella llevaba un año trabajando allí y sonriendo al hombre que había destruido a su padre, a quien había matado a su padre. Pero ella tenía sus motivos. Sin duda podía dar un paso más para salvar todo lo que su madre tanto apreciaba.

La tensión se apoderó de ella. Había llegado demasiado lejos como para perderlo todo. Si pudiera conseguir que él permaneciera callado durante unos días, podría conseguir su objetivo.

«Hazlo».

Ella dio un paso adelante, inclinó el rostro hacia arriba y contuvo la respiración mientras le ofrecía sus labios.

Él arqueó una ceja.

¿Lo había interpretado mal?

Su respuesta llegó cuando él la besó de manera ardiente, sujetándola

por la cintura y atrayéndola hacia sí.

Dominic no olía a la colonia de lujo que vendían en el piso de abajo. Su aroma era salvaje y feroz, el aroma del deseo puro.

Le acarició los dientes con la lengua y ella se estremeció de placer. Bella se puso de puntillas para continuar el beso. Le temblaban las piernas de la tensión y por el deseo que la invadía por dentro.

Él se retiró primero. Ella se sonrojó y dio un paso atrás.

—Cielos. He de irme. El tren —pronunció mientras agarraba el maletín.

—No tan deprisa, princesa. Está muy oscuro. Pediré un taxi.

—Prefiero caminar.

—Entonces, te acompañaré.

Dominic la guió fuera del laboratorio con la mano en su espalda. Ninguno mencionó una palabra en el ascensor.

«¿A lo mejor podemos hacer un trato?».

Ella había pensado que su intención era negociar a través del sexo.

Dominic contuvo una sonrisa. ¿Hasta dónde habría llegado ella si él la hubiera presionado un poco?

No parecía el tipo de mujer que entrega su cuerpo por una simple promesa. Una promesa que él ni siquiera le había ofrecido.

Y vaya cuerpo.

Era delgada, pero no demasiado. Tenía las piernas largas y esbeltas, la cintura estrecha, las caderas muy femeninas y los pechos redondeados.

Él no podía retirar la vista de su trasero, fijándose en cómo la tela de su falda lo acariciaba con cada movimiento al salir del ascensor.

Ella se despidió del guardia de seguridad que estaba en la recepción. Dominic la agarró del brazo y salieron a la calle oscura.

—Entonces, ¿no dirás nada? —susurró ella.

—No he prometido nada —dijo él, agarrándola con más fuerza al ver que ella trataba de liberarse—. Creo que estamos a punto de llegar a un acuerdo que nos servirá a los dos.

Ella continuó caminando con decisión y sus pisadas resonaban sobre el pavimento.

—¿A qué hora es tu tren?

—A las once y veinte —dijo ella, sin volverse para mirarlo.

—¿Vives en Westchester?

—Es allí donde está la casa de mi madre.

—La casa que está a punto de perder.

—Es una casa bonita, no muy grande y nada elegante, pero tal y como están los impuestos hoy día… —respiró hondo—. Tiene un jardín precioso en el que ha invertido el trabajo de veinte años. Me mataría ver que tuviera que abandonarlo.

Dominic la miró.

—Creo que se necesitaría algo más que eso para matarte.

—No me conoces —dijo ella, mirándolo de manera acusadora.

—Cierto —frunció el ceño—. ¿Tarrant es un jefe duro?

—En realidad no. Me permite que lleve el laboratorio como yo quiero.

—Confía en ti.

—Sí, supongo que sí.

—Supongo que todos los hombres somos idiotas a veces.

Capítulo 3

Dominic subió los escalones de mármol del bar de puros El Cubano en la Quinta Avenida. Era posible que a Tarrant Hardcastle sólo le quedaran unos meses de vida, pero a él le gustaba salir y que lo vieran. Pasaba gran parte del día en la butaca personal que tenía en aquel lugar destinado a los ricos y caprichosos.

Sin preguntárselo, Tarrant le había conseguido a Dominic una tarjeta de socio de aquel lugar y, a pesar de que él nunca había fumado, allí había un humidificador de puros de madera pulida con el nombre de Dominic grabado en una placa dorada.

«Dominic Hardcastle».

Al ver su nombre reluciendo entre los nombres de los chicos malos de Hollywood y los peces gordos de Capitol Hill, Dominic sintió un nudo en el estómago provocado por una mezcla de sentimientos.

—Buenos días, señor Hardcastle. ¿Puedo traerle algo para beber?

Dominic negó con la cabeza mirando al camarero. No necesitaba alcohol. Su cabeza no había parado de dar vueltas desde la noche anterior, cuando una científica con labios rosados y un oscuro objetivo lo había descolocado.

Él había vuelto a besarla en Grand Central. Rápido y de manera ardiente. Después, ella había corrido hasta su andén y lo había dejado allí, muerto de deseo.

Dominic se pasó la mano por el cabello tratando de relajarse.

—¡Dominic! —Tarrant Hardcastle levantaba los brazos como si estuviera dándole la bienvenida a un hijo pródigo.

Dominic se acercó a él apretando los dientes. No era el hijo pródigo. Era el hijo trabajador y formal al que, en cuanto se había descuidado, le habían cambiado las normas.

—Me alegro de verte, hijo mío.

Tarrant agarró las manos de Dominic. El hombre que solía aparecer en las portadas de varias revistas parecía más delgado. Recientemente había dejado que su pelo se volviera gris, y eso hacía que aparentara los sesenta y siete años que tenía.

—¿Estás seguro de que no puedo tentarte con uno de esos magníficos habanos? —movió un gran puro delante de Dominic.

El estupendo sistema de ventilación evitó que el humo permaneciera en el ambiente.

Dominic negó con la cabeza y sonrió de manera indulgente.

—Bien, bien. No quieres pillar la gran C como tu padre —Tarrant le dio un golpecito en el brazo.

Dominic se sentó en la butaca de cuero. Desde los grandes ventanales se veían las copas de los árboles de Centra Park.

—Así que has visto el laboratorio, ¿no? ¿Y qué opinas?

—Impresionante.

—Esa Bella Andrews es impresionante. Podía haber trabajado en cualquier sitio con un currículum en investigación como el suyo. Pero no, quería venir a Hardcastle. Vino a verme, ¿sabías? —sonrió—. Una chica estupenda.

—Sí. Es inteligente —«una lástima que esté planeando sacarte los cuartos».

Aunque por mucho dinero que ella pidiera no sería más que calderilla para Tarrant.

—No puedo decirte lo mucho que significa para mí tenerte aquí —Tarrant cubrió los dedos de Dominic con los suyos—. Siento que haya hecho falta que me pusiera enfermo para que recobrara el juicio. Cuando uno se encuentra en cierta posición hay cierta tendencia a que todo el mundo quiera meter mano en sus bolsillos, como si tuvieran derecho sobre el dinero que tanto te costó ganar. Eso hizo que me pusiera a la defensiva y acabara alejándome de la gente que debería haberme importado más.

La emoción que denotaba su voz hizo que Dominic levantara la vista. Las lágrimas hacían que a Tarrant le brillaran sus ojos de color azul verdoso.

Dominic tragó saliva. De pequeño había deseado tener un padre. Otros niños tenían padres que al menos los visitaban los fines de semana o les enviaban regalos por su cumpleaños. Él no.

Durante años había abierto el buzón en busca de una tarjeta de felicitación. Había imaginado a su padre presenciando su ceremonia de primera comunión, o los partidos de la final de la liga infantil. Pero nunca sucedió.

Su madre le había dicho cómo se llamaba su padre, después de que él hubiera reunido el valor suficiente para preguntárselo. El día que vio un artículo sobre Tarrant Hardcastle en el periódico, se quedó mirando la imagen de su rostro e imaginando los motivos por los que su padre no había ido a buscarlo. Él comenzó a guardar los recortes de prensa para reunir información e imágenes del padre que tanto anhelaba tener.

A los quince años, albergando una mezcla de resentimiento y dolor por las falsas esperanzas que se había creado, acusó a su madre de haber ocultado la existencia de su padre y ella le contó que lo había denunciado por haber rechazado la paternidad y le mostró los papeles del juicio.

Dominic quemó todos los recortes que tenía sobre él y, desde entonces, evitó todo lo que tuviera que ver con Tarrant Hardcastle.

Después, cuando ya era un hombre adulto y no necesitaba un padre, Tarrant apareció.

—No estaba seguro de si ibas a venir o no, ¿sabes? —Dominic sintió que se le encogía el corazón cuando Tarrant le dio una palmadita en la mano —. No merezco tu perdón. Lo sé. Y no te pido que me perdones. Sólo quiero compartir lo que he creado.

Tarrant respiró hondo y alzó la barbilla. El sol de la mañana iluminó su piel ajada por el tiempo.

—He dejado mi vida en esta empresa. Era como mi hijo —miró a Dominic—. Pensaba que eso sería suficiente. Construir algo y verlo crecer.

Le dio una calada al puro y soltó una nube de humo.

—No es suficiente. Quizá sea porque no puedo soportar la idea de

que me estoy muriendo. Porque quiero seguir y hacerme un hueco en el futuro de alguna manera. Pero tengo que traspasarla. Necesito un sucesor que se ocupe del jardín que he plantado y lo cultive para convertirlo en algo mejor.

Tarrant apretó la mano de Dominic otra vez y él tuvo que contenerse para no apretársela también.

—Tú eres mi heredero. Cielos, incluso te pareces mucho a mí —dio una palmada sobre el brazo de la butaca. El esfuerzo lo hizo toser un poco.

Dominic lo miró a los ojos.

—Yo no voy a ser tu heredero.

—¿Qué quieres decir? ¡Por supuesto que lo eres! Eres perfecto. Incluso eres empresario. No tenía ni idea de que el joven que había revolucionado la manera en que se vende la comida *gourmet* era de mi propia sangre. Cuando Sam te encontró y me lo contó, yo no podía parar de reír. No se puede luchar contra el destino, querido hijo.

Así que Tarrant ni siquiera había reconocido su nombre en los periódicos. Esa era la cruda realidad. Dominic siempre había imaginado que su padre se enteraba de cuando sus tiendas recibían alabanzas en los periódicos.

Cuando Tarrant le quitó las tiendas que estaban en bancarrota delante de sus narices, Dominic sintió cierta satisfacción al pensar que al menos su padre le estaba prestando atención.

Una vez más, se había engañado a sí mismo. Dominic continuó mirando a Tarrant.

—He venido porque quería conocerte. Quería mirarte a los ojos. Quería saber por qué nos abandonaste, a mí y a mamá —tomó aire despacio—. Ahora ya lo he hecho. Me alegro de haber tenido la oportunidad de conocerte, pero no voy a quedarme con tu empresa. No me debes nada, y yo no te debo nada.

—Veo que eres un tipo duro —dijo Tarrant, y le dio un golpecito en la rodilla—. No esperaba menos. ¿Por qué ibas a querer cargar con la empresa de un vejete que necesita un hijo de repente? Diablos, yo tampoco lo haría.

Tarrant se inclinó hacia delante.

—Dime, Dominic, ¿qué puedo hacer por ti? Por tu negocio. Tengo muchos contactos y puedo conseguirte lo que quieras. Sólo dímelo.

Ahí estaba la oportunidad de pedirle las tiendas que quería. Pero preferiría morir que recibir ayuda de aquel hombre. Debería rechazar su oferta e insultarle.

Pero no podía hacerlo.

Dominic trató de no mostrar emoción alguna. Pensaba que había olvidado los sueños de reconciliarse con su padre que tenía cuando era niño.

Pero no. Habían estado latentes durante mucho tiempo y acababan de salir a la superficie.

—Tengo que irme —se puso en pie para marcharse.

Tarrant Hardcastle podía ofrecerle todo el dinero del mundo, pero no podía cambiar el pasado.

Al salir al sol de mediodía, la ropa que llevaba le resultó incómoda. Tenía un nudo en el estómago, sentía presión en el pecho y notaba que el corazón le latía demasiado deprisa.

Decidiendo que lo que sentía era deseo, optó por ir a ver a Bella.

—Hola, señorita Andrews.

Bella se sobresaltó al oír una voz grave en su oreja. «Dominic». Estaba inclinado detrás de ella, mirando el gráfico que tenía en la mano. Ella lo retiró de su vista.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Por la puerta.

Kumar y Anita estaban repasando unos datos. Sue estaba trabajando con el microscopio en la mesa contigua, y Theo sujetaba una bandeja de tubos de ensayo contra la luz del sol que entraba por los ventanales.

Al sentir la respiración de Dominic contra su nuca, a Bella se le erizó el vello.

—Mi equipo de investigación está aquí —masculló ella.

—Ya lo veo. Estoy dispuesto a conocerlos.

—¿Qué es lo que quieres?

—Me conformaría con comer juntos.

Ella suspiró. Cualquier cosa con tal de sacarlo de allí antes de que creara algún problema con su equipo.

—Vamos —dijo ella, y dejó el informe sobre la mesa.

Dominic la miró asombrado. Al parecer no esperaba que fuera tan fácil.

—Volveré en un rato —dijo ella, mientras colgaba la bata de laboratorio en el perchero. Se alisó la parte delantera del vestido nuevo que se había comprado en las rebajas y salió de allí.

Dominic silbó en cuanto cerraron la puerta del laboratorio.

—Bella. El nombre te queda muy bien.

Dominic la miró de arriba abajo. El vestido le quedaba ceñido a la altura de las caderas y después tenía un poco de vuelo hasta la rodilla.

—Gracias. Es nuevo.

Bella se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas. También se había comprado unos zapatos de tacón y se fijó en que Dominic sonreía al mirar sus tobillos.

—Si mi profesora de química del instituto se hubiera parecido a ti, quizá estaría trabajando en algo muy distinto.

Ella se encogió de hombros.

—Es parte de mi trabajo. No se puede trabajar para Tarrant y ser una dejada.

—¿Y por qué eso hace que quiera ponerme unos vaqueros?

—Pensaba que no trabajabas para Tarrant. Todavía. ¿O es que has decidido quedarte? —se le formó un nudo en el estómago.

—¿Hay algún motivo por el que deba decírtelo?

—No.

Se abrieron las puertas del ascensor y él gesticuló para que ella pasara primero. Ella no pudo evitar que sus caderas se contonearan una pizca al traspasar la puerta.

En cuanto se cerraron las puertas, volvió a la realidad.

—¿Le has dicho algo sobre mí?

—No —él se apoyó en la pared.

—Gracias.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—Todavía no —se mordió el labio—. Tiene que estar en algún sitio.

—¿Y si no está?

—Está —se abrieron las puertas y entraron varias personas.

La mirada de Dominic le calentaba la piel, pero ella no se inmutó.

En la planta baja él esperó a que saliera todo el mundo y después le ofreció el brazo.

—¿Dónde te gustaría comer?

—Suelo comer un perrito caliente en el parque.

—Si tomas un perrito caliente cada día para comer y tienes ese cuerpo, no me atrevo a probar con buena comida.

Salieron a la calle bajo el sol de mediodía. Los zapatos de tacón de Bella resonaban sobre el asfalto de camino al parque. Dominic la llevaba agarrada firmemente del brazo.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Tenemos un trato, ¿recuerdas? —alzó la barbilla para disfrutar del sol en el rostro—. ¿O romper promesas es tu costumbre?

—Nunca he roto una promesa.

—Ah, ¿le has contado a mi padre que estás trabajando en su contra?

—¡No! Bueno, quiero recuperar el trabajo de mi padre, pero no he estado retrasando la investigación científica. Estoy muy orgullosa de lo que he conseguido.

—¿Pero piensas llevártelo contigo?

—No. Nunca me llevaría el trabajo que he hecho para Hardcastle. Sólo quiero recuperar la investigación básica. No demandaré a nadie por los productos que he desarrollado aquí. A mi padre no le interesaban los cosméticos. Su trabajo se basaba en la percepción de la realidad.

—Supongo que con eso se trata de conseguir que la gente aparente ser más de confianza de lo que es.

—No puedo creer que haya confiado en ti.

Él la miró.

—Te fiaste de mí.

—¿Y por qué iba a fiarme de ti?

—Tengo ese tipo de rostro —contestó con una amplia sonrisa—. ¿Mostaza? ¿*Ketchup*? —habían llegado al puesto de los perritos calientes.

—Todo.

Dominic pidió la comida y la guió hasta un banco que estaba a la sombra de un roble. Mordió un poco del perrito y masticó:

—Tarrant quiere que tome el cargo de la empresa. Me preguntó qué quería a cambio. Me daría cualquier cosa —dio otro bocado.

Bella frunció el ceño.

—Quieres decir que, si le pidieras la investigación de mi padre… —

pestañeó y dio un sorbo de su refresco.

—Esa idea también se me ha ocurrido —Dominic bebió un poco de té.

—¿Harías eso por mí? —preguntó ella con el corazón encogido.

—No —dio otro bocado y lo masticó mientras disfrutaba del sol en la cara.

Bella trató de mantener calmada su respiración.

—¿Por qué no?

—Porque, si lo hiciera, mi padre se enteraría de quién eres y te demandaría por incumplimiento de contrato.

—¿Incumplimiento de contrato?

—Como empleada estás obligada a apoyar los intereses de la empresa. Lo que estás haciendo no es muy diferente a lo que hace un empleado de tienda cuando mete la mano en la caja.

—El único contrato que he firmado dice que la propiedad intelectual de todos los descubrimientos científicos que haga aquí será de Hardcastle. Ya te he dicho que no quiero nada de eso.

—No importa. Has venido para llevarte algo. ¿Te parece legal? Mira la normativa de los empleados —bebió un sorbo de té sin mirarla.

—¿Estás diciendo que no puedo demandar a Tarrant porque estaría incumpliendo un contrato que no he firmado?

—Yo no he dicho nada —se metió el último pedazo del perrito caliente en la boca y miró a Bella—. ¿Quieres otro?

—No —ella todavía tenía el perrito entero. Se le había quitado el apetito—. ¿Entonces qué debo hacer? —dijo con voz temblorosa.

—¿Me estás preguntando cómo puedes fastidiar a mi padre? Puede que con ese vestido estés tremenda, pero tengo mis límites —la miró de arriba abajo—. Está bien, puede que no esté seguro de cuál es mi límite, pero si yo fuera tú, dejaría de intentar salvar la fortuna familiar y disfrutaría de todo lo que has conseguido —ladeó la cabeza—. Quizá eso sea lo que a tu padre le

habría gustado.

Pronunció sus últimas palabras con suavidad. Sin una nota de acusación o condescendencia. Bella rechazó la idea nada más oírla.

—Mi padre vivía para su trabajo. Significaba todo para él. Sin él, se sentía vacío. Le suplicó a Tarrant que le permitiera continuarlo aquí, pero Tarrant no se lo permitió.

Dominic suspiró.

—Eso suena muy duro.

—Supongo que un científico de pelo cano que todavía vestía con trajes de los años sesenta no encajaba con la imagen de su empresa —dejó el perrito caliente sobre su regazo—. Si hubiera dejado a mi padre en paz y le hubiera permitido continuar su trabajo, yo no estaría aquí. Estaría haciendo mi trabajo en otro sitio. Pero tal y como están las cosas, no puedo. No sería capaz de dormir por las noches.

Dominic la miró fijamente.

—Recuperar su trabajo de investigación no te devolverá a tu padre.

«Pero podría devolverme a mi madre», pensó ella.

—Lo sé. Pero saber que su trabajo está en buenas manos, y que no será olvidado, es valiosísimo para mí —le tendió el perrito caliente—. Toma, cómetelo. He perdido el apetito.

Lo colocó sobre la palma de la mano de Dominic y él lo agarró.

—No permitiré que regreses al trabajo hasta que no comas algo.

Ella se encogió de hombros.

—De todos modos los perritos calientes no te parecían una comida adecuada.

—Vamos —se puso en pie y tiró de ella para que se levantara—. Voy a llevarte a comer comida de verdad —tiró el perrito caliente en una papelera y se dirigió hacia la salida del parque.

Agarrada de la mano, ella aceleró para seguir su paso.

Ignorando sus protestas, él paró a un taxi en cuanto llegaron a la calle y la apremió para que entrara.

—¿Dónde me llevas? —Bella cerró la puerta del taxi. No había oído lo que Dominic le había dicho al conductor.

—Pronto lo descubrirás —contestó él.

—¿Cómo sé que no me vas a llevar prisionera a tu habitación de hotel?

—Humm. Buena idea —sonrió él—. Excepto que no tengo habitación de hotel.

—¿Dónde te alojas? —ella agarró la manija de la puerta con su mano temblorosa mientras se dirigían hacia el centro de la ciudad.

—En casa de un amigo.

Ella se preguntó si sería una amiga y no un amigo y enseguida se amonestó en silencio por su pensamiento. ¿Qué más le daba? No esperaba tener una relación con Dominic Hardcastle.

Necesitaba que él regresara a Miami y, sobre todo, encontrar los archivos cuanto antes.

Aquel viaje por la ciudad no la estaba ayudando.

Él bajó la ventana e inhaló una bocanada de aire.

—Maldita sea. Echo de menos esta ciudad. Vivimos aquí hasta que cumplí diez años, entonces, mi madre consiguió un trabajo y tuvimos que mudarnos.

—¿Estás pensando en regresar? —preguntó con un nudo en el estómago.

—¿Estás intentando decirme que me echarías de menos si me fuera a casa?

—Ni mucho menos.

—Yo sí te echaría de menos —la miró de reojo.

—Ni siquiera me conoces —contestó ella, ignorando la curiosa sensación que se había apoderado de ella.

—Sé que tienes un enfrentamiento con Tarrant Hardcastle. Eso hace que tengamos algo en común.

—Dijiste que él te daría cualquier cosa. Piensa lo que quieres y pídeselo.

—Sé lo que quiero —dijo él, frunciendo el ceño ligeramente—. Me pregunto si Tarrant estaría dispuesto a cederte si se lo pidiera de manera educada.

Ella se volvió para mirarlo. Deseaba darle una bofetada.

Él estaba sonriendo.

—Basta —contestó ella, conteniendo unas ganas extrañas de reír—. Me tienes donde quieres porque fui lo bastante estúpida como para contarte mi historia.

—Sí. Deberías ser más reservada.

—Gracias por el consejo.

—De nada —posó la mirada en la parte delantera de su vestido, donde la tela ceñía sus pechos.

Bella se sorprendió al ver que una imagen se apoderaba de ella. La boca de Dominic sobre su pecho. Su lengua acariciando la tela del vestido.

Ella levantó la cabeza y miró por la ventana. Notaba sus pezones erectos presionando el sujetador. Se preguntaba si él podía verlos.

Deseaba respirar hondo, pero sabía que sólo conseguiría que el vestido se ciñera más a sus pechos.

—Tengo trabajo que hacer.

—Claro. Revisar los cajones de la empresa de mi familia.

—De hecho, tenemos un producto nuevo a punto de salir —quería demostrar que se ganaba el sueldo—. Dos de mis investigadores han

perfeccionado un polvo que crea la imagen de una piel suave y perfecta. Al principio no funcionó porque la grasa de la piel lo estropeaba y en muchas personas el efecto no duraba demasiado. Anita descubrió una sustancia que absorbe la grasa y ahora podemos ofrecer una garantía de doce horas.

Parecía que Dominic mostraba interés por educación. Eso la molestaba.

—Este producto es bastante efectivo incluso para cubrir cicatrices profundas. Cambiará la vida de mucha gente.

—Eso es estupendo.

—Te parece una tontería.

—No. Es mucho más interesante que la mayoría de los productos que Hardcastle intenta endilgarles a sus clientes. Aunque, si te han vendido ese vestido, he de darles las gracias.

—Lo compré en Ann Taylor —se alisó la falda y contuvo una sonrisa de satisfacción.

—Ah.

Estaban en un atasco. Dominic tenía la ventanilla abierta y el sonido de los claxon inundó sus oídos.

—Estoy seguro de que tu padre estaría muy orgulloso de lo que estás haciendo con su trabajo.

—Él no estaba interesado en los cosméticos. Creo que le habría encantado trabajar para los militares, pero ellos no lo contrataron.

—¿Por qué no?

—Cuando vino a los Estados Unidos, él pertenecía a un grupo político radical marxista. Cuando yo nací, él ya había dejado la política, pero supongo que la mancha permanece en los archivos de la CIA.

—Es una lástima. A lo mejor heredaste su arriesgada pasión por las causas perdidas.

Ella se puso derecha.

—No tiene gracia.

—Lo sé. Por eso no quiero ver cómo estropeas tu vida por algo que no puede cambiarse.

—¿Me has sacado del laboratorio para echarme la bronca?

—Entre otras cosas. Alimentarte y besarte eran dos cosas prioritarias en mi agenda, pero parece que nos hemos saltado el orden del día.

Se inclinó hacia delante, le dio un golpecito en el hombro al conductor y le dijo una serie de incomprensibles indicaciones. Se dirigieron hacia la calle Catorce.

—Puesto que vamos de atrás adelante, ¿puedo besarte ahora?

La pregunta fue directa. Y su respuesta también.

—No.

Capítulo 4

Bella sintió que se le aceleraba el pulso. ¿Sería capaz de forzarla?

Con expresión seria, Dominic le acarició los labios con el dedo pulgar.

—Una lástima.

«¿Cómo se atreve?». A Bella le temblaron los labios a causa de su insolente caricia.

¿Cómo se sentiría él si ella le acariciase el cabello? Dominic llevaba el cabello peinado para atrás pero tenía una onda despeinada y Bella deseaba colocársela.

Apartó la vista de él y miró por la ventana. El taxi se estaba adentrando en las desordenadas calles de West Village.

—Todavía no me has dicho adonde vamos. ¿No crees que sería un detalle?

—A estas alturas ya sabes que puedo ser muy grosero cuando hace falta —el humor se sentía en su voz.

—¿Por qué tengo la sensación de que debería llamar a la policía?

—A lo mejor deberías —él se inclinó hacia delante y murmuró algo al conductor, quien se detuvo frente a un escaparate.

Ella se bajó del taxi y él le tendió el brazo. La guió por unas escaleras de cemento. En el restaurante la gente estaba frente a una barra. En la pared del fondo, una pizarra mostraba el menú. Aromas deliciosos invadían el ambiente y se oía el ruido de los cacharros de cocina.

—La mejor comida de la ciudad —Dominic le apretó el brazo con el suyo.

—¿De qué tipo es?

—Italiana, por supuesto.

«Por supuesto». Y para aumentar su arrogancia él pidió para los dos sin siquiera preguntarle qué quería comer. O qué le gustaba. O si tenía hambre.

Él hablaba con el chico de detrás de la barra como si fueran amigos, pero no presentó a Bella.

—Sentémonos afuera.

«Por supuesto, su señoría».

—Sabes, te pareces mucho a Tarrant —ella se arregló la falda y se sentó en el banco que estaba junto a la ventana—. Haces lo que quieres sin importarte lo que quieren los demás.

—Eso es lo bueno de ser una persona decidida.

—En los negocios sí, pero puede ser difícil llevarlo a las relaciones personales. Mira cuántas veces se ha casado tu padre.

Eso le llamó la atención. Dominic se quedó pensativo.

—¿Cuántas veces se ha casado? —preguntó.

Ella se arrepintió al instante. Se había olvidado de que Tarrant era un extraño para él. Probablemente ella conocía mejor al padre de Dominic que él.

—Samantha es la número tres. ¿La has conocido?

—Sí. Parece agradable —destapó una botella de San Pellegrino y le sirvió una copa a Bella—. Joven.

—Creo que tiene mi edad.

Dominic suspiró y negó con la cabeza.

—¿Y por qué un hombre se casa con una mujer que tiene la mitad de su edad?

—¿Bromeas? Pensaba que todos los hombres querían eso. Además, a lo mejor yo tengo cincuenta años en realidad, con una piel perfecta.

Él se rió.

—No. Si tuvieras cincuenta años, serías más dura.

—¡Soy dura!

Él bebió un sorbo del agua con gas.

—Sí. Más o menos. Y eso me gusta.

Su amigo sonriente apareció con dos platos de lasaña humeante.

—¿Es una de esas lasañas imposibles de mejorar? —preguntó ella cuando el camarero se hubo marchado.

—No tanto, pero no se lo digas a Alfie. Puede que llore. Ya sabes cómo somos los italianos de sensibles.

—Sí, claro —Dominic Hardcastle era tan sensible como el Porsche Turbo de su padre.

Bella pinchó el tenedor en la lasaña.

Deportivos, mujeres fáciles y dinero rápido. Eso es lo que les interesaba a ese tipo de hombres. Ella no se sentía mal por obrar a espaldas de Tarrant. Y si tenía que entrar en los jueguecitos de su hijo, lo haría también.

Sabía lo que era verdaderamente importante. El sabor del tomate, la ternera y la albahaca inundó su boca. La pasta estaba cocinada a la perfección.

—Mmm. No está mal.

Él la miró de reojo y ella estuvo a punto de humedecerse los labios.

Una gota cayó sobre su nariz. Miró hacia el cielo y notó que otra gota le caía en el ojo.

—Está lloviendo.

La gente agarró sus platos y entró en el local, donde sólo había espacio para quedarse de pie junto a la barra.

Dominic no se movió. Las gotas de lluvia habían manchado su traje

de lana gris.

—El apartamento que he alquilado está en el edificio de al lado —señaló hacia un edificio de ladrillo con la barbilla—. Subiremos.

Ella abrió la boca para protestar, pero un trueno calló sus palabras. Al instante, un rayo iluminó el cielo y ella se estremeció.

—Lleva la botella de agua —ordenó él, mientras recogía los platos y salía de allí.

Ella agarró la botella y los vasos. Negó con la cabeza y lo siguió.

Dominic sujetó ambos platos con una mano mientras abría una puerta de metal con una llave. Después hizo un gesto para que ella pasara primero.

Bella traspasó el umbral de la puerta para refugiarse de la lluvia.

—Uf. No me apetecía nada mojarme —tenía la piel de gallina. Por culpa de la lluvia, claro. No por la anticipación de lo que pudiera pasar después.

—Creo que ese vestido te quedaría muy bien mojado.

—A lo mejor encoge.

—Sí —se le iluminaron los ojos.

—Eres malvado.

—Es una lástima que estés sola conmigo en este extraño edificio —comenzó a subir por las escaleras—. Espero que no se vaya la luz.

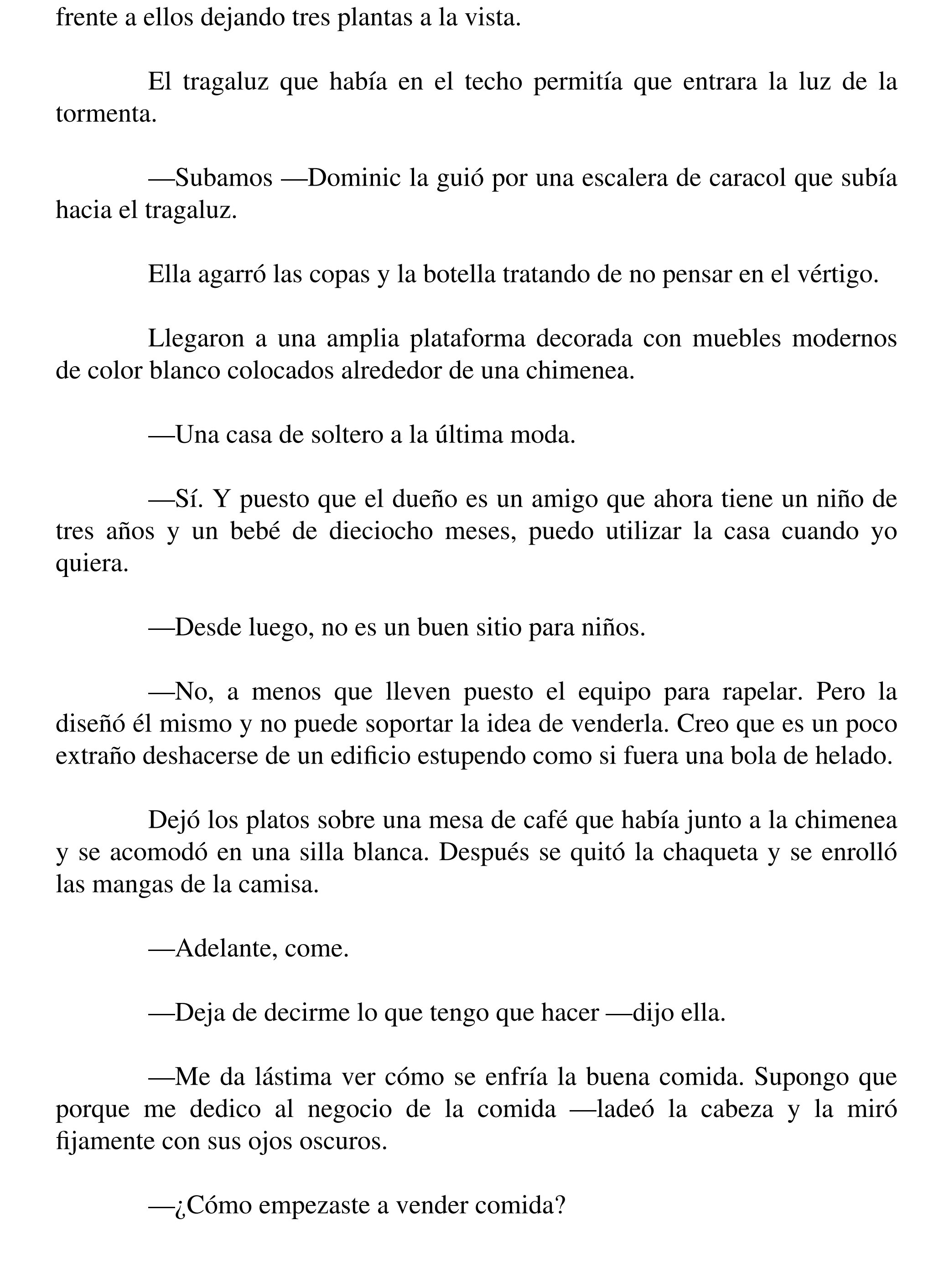
¿Por qué podía imaginar sus hoyuelos con tanta claridad si estaba detrás de él?

Bella se detuvo un instante y negó con la cabeza, después lo siguió. Se sentía a salvo con él, algo que era totalmente ridículo. Normalmente tenía buena intuición para las personas, y no tenía ningún motivo para confiar en Dominic Hardcastle.

Cruzaron un pasillo de baldosas negras y blancas y continuaron por unas viejas escaleras de mármol. Era extraño que un hombre con tanto dinero se alojara en un edificio tan descuidado.

Dominic abrió una puerta de la segunda planta y la invitó a entrar.

—Guau —dentro, el espacio contradecía cualquier expectativa. Estaban en un rellano con una barandilla minimalista donde el suelo caía frente a ellos dejando tres plantas a la vista.



El tragaluz que había en el techo permitía que entrara la luz de la tormenta.

—Subamos —Dominic la guió por una escalera de caracol que subía hacia el tragaluz.

Ella agarró las copas y la botella tratando de no pensar en el vértigo.

Llegaron a una amplia plataforma decorada con muebles modernos de color blanco colocados alrededor de una chimenea.

—Una casa de soltero a la última moda.

—Sí. Y puesto que el dueño es un amigo que ahora tiene un niño de tres años y un bebé de dieciocho meses, puedo utilizar la casa cuando yo quiera.

—Desde luego, no es un buen sitio para niños.

—No, a menos que lleven puesto el equipo para rapelar. Pero la diseñó él mismo y no puede soportar la idea de venderla. Creo que es un poco extraño deshacerse de un edificio estupendo como si fuera una bola de helado.

Dejó los platos sobre una mesa de café que había junto a la chimenea y se acomodó en una silla blanca. Después se quitó la chaqueta y se enrolló las mangas de la camisa.

—Adelante, come.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer —dijo ella.

—Me da lástima ver cómo se enfría la buena comida. Supongo que porque me dedico al negocio de la comida —ladeó la cabeza y la miró fijamente con sus ojos oscuros.

—¿Cómo empezaste a vender comida?

—Me gusta dar de comer a la gente. Es una manera de cuidar.

—Supongo que la comida nunca pasa de moda.

—No, y me duele en el alma que la comida basura sea más barata y más fácil de comprar que la comida de verdad. Estoy trabajando para cambiar eso.

—Y sacar beneficios.

—Claro, o no estaría metido en negocios —comió un poco de lasaña —. Mi objetivo es dominar el mundo.

—De tal palo tal astilla —dijo ella.

—Sí parece que tenemos mucho en común —dejó el tenedor en el plato—. Incluido el gusto por las mujeres bellas y difíciles.

Dominic se abrió el cuello de la camisa con un dedo. La mirada cautelosa de Bella lo volvía loco. Ella estaba allí porque tenía miedo de que él contara su secreto.

¿Aquella mujer pensaba que podría robarle a Tarrant Hardcastle la investigación que él había comprado y distraer al hijo de su enemigo a base de batir las pestañas?

Debería enseñarle una lección por cometer ese tipo de error.

Él ya se lo había advertido. Le había dicho que estaba buscando problemas y que los encontraría. Pero ella no se había echado atrás.

Bella lo miró de nuevo a través de sus pestañas oscuras. La mirada de sus ojos grises era tranquila, fría. Podía ser una espía industrial perfecta, excepto que no parecía capaz de decir una mentira.

¿Qué otros secretos guardaba y qué podría revelar si él le hacía la pregunta adecuada?

Un trueno retumbó en el edificio y un rayo iluminó el apartamento. Dominic dejó el plato sobre la mesa. Había perdido el apetito por la comida.

Ella había rechazado su beso, pero sus labios habían temblado bajo su

dedo pulgar. Sospechaba que podía provocarle la misma reacción en el resto del cuerpo.

A él le gustaban los retos. La idea de lamerle la piel y excitarla con sus caricias provocaba que se le hiciera la boca agua.

—¿Te apetece una copa de vino? Mi amigo tiene una buena bodega.

—No bebo durante el día.

—Muy sensato —le retiró el plato del regazo y lo dejó sobre la mesa. Ella no había probado bocado desde que llegaron allí.

—¿Has estado enamorada alguna vez?

Ella pestañeó.

—No. ¿Y tú?

Su respuesta lo sorprendió. Ya no podía seguir preguntándole todo lo que pensaba preguntarle. Y que le devolviera la pregunta, lo pilló por sorpresa.

—Claro.

Bella se alisó la falda del vestido.

—¿Ella hizo que te volvieras suspicaz hacia las mujeres? Seguro que te rompió el corazón.

—No soy suspicaz hacia las mujeres. La mitad de mis empleadas son mujeres.

—A lo mejor también curioseas a su alrededor tratando de averiguar qué están tramando.

—No. Algo sobre tu persona hizo que me pusiera alerta.

Ella frunció los labios.

—¿A lo mejor te recuerdo a la mujer que solías amar?

—No —se movió en la silla—. No te pareces en nada a ella.

Bella se inclinó hacia delante.

—¿Y que más motivos hay para que prestes atención a una química anodina cuando vas a un edificio de veintidós plantas lleno de las mujeres más bellas del mundo? ¿Ella también era científica?

—Ahora es doctora —dijo con cierto tono de irritación.

Ella disimuló una sonrisa.

—Eh, llevo años sin verla. Apenas la recuerdo —se desabrochó otro botón de la camisa. El aire acondicionado no estaba bastante fuerte.

—No te creo. Estoy segura de que estuviste comprometido, ¿a que sí?

Él frunció el ceño.

—¿Qué más te da?

—Curiosidad. Tengo una sensación.

—Espero que sea una sensación sensual.

Ella entornó los ojos.

—Tengo la sensación de que eres el tipo de hombre que adora a su primer amor y lo coloca en un pedestal.

—Soy italiano.

Ella sonrió.

—Al parecer, sólo a medias. Vas a tener que buscar otra excusa.

—De acuerdo, la amaba. Estaba loco por ella. Quería casarme y tener hijos con ella. ¿Es eso lo que querías oír?

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —preguntó Bella.

—Cinco años.

—Guau. Eso es mucho tiempo. ¿Qué pasó?

Él ladeó la cabeza y la miró.

—Eso es asunto mío —se levantó de la silla y cruzó la plataforma para ajustar la temperatura del aire acondicionado. Estaba empezando a sudar.

Él había adorado la mentalidad de Patricia tanto como su cuerpo extraordinario.

Su sueño de convertirse en doctora lo entusiasmaba y él había hecho todo lo posible para ayudarla. Pagar el apartamento mientras ella estudiaba, llevar comida a casa… Y todo mientras trataba de que su negocio despegara.

Ella no quería casarse hasta que no se graduara, y él había llevado esa fecha grabada en su corazón.

Entonces, dos semanas antes de que ella tuviera que recoger su diploma, le contó que iba a hacer la residencia en California y que se iría sola. Quería entregarse a su profesión y no a las exigencias que suponía formar una familia.

Él se alegraba de que la luz de la tormenta ocultara la expresión de su rostro. Desde entonces, había dedicado toda su energía a sus negocios. Y no necesitaba a nadie para completar su vida.

Oyó que Bella se levantaba de la silla.

—Lo siento. He sido una maleducada por curiosear. Será mejor que regrese al laboratorio.

—Por supuesto. Tienes un objetivo que cumplir —él no pudo evitar el tono cortante de su voz.

—Sí —bajó las pestañas para cubrir su mirada y se alisó una arruga del vestido.

El deseo se apoderó de él al ver cómo la tela del vestido se pegaba a las curvas de su cuerpo. Se había puesto el vestido para atraer su atención. Para excitarlo.

—¿Disfrutas atormentando a los hombres? —dio un paso hacia ella. Podía oler el aroma dulce y cálido de su piel.

—Yo… no —pestañeó y miró a otro lado.

Bella dijo algo más, pero él no lo comprendió porque estaba centrado

en su boca. En la forma de su labio superior.

Un rayo de sol se coló entre las nubes y ella levantó la mano para cubrirse los ojos. Al moverse, el vestido se ciñó aún más a sus pechos.

—¿He dicho que si vamos a devolver los platos?

—No.

Ella no se resistió. Ni siquiera un poco, tal y como él pensó más tarde que debía haber hecho. Eso lo habría detenido.

En cambio, ella se rindió completamente con un suspiro que indicaba que lo que estaba a punto de suceder era inevitable.

Ni siquiera se besaron enseguida. Él ocultó su rostro contra el cuello de Bella e inhaló el cautivador aroma de su piel. Ella presionó su mejilla contra la de él y agarró su camisa.

Dominic empezó a respirar de manera agitada y no pudo hacer nada por evitarlo. Clavó sus dedos en la espalda de Bella para sentir el calor y la delicadeza de su cuerpo a través de la tela del vestido.

Le acarició las curvas de su cintura y notó que una ola de deseo se apoderaba de él.

Le desabrochó la cremallera del vestido y se lo retiró de los hombros. Agachó la cabeza y colocó la boca sobre su pecho, succionándolo a través del sujetador.

¿Y ella, le seguía el juego para mantenerlo callado? ¿Sexo a modo de chantaje?

A él no le importaba. No podía evitarlo.

Ella lo arañó mientras intentaba desabrocharle la camisa, entonces abandonó e intentó quitársela por la cabeza.

Él le sujetó el trasero con ambas manos y pensó que iba a volverse loco. Ella metió los dedos entre su pelo, sujetándole la cabeza hacia atrás para besarlo. Y sus bocas se unieron bajo un beso ardiente y apasionado.

Él nunca supo qué pasó con su ropa. Quizá se había olvidado de ponerse cinturón y por eso se le habían caído los pantalones. Lo único que

recordaba era la sensación de sus dedos fríos y delicados bajo la tela de su ropa interior, sujetando su miembro y llevándolo a un estado de locura del que creía que nunca podría regresar.

Él se peleó con el preservativo que había conseguido encontrar en el baño. Le acarició el cuerpo desnudo con la lengua, inhalando su aroma femenino hasta preguntarse si iba a perder la cabeza.

Entonces, ella se colocó sobre él con las piernas temblorosas y lo recibió en su interior.

Bella se deslizó hacia abajo sobre su miembro. No fue capaz de evitar el gemido de placer que salió de sus labios. Unos labios que habían besado su rostro, su cuello y sus hombros musculosos.

Él le mordisqueó el cuello y ella sintió que una ola de calor la invadía por dentro. Al instante arqueó el cuerpo contra el de él.

El hijo del jefe.

Ése era el tipo de error que terminaba con las carreras profesionales. Que arruinaba vidas.

Él jugueteó con la lengua sobre sus pezones y ella comenzó a temblar.

Dominic la sujetó por la cintura y ocultó el rostro entre sus senos, un gesto tan íntimo y cariñoso que Bella pensó que le partiría el corazón.

Ella no se había percatado de lo mucho que echaba de menos el simple hecho de estar cerca de alguien.

Dominic le acarició la espalda y ella sintió fuego bajo la piel. La abrazó y comenzó a moverla de arriba abajo hasta que la sensación era tan intensa que se convirtió en casi insoportable.

Ella era científica. Estudiaba cosas, trataba de comprenderlas, pero no era capaz de comprender aquellos sentimientos que la invadían por dentro. Y tampoco podía controlarlos.

Dominic le sujetó el rostro y ella abrió los ojos un instante. Entonces, él la besó de manera apasionada.

Bella no pudo evitar que sus caderas comenzaran a moverse de forma

rítmica, provocando que una ola de placer recorriera su cuerpo.

Sus lenguas se encontraron y sus brazos se entrelazaron. El ritmo era cada vez mayor. Un fuerte sentimiento se apoderó de ella y pensó que podía estallar, o ponerse a llorar.

«Sólo es una sensación. No significa nada».

Ella sólo lo estaba utilizando. Tratando de distraerlo.

¿No era así?

Dominic la abrazaba con tanta fuerza que apenas le dejaba respirar. Ella se sentía tan bien entre sus brazos. Segura. Había pasado mucho tiempo sola y asustada. A veces ni siquiera recordaba cómo era sentirse de otra manera. No quería separarse de su lado.

Aunque no estaba segura ni mucho menos.

De pronto, ambos comenzaron a gemir a medida que el ritmo de sus movimientos aumentaba. Ella se agarró a él con fuerza.

Estaba perdiendo la capacidad de pensar o sentir. Entonces, él la tomó entre sus brazos y con un último empujón hizo que sobrepasara el límite de la realidad.

Era como un salto al vacío, donde no había nada donde agarrarse. Ella sabía que el aterrizaje sería doloroso. Que caería rápido y de manera brusca y que se haría tanto daño que quizá no pudiera superarlo nunca.

Y tenía razón.

Capítulo 5

Dos horas más tarde Dominic entró por la puerta giratoria de Hardcastle Enterprises inundado por un sentimiento mezcla de irritación y deseo.

Estaba disgustado consigo mismo. Se había aprovechado de una mujer vulnerable que sabía que él tenía poder para destruirla.

También estaba disgustado con Bella. Si ella se hubiera resistido una pizca, él habría parado. ¿Tenía tanto miedo de él, y de su relación con Tarrant, que no se atrevía a decirle que no?

Ella le había dicho que no cuando le pidió besarla en el taxi.

Y él había rechazado la oferta que su padre le había hecho sobre la empresa porque no quería estar en deuda con Tarrant.

Atravesó el recibidor y se dirigió a los ascensores. Ansiaba tener la cadena de tiendas que había perdido gracias a su padre. Tenía diseñado el futuro de cada tienda, el inventario y el personal que necesitaría, sólo para ver cómo Tarrant se las quitaba delante de sus narices.

Apretó el botón de la planta donde se encontraba la dirección.

Hardcastle Enterprises no parecía tener plan alguno para las tiendas. Cuando muriera no sería difícil convencer a su sucesor de que se deshiciera de ellas.

«Cuando muriera».

Dominic sintió un nudo en la garganta. No quería que Tarrant muriera.

La extraña realidad se apoderó de él cuando se abrieron las puertas del ascensor en la planta de dirección.

—¡Dominic! —Samantha lo vio desde donde estaba hablando con la recepcionista. La tercera esposa de Tarrant era más joven que Dominic. Se

acercó a él y lo besó en la mejilla.

—Tarrant no para de hablar de ti. Están repasando los proyectos de venta para el siguiente trimestre. Sé que quiere que estés allí.

Dominic había aceptado asistir a la reunión anual de la junta directiva y Tarrant estaba muy agradecido. La motivación de Dominic era obtener información acerca de la empresa para poder utilizarla en beneficio propio.

Y si alguna vez se sentía mal por ello, sólo tenía que recordar a su madre limpiando casas de gente después del trabajo para poder llegar a fin de mes.

—Me ha surgido un imprevisto —murmuró él.

—Oh, a él no le importará que llegues tarde. Sé que está deseando presentarte a los demás —dijo ella agarrándolo del brazo.

—No, me refiero que no podré asistir a la reunión. Me ha surgido un problema y tengo que regresar al trabajo.

—Oh, Dominic. Por favor, entra aunque sea un minuto.

—Tengo que hacer algunas llamadas.

Ella le agarró el brazo con más fuerza.

—Ven conmigo —tiró de él para guiarlo hasta una sala de reuniones vacía.

Él estaba demasiado asombrado como para resistirse.

Una vez en la sala, ella le soltó el brazo y colocó las manos sobre sus caderas. Una imagen de las gloriosas caderas de Bella invadió su cabeza y él trató de no pensar en ella.

—Vayamos al grano. Sé que probablemente estés disgustado no sólo porque tu padre os abandonara a ti y a tu madre, sino porque además se haya casado con alguien como yo. Sé que soy joven, que la gente piensa que soy una cazafortunas que me he casado con un hombre enfermo para hacerme rica.

Dominic se esforzó para mantenerse inexpresivo.

—Quiero a tu padre. De veras. Ha cometido muchos errores, pero es un buen hombre —se le humedecieron los ojos—. Nada le importa más que encontrar un sucesor, y tú eres la persona ideal para ocuparse de Hardcastle Enterprises. Con tu experiencia en el ámbito de los negocios tienes los conocimientos suficientes que se necesitan para…

—Eso me dijo él, pero por lo que he oído no soy el único hijo bastardo de Tarrant, así que sospecho que aparecerá con otro posible heredero.

Le hervía la sangre al pensar que otros niños habían sufrido el mismo trato que su madre y él.

«Dejaré que alguno de ellos tenga la empresa».

—Sé que es una situación extraña. Tienes derecho a sentirte mal por cómo te han tratado. Tarrant es el primero en admitir que se equivocó. Sabe que le quedan pocos meses de vida y muchos errores por rectificar, pero hace lo que puede.

Dominic frunció el ceño.

—¿Errores que rectificar? No se puede reescribir el pasado.

—Quiere intentarlo. La semana pasada fue a Florida a ver a tu madre.

—¿Qué?

—Firmó los papeles donde reconoce tu paternidad y le pagó la pensión por paternidad correspondiente a dieciocho años.

Dominic se quedó boquiabierto.

—Muy útil, ahora que ya no tiene un hijo al que mantener.

—También le ofreció un millón de dólares en acciones de la empresa, pero ella no lo aceptó.

—No me extraña.

La rabia se apoderó de él. No necesitaban nada del hombre que había actuado como si no existieran. Él podía ocuparse de su madre.

—Tarrant nunca sabrá lo que pasó mi madre cuando trataba de

criarme sola.

—Hizo un gran trabajo.

Se hizo un silencio.

Dominic forzó una sonrisa sarcástica.

—Gracias.

—No tengo por qué caerte bien. Ni siquiera tiene por qué caerte bien Tarrant. Él no espera que sea así. Pero por favor…

Lo agarró del brazo otra vez. La presión de sus dedos y su mirada de súplica podían haberlo molestado, sin embargo, se sintió conmovido.

—Por favor, al menos considera la oferta de Tarrant. Quédate el tiempo suficiente para llegar a conocer la empresa. Hardcastle Enterprises contrata a miles de personas, y todas ellas necesitan un líder para mantener a salvo sus trabajos. Entra en la reunión de la junta directiva, aunque sólo sea un minuto. Es un hombre que está a punto de morir.

—Está bien —podría soportar una reunión más con tal de quitarse de en medio a la esposa de su jefe.

Ella suspiró aliviada y puso una amplia sonrisa.

—Gracias, Dominic.

—Debería ponerte en el departamento de ventas.

Ella se rió y lo acompañó hasta la puerta de la sala de juntas.

Dominic se puso tenso al verse rodeado de toda esa gente que vivía para Hardcastle Enterprises. Cualquiera de los hombres y mujeres de la mesa habrían estado encantados de ocupar el puesto de director ejecutivo, y por lo que parecía, la mayoría de ellos habrían sido competentes. Pero Tarrant lo quería a él, y todo por ser el hijo que en su día había rechazado como si no tuviera importancia.

Dominic se movió en la silla. Deseaba que todo aquello no tuviera importancia, pero sabía que no era así. Al menos, no para él.

Si quisiera vengarse, podría haber aceptado la empresa de su padre y

venderla para desafiar los deseos de su padre. Era capaz de reducir el imperio Hardcastle a un puñado de polvo y recuerdos.

Algo que por supuesto no haría nunca. Su madre no lo había educado de ese modo.

—Y nada hace que me sienta tan orgulloso como compartir con mi hijo el mejor trimestre que hemos tenido.

La voz de Tarrant retumbó en la sala. Dominic volvió a la realidad. ¿El mejor trimestre que habían tenido? Debería haber escuchado con atención.

Al ver que los empleados de Hardcastle y los peces gordos de otras empresas aplaudían, sonrió.

¿Trataban de ponerlo a prueba para ver si él podía demostrar lealtad hacia su familia, algo que su padre nunca había podido demostrar?

¿Qué habría hecho Tarrant si se enterase de que su hijo se estaba acostando con el enemigo?

Dominic aceptó acompañar a Tarrant a su bar de puros favorito para tomar unas copas a modo de celebración después de la reunión. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, vio a Bella en el interior.

El calor se apodero de su piel y, de pronto, sintió que la corbata le molestaba.

Tarrant lo apremió para que entrara junto a los otros ejecutivos.

—Has conocido a la encantadora Bella Andrews, ¿no es así, Dominic?

—Sí.

Ella llevaba un vestido ceñido y él no pudo evitar imaginar cómo se vería sin él.

Entonces, lo que le molestaba eran los pantalones.

—Bella, cariño, vamos a tomar una copa. ¿Por qué no nos acompañas?

—Me encantaría, pero… —miró a Dominic y él se fijó en que ella tragaba saliva—. Tengo mucho trabajo. Voy a por un café y regreso al laboratorio.

Tarrant sonrió.

—Está tan dedicada a su trabajo. Y tiene un cuerpo como el de Marilyn Monroe.

Dominic miró a Bella, quien miraba a Tarrant con los labios apretados.

Él se aclaró la garganta.

—Me temo que eso podría llamarse acoso sexual, papá.

—Oh, todo el mundo aquí sabe que soy incorregible —Tarrant guiñó un ojo—. Si no fuera el propietario de la empresa, me habrían despedido hace años —los ejecutivos se rieron y él agarró a Dominic del brazo y ambos salieron del ascensor.

Dominic se contuvo para no negar con la cabeza. No le extrañaba que Tarrant se creyera capaz de caminar sobre el agua. Nadie tenía valor para decirle que era *Plexiglass*.

¿Pero por qué de repente le molestaba que Bella estuviera engañando a su padre?

Bella notó que le temblaba la mano mientras añadía la crema a su café.

El encuentro con Dominic en el ascensor había sido muy frío. ¿Y qué esperaba? Su apasionada aventura no había tenido nada que ver con el amor.

Él se había retirado a un lado para quitarse el preservativo. Después había regresado vestido, con la corbata anudada y una expresión oscura en el rostro.

La diversión había terminado. Aunque «diversión» no era la palabra adecuada. No había nada de divertido en todo aquello.

Ella había sido una presa fácil. Y merecía su desdén.

Él la había utilizado para demostrar que haría cualquier cosa para que guardara su secreto. Sin duda él pensaba que ella se había acostado con él para que guardara silencio. Un sentimiento de vergüenza se apoderó de ella, añadiéndose a la patética realidad de que aquella aventura había significado mucho para ella.

Sí, al parecer estaba muy necesitada de afecto.

Sería mejor que se controlara porque Dominic Hardcastle nunca la amaría.

Sin embargo, había amado a otra mujer, con la fuerza y la pasión con la que lo hacía todo. Ella admiraba la manera en que él se había enfrentado a su padre en el ascensor. Si todo el mundo fuera más sincero con Tarrant, quizá él no fuera tan insufrible.

Bella trató de no pensar más en Dominic, pensar en lo imposible sólo acentuaba su sentimiento de soledad. Caminar por las calles rodeada de gente con prisa para llegar a casa para el fin de semana ya era un sentimiento bastante duro y extraño.

Ella no tenía prisa por regresar a una casa llena de recuerdos pero sin la gente que en su día le dio vida.

Semana tras semana la energía vital del lugar parecía esfumarse. Bella luchaba por mantener viva la imagen de su madre en su querido jardín, quejándose de los insectos y exclamando por el tamaño de sus rosas.

Y sucedería. No podía ser de otra manera.

Y como tenía que ser así, necesitaba completar su investigación esa misma noche.

Puesto que Dominic ya se había acostado con ella podría descubrirla en cualquier momento. Ya no tenía nada con qué negociar. Había sido un objetivo fácil.

Ella había sido lo bastante tonta como para contarle sus planes y, por tanto, sería mejor que encontrara aquellos papeles.

Justo antes de las diez, abrió un cajón que había mirado con anterioridad. Ella ya había copiado toda la documentación importante del

cajón, pero una carpeta vacía llamó su atención. ¿Se había olvidado de devolver algún archivo? ¿O lo había colocado en un lugar equivocado?

Bella miró bien y vio un pequeño sobre.

Lo sacó. En la parte delantera estaba la dirección de Hardcastle Enterprises, y en la del remitente…

La dirección de sus padres. Escrita con la letra de su padre.

Con el corazón acelerado, miró dentro del sobre y sacó unas hojas de papel dobladas.

Abrió una y vio que estaba escrita con la máquina que su padre solía utilizar para escribirse con sus colegas de todo el mundo. Empezaron a temblarle las manos y se le nubló la vista.

Estaba demasiado impaciente como para sacar una fotocopia, así que guardó las cartas en el bolso y se dirigió a la puerta.

A medida que pasaba la tarde, la animadversión que Dominic sentía hacia su padre parecía esfumarse por los extractores del aire acondicionado junto al humo de los puros más caros. A pesar de ser egocéntrico y extravagante, Tarrant Hardcastle actuaba siempre con una pasión contagiosa.

—Todavía echo de menos las cajas registradoras antiguas. Me encantaba el sonido del cajón al cerrarse y el tintineo de las monedas. Se me altera la sangre de pensar en ello —Tarrant levantó la copa de *whisky* hacia la luz—. Hijo mío, los placeres sencillos son los que cuentan.

Dominic se movió en su butaca de cuero.

—¿Hay algo que quieras hacer que no hayas hecho todavía?

—Ver cómo tomas el mando —Tarrant le dedicó una sonrisa de triunfo.

—Aparte de eso —Dominic ignoró la molesta sensación que sentía —. ¿Algo que desees haber hecho de otra manera?

—Oh… —Tarrant hizo una pausa para dar una calada a su cigarro—. ¿Quieres decir aparte de engancharme a esto? Sí. He estado pensando mucho

últimamente. No lo hice cuando era joven. Lo consideraba una pérdida de tiempo —miró la ceniza que se agolpaba al final de su puro—. Era un hombre de acción, y a veces de reacción. Me avergüenza admitir la cantidad de veces que he hecho algo por pura venganza —bebió un trago de *whisky*—. Me gusta ganar. Si alguien quiere algo, entonces yo lo deseo aún más y, maldita sea, lo consigo. Pensaba que era la forma natural de hacer las cosas. Ahora parece algo mezquino y superficial. Si hubiera creado este negocio sin prestar atención a quién quería superar, ¿quién sabe dónde estaría hoy? Nunca dejes que la malicia sea lo que guíe tu manera de actuar.

Dominic tragó saliva. El vaso hacía que le sudara la mano. Estaba lleno. No quería beber por si se ponía sentimental.

Se jugaba demasiado.

Tarrant se inclinó hacia delante.

—Pero me doy cuenta de que tú nunca te dejarías llevar por algo tan mezquino como la venganza —le dio una palmadita a Dominic en la rodilla —. Si no, me habrías parado los pies. Eso o aceptar hacerte cargo de mi empresa y reírte durante el trayecto al banco —Tarrant soltó una carcajada—. No. Actúas con mucha clase en todo momento, Dominic. Eres educado conmigo, amable, pero no quieres ni una de las cosas que te ofrezco —negó con la cabeza y sonrió—. Si no fueras mi hijo, desearía que lo fueras.

Dominic bebió un trago de *whisky*. ¿Cómo podía permitir que todas esas tonterías lo afectaran? Sabía mejor que nadie que Tarrant Hardcastle era un manipulador nato que siempre tenía un plan. ¿Seguía engañándose a sí mismo acerca de que pensaba vengarse de aquel hombre? Tenía que dejarse de tonterías y marcharse de allí antes de que Tarrant consiguiera que se hiciera cargo de la empresa.

—Sí tienes algo que quiero —Dominic habló con frialdad.

—¿Ah, sí? —Tarrant arqueó una ceja.

Dominic se echó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—¿Recuerdas la cadena de farmacias Lester?

—Oh, sí —movió el puro como para quitarle importancia—. ¿Las compramos? No lo recuerdo.

—Sí —Dominic contestó muy serio—. Las compraste. Aunque no

puedo imaginar cómo, puesto que yo aposté doce millones por ellas y tú las compraste por once.

Tarrant lo miró un instante con el ceño fruncido. De pronto, sonrió y se le iluminaron los ojos. Soltó una risotada.

—¿Eras tú?

—Era yo —Dominic tuvo que contenerse para no sonreír también.

—Todo es cuestión de contactos. De a quién se conoce —levantó la copa de *whisky*—. Son tuyas.

Dominic no levantó el vaso.

—No las quiero como regalo.

—Entonces dame cincuenta dólares por ellas —Tarrant entornó los ojos—. No valen mucho más. ¿Quién diablos quiere tener locales inmobiliarios en Trisket Falls, Iowa? —se rió de nuevo—. Sólo los compré para que Stan Richards, de Federal, no pudiera montar más tiendas de saldos. ¡Otra venganza! No me siento orgulloso, de veras que no. Hay mucha gente que considera que merezco morir —Tarrant se recostó en la butaca de cuero.

—No vas a morir —Dominic habló con convicción.

—Si los deseos fueran caballos… —Tarrant movió el puro en el aire—, tendría un rancho de sementales valorado en millones de dólares. Pero tal y como es, me han dado tres meses de vida y ni siquiera yo puedo pasarlo por alto.

Hizo un gesto a un camarero y éste se acercó para rellenarle las copas.

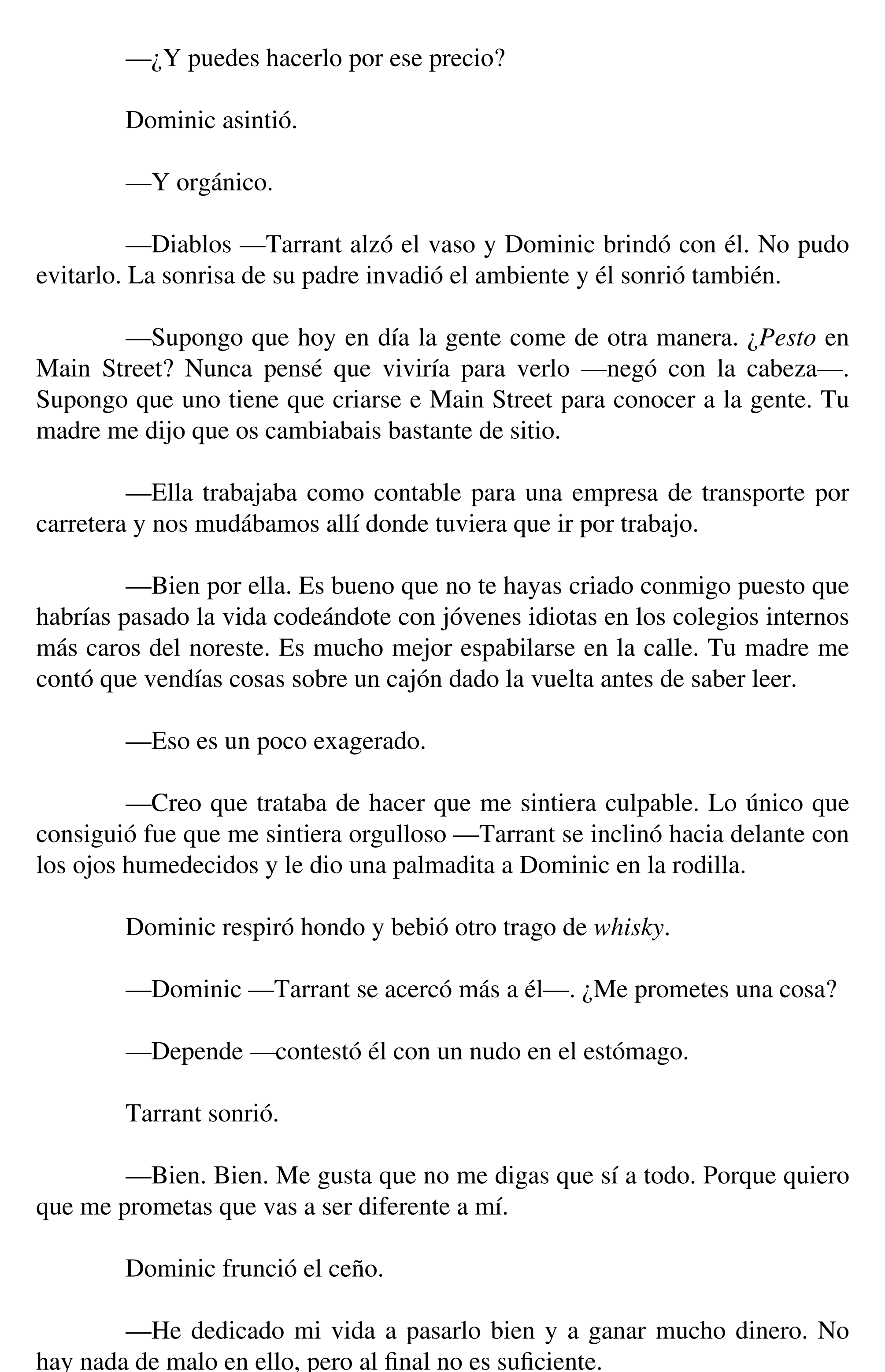
—Bueno, ¿y qué vas a hacer con ellas?

—Quiero llevar mis tiendas de alimentación a la región central de los Estados Unidos. Ya las he expandido hacia el sudeste y hacia el noroeste.

Tarrant frunció el ceño.

—En la región central no quieren *pesto gourmet*.

—Sí lo querrán, si cuesta a dos cincuenta el tarro.



—¿Y puedes hacerlo por ese precio?

Dominic asintió.

—Y orgánico.

—Diablos —Tarrant alzó el vaso y Dominic brindó con él. No pudo evitarlo. La sonrisa de su padre invadió el ambiente y él sonrió también.

—Supongo que hoy en día la gente come de otra manera. ¿*Pesto* en Main Street? Nunca pensé que viviría para verlo —negó con la cabeza—. Supongo que uno tiene que criarse e Main Street para conocer a la gente. Tu madre me dijo que os cambiabais bastante de sitio.

—Ella trabajaba como contable para una empresa de transporte por carretera y nos mudábamos allí donde tuviera que ir por trabajo.

—Bien por ella. Es bueno que no te hayas criado conmigo puesto que habrías pasado la vida codeándote con jóvenes idiotas en los colegios internos más caros del noreste. Es mucho mejor espabilarse en la calle. Tu madre me contó que vendías cosas sobre un cajón dado la vuelta antes de saber leer.

—Eso es un poco exagerado.

—Creo que trataba de hacer que me sintiera culpable. Lo único que consiguió fue que me sintiera orgulloso —Tarrant se inclinó hacia delante con los ojos humedecidos y le dio una palmadita a Dominic en la rodilla.

Dominic respiró hondo y bebió otro trago de *whisky*.

—Dominic —Tarrant se acercó más a él—. ¿Me prometes una cosa?

—Depende —contestó él con un nudo en el estómago.

Tarrant sonrió.

—Bien. Bien. Me gusta que no me digas que sí a todo. Porque quiero que me prometas que vas a ser diferente a mí.

Dominic frunció el ceño.

—He dedicado mi vida a pasarlo bien y a ganar mucho dinero. No hay nada de malo en ello, pero al final no es suficiente.

Tarrant respiró hondo y se ajustó su colorida corbata.

—Honorable, hijo mío. Eso es lo que nunca he sido. Has de ser el tipo de persona que la gente respeta. Alguien en quien se pueda confiar. Así es como es un verdadero líder.

Dominic sentía que la corbata le cortaba la respiración. Se la aflojó con un dedo.

—Eso es lo que mi madre me enseñó.

—Entonces, escúchala. Es una buena mujer. Mejor de la que yo me merecía —se rió.

Dominic pensó que Tarrant se pondría furioso si se enterara de que su propio hijo permanecía a un lado mientras Bella Andrews perjudicaba a la empresa desde dentro. ¿Pero su madre?

Su madre quedaría destrozada.

No lo habían educado de esa manera. ¿Para que ocultara secretos a su propia familia con el fin de proteger a una mujer cuyo plan estaba condenado al fracaso incluso antes de que lo pusiera en marcha?

Bebió otro trago de *whisky*.

La belleza y la sensualidad de Bella lo habían convertido en alguien que ni siquiera reconocía.

Él le había dicho que estaba loca. Se lo había advertido.

¿Lo había escuchado? No.

¿Entonces por qué la protegía?

Dejó la copa de *whisky* sobre la mesa.

—Papá… —su propia palabra casi le cortó la respiración. Tarrant levantó la vista y él continuó—: Hay un problema en el laboratorio.

—¿Qué clase de problema?

—Bella Andrews. Cree que engañaste a su padre a la hora de

conseguir una investigación. Quiere recuperarlo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Tarrant mirándolo a los ojos.

—Me lo dijo ella.

—¿Quién diablos era su padre y qué tiene que ver conmigo?

—Un científico llamado Bela Soros. Mucho del trabajo que estáis haciendo está basado en su investigación. Algo relacionado con la nanotecnología y con alterar la textura de las superficies.

—No entiendo nada de ese tema. Si Kreskey me dijo que comprara alguna investigación, yo la compré. Él se marchó hace un año y Bella es su sustituta.

—Ella cree que pagaste un precio menor del que debías pagar.

—Es posible —Tarrant entornó los ojos y dio una fuerte calada—. Me dedico a los negocios, como sabes.

—Así que su padre murió y su madre está mal de dinero. Quiere recuperar la investigación.

Tarrant pestañeó.

—Voy a llorar. ¿Y cómo se propone hacerlo?

—Está buscando la prueba de que pagaste menos de lo que valía y después piensa denunciarte para recuperar el trabajo de su padre.

—Me gustan los juicios interesantes. Es una lástima que no vayamos a tener uno porque está despedida —sacó el teléfono del bolsillo.

—Espera. Va a hacerlo porque le preocupa que su madre pierda la casa.

—¿Y a mí que diablos me importa? Si su padre me vendió la investigación, es mía. Y yo que me creía afortunado por tenerla en mi empresa. ¿Cuál es el teléfono del departamento de personal?

—Papá, el trabajo que ella está haciendo está en una fase crucial. Si dejas que se vaya ahora, sobre todo si está enfadada, el proyecto podría irse al traste y ella podría ser una amenaza, justo cuando menos lo necesitas.

—Algo me dice que tienes un plan.

—Mantenla aquí. Vigílala. Limpia los archivos para que no pueda encontrar lo que busca. Enciérrala de alguna manera hasta que el proyecto se haya terminado. Yo ya he hablado con ella y creo que entrará en razón una vez que se dé cuenta de que el futuro de la investigación de su padre está aquí, y no en algún lugar de su imaginación.

—Pareces muy preocupado por la señorita Andrews. O como se llame en realidad —dijo Tarrant, y esbozó una sonrisa—. Es una belleza, ¿a que sí? Al menos para ser científica.

El último comentario provocó que a Dominic se le pusieran los pelos de punta y que le entraran ganas de defender a aquella bella mujer a toda costa.

—Es una mujer inteligente que puede hacer que Hardcastle pase a otro nivel en cuanto al desarrollo de productos. Los científicos son como los artistas, puede resultar difícil trabajar con ellos porque no ven el mundo como el resto de la gente —se inclinó hacia delante y lo miró a los ojos—. Pero los empresarios los necesitamos. Su visión y creatividad son lo que mueven al mundo junto a nuestro dinero y energía. Una cosa no puede vivir sin la otra.

—Humm —Tarrant se apretó los labios con un dedo—. Siempre me gustó el consejo que dice que mantengas a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca todavía. Nunca lo seguí porque no puedo resistirme a machacar a un enemigo cuando se acerca demasiado, pero es el principio de una nueva era —Tarrant alzó el vaso para que se lo rellenara el camarero—. Por el futuro.

Dominic brindó con su padre y bebió un trago.

—Llamaré a seguridad y les diré que la mantengan vigilada —arqueó una ceja—. A menos que quieras vigilarla tú mismo.

—Yo la vigilaré —Dominic dejó el vaso—. Iré al laboratorio y retiraré los archivos antes de regresar al centro de la ciudad.

Tarrant asintió.

—Está claro, eres diferente a mí. Me gusta, me gusta de veras.

Antes de que Dominic se marchara, se abrazaron. Al sujetar el cuerpo delicado de su padre sintió una fuerte presión en le pecho. ¿Quizá fuera cierto

eso de que la sangre es más espesa que el agua? Se sentía aliviado por haberse sincerado respecto a lo de Bella y por haber conseguido protegerla al mismo tiempo.

Salió a la calle y comenzó a caminar hacia el edificio de Hardcastle.

Bella pensaba que tenían un trato. Ella lo había besado por eso. Y quizá le había entregado su cuerpo para que él mantuviera silencio.

Entonces, el recuerdo de su maravilloso cuerpo provocó que se le tensara la entrepierna.

Ella había estado tan excitada como él. Ardiente, húmeda y preparada.

Dominic se quitó la corbata y la guardó en el bolsillo. El aire de la noche era pegajoso y opresivo.

Cada vez que ellos se tocaban, una fuerte corriente atravesaba su cuerpo. Dominic podía imaginarla con los labios húmedos y un brillo en la mirada, contoneando su cuerpo contra el de él.

Se quitó la chaqueta y la colgó de su brazo. Al parecer había bebido más de lo que creía. Le parecía haber visto a Bella caminando hacia él, moviendo sus caderas de manera sensual y provocando que a él se le acelerara el corazón. «Un segundo». Ese maldito vestido. Era ella. Parecía embelesada, con el rostro inclinado hacia el cielo y las estrellas. En lugar de llevar el maletín en la mano, lo llevaba aferrado contra su pecho como si fuera un bebé recién nacido. Su manera de caminar sugería que empezaría a bailar de alegría en cualquier momento.

Él tomó aire para pronunciar su nombre, pero se detuvo.

Su expresión de felicidad. Su paso animado.

«Ha encontrado lo que estaba buscando».

Él se volvió para quedar de espaldas a ella, inclinó la cabeza y miró el reloj hasta que ella pasó a su lado, con sus zapatos de tacón golpeando sobre la acera.

Entonces, la siguió caminando en silencio entre las sombras.

Capítulo 6

Bella atravesó la puerta de Grand Central Station. Miró el horario de trenes en la pantalla y corrió hasta un andén. Dominic permaneció bastante alejado de ella para que no lo viera y se subió en el tren dos vagones más atrás.

Él le compró el billete al cobrador del tren y, puesto que no sabía dónde iba a bajarse ella, pagó el billete hasta la última parada. En 125th Street Station se asomó a la puerta para comprobar que ella no se había bajado, después se acomodó de nuevo porque quedaba media hora para la siguiente parada.

Cuando ella se bajó del tren, él se bajó también. Se ocultó entre las sombras y vio que ella se dirigía a un coche de color claro. El taxista al que se acercó ni siquiera pestañeó cuando le pidió que la siguiera.

Aquello era una locura. Debería enfrentarse a ella y preguntarle si había encontrado los papeles que necesitaba. Decirle que se los entregara porque eran propiedad de Hardcastle.

Pero no quería hacerlo.

Dominic se enrolló las mangas de su camisa y se inclinó hacia delante para observar las luces traseras de su coche a través del parabrisas del taxi.

Aquello era divertido.

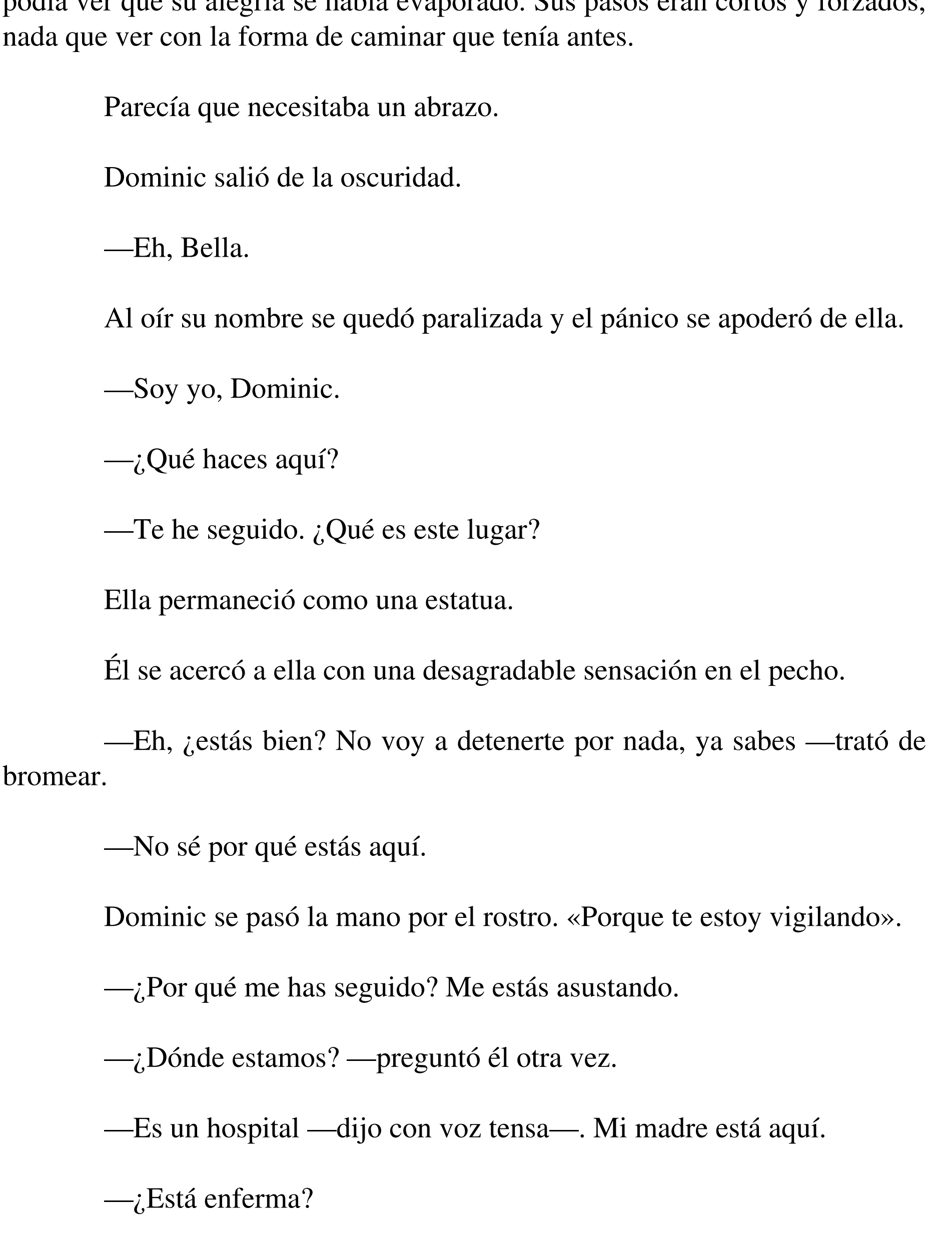
El coche se detuvo frente a un lugar llamado Compass Points. Ella aparcó y corrió hasta la entrada principal de un edificio enorme que él no podía ver muy bien en la oscuridad.

—¿Quiere que espere?

—No, gracias —Dominic pagó al taxista y lo observó marchar.

La brisa fresca de la noche acarició su piel. Él inhaló una bocanada de aire y miró el cielo estrellado. ¿Qué diablos era aquel lugar?

Consiguió leer un cartel en la oscuridad. Admisión de pacientes externos. ¿Una especie de hospital?



Al cabo de cinco minutos la puerta se abrió de nuevo y salió Bella. Seguía llevando el maletín contra su pecho, pero incluso en la oscuridad se podía ver que su alegría se había evaporado. Sus pasos eran cortos y forzados, nada que ver con la forma de caminar que tenía antes.

Parecía que necesitaba un abrazo.

Dominic salió de la oscuridad.

—Eh, Bella.

Al oír su nombre se quedó paralizada y el pánico se apoderó de ella.

—Soy yo, Dominic.

—¿Qué haces aquí?

—Te he seguido. ¿Qué es este lugar?

Ella permaneció como una estatua.

Él se acercó a ella con una desagradable sensación en el pecho.

—Eh, ¿estás bien? No voy a detenerte por nada, ya sabes —trató de bromear.

—No sé por qué estás aquí.

Dominic se pasó la mano por el rostro. «Porque te estoy vigilando».

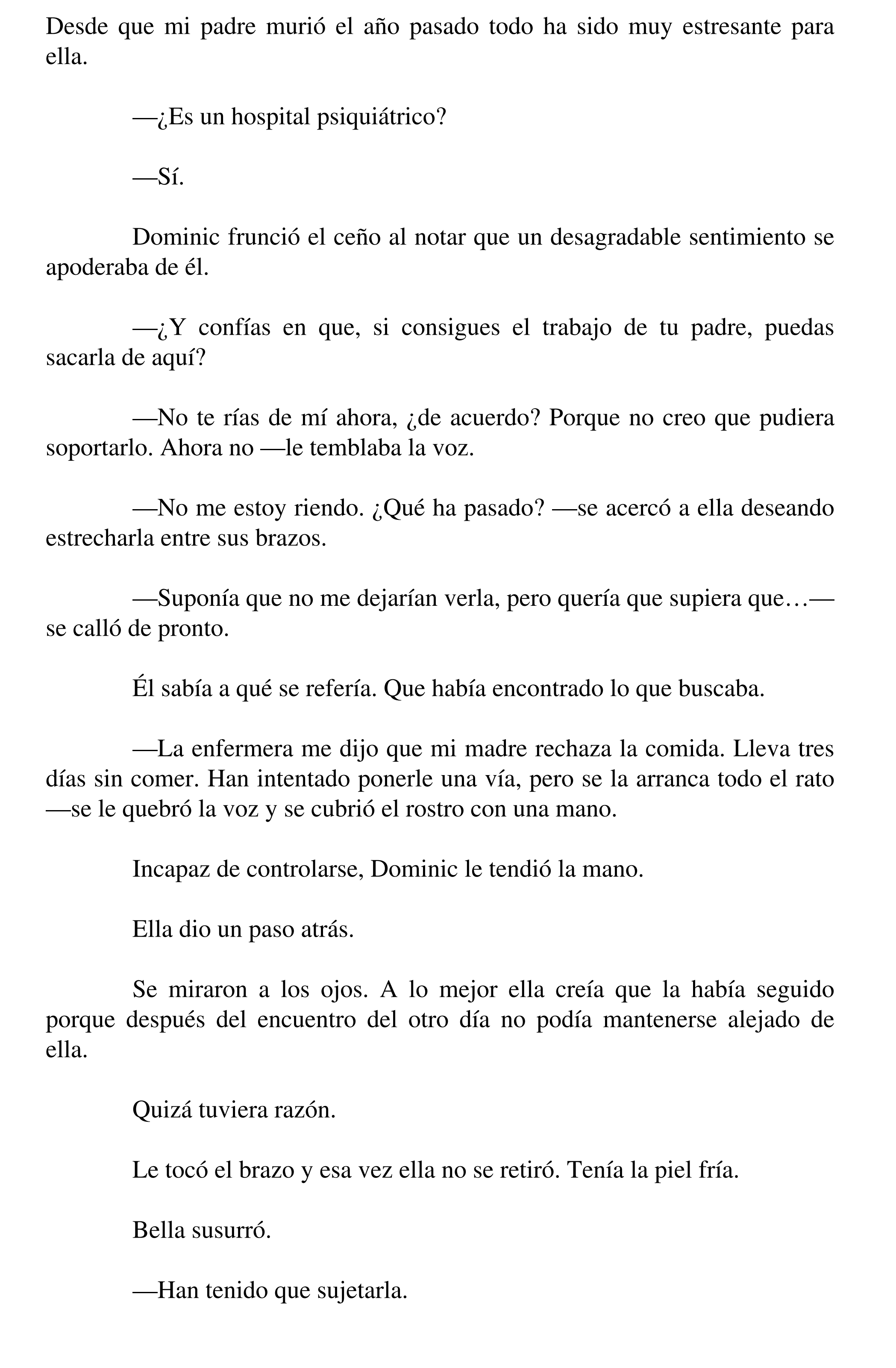
—¿Por qué me has seguido? Me estás asustando.

—¿Dónde estamos? —preguntó él otra vez.

—Es un hospital —dijo con voz tensa—. Mi madre está aquí.

—¿Está enferma?

—No saben lo que le pasa. No consiguen averiguarlo. No responde a la medicación —agarró el maletín con fuerza, como si fuera un escudo—.



Desde que mi padre murió el año pasado todo ha sido muy estresante para ella.

—¿Es un hospital psiquiátrico?

—Sí.

Dominic frunció el ceño al notar que un desagradable sentimiento se apoderaba de él.

—¿Y confías en que, si consigues el trabajo de tu padre, puedas sacarla de aquí?

—No te rías de mí ahora, ¿de acuerdo? Porque no creo que pudiera soportarlo. Ahora no —le temblaba la voz.

—No me estoy riendo. ¿Qué ha pasado? —se acercó a ella deseando estrecharla entre sus brazos.

—Suponía que no me dejarían verla, pero quería que supiera que…— se calló de pronto.

Él sabía a qué se refería. Que había encontrado lo que buscaba.

—La enfermera me dijo que mi madre rechaza la comida. Lleva tres días sin comer. Han intentado ponerle una vía, pero se la arranca todo el rato —se le quebró la voz y se cubrió el rostro con una mano.

Incapaz de controlarse, Dominic le tendió la mano.

Ella dio un paso atrás.

Se miraron a los ojos. A lo mejor ella creía que la había seguido porque después del encuentro del otro día no podía mantenerse alejado de ella.

Quizá tuviera razón.

Le tocó el brazo y esa vez ella no se retiró. Tenía la piel fría.

Bella susurró.

—Han tenido que sujetarla.

—Madre mía —él agarró el maletín y lo dejó en el suelo.

Después, la abrazó. Ella temblaba demasiado como para protestar y respiraba de forma entrecortada. Él se sentía confuso por la mezcla de emociones que lo inundaban.

¿Le habría contado todo a Tarrant si hubiera sabido que la madre de Bella estaba hospitalizada?

No. No lo habría hecho.

Él le acarició la espalda para calmarla.

—Deja que te lleve a casa. Tú me indicas por dónde ir, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Él agarró el maletín y se lo entregó.

Se subieron al coche y ella lo guió por las carreteras arboladas hasta que llegaron a la entrada de una casa con columnas de piedra.

—Supongo que será mejor que entres —dijo ella.

Él le devolvió las llaves en la entrada de la casa y sintió un dulce aroma.

—¿Qué es ese olor?

—Esa planta que hay a cada lado de la puerta. Las flores se abren por la noche.

—Suponía que no se darían bien aquí.

—En invierno las metemos en casa.

—Guau. Son enormes. Es un acto de amor.

—Lo merecen.

Ella encendió las luces y lo guió hasta la cocina. El lugar tenía cierto aire de desolación. Los fruteros vacíos, la mesa vacía, y los cacharros guardados…

—¿Vives aquí?

—No, trabajo demasiado para vivir tan lejos. Tengo un pequeño apartamento en la ciudad. Aquí vengo los fines de semana para mantener la casa.

Dominic abrió la nevera, por hambre más que por curiosidad. Sólo había tomado un par de aperitivos en toda la noche. En el interior sólo había una caja de levadura, dos cabezas de ajo y un bote de *ketchup*. Le sonaron las tripas.

Ella arqueó la ceja cuando él la miró. Él se encogió y cerró la puerta.

—Me temo que no esperaba compañía —dijo ella.

—No te preocupes.

Ella entró en la otra habitación y encendió la luz. Sobre la chimenea del salón había unas fotos enmarcadas. Él miró una de ellas y vio a tres personas sonrientes en un jardín. Un hombre alto y sonriente, una bella mujer haciendo pompas de jabón y una niña pequeña con mofletes y gafas.

Él oyó que Bella suspiraba mientras él miraba las fotos.

—Debería quitarlas. Me vuelven loca.

—No hay nada de malo en recordar los viejos tiempos.

—Es demasiado doloroso. Estábamos muy unidos. Eran mis mejores amigos. Ahora parece que mi madre ni siquiera quiere venir a casa.

—¿Tenía problemas antes de que tu padre muriera?

—De vez en cuando le entraba una depresión, pero nada que no pudiera sobrellevar. La muerte de mi padre terminó con ella. Cree que no volverá a ser feliz —miró a Dominic con los ojos llenos de lágrimas—. Sinceramente, yo muchas veces me siento igual.

—Pero no has abandonado.

—No. Supongo que no soy el tipo de persona que abandona.

—Me alegra oírlo.

Por supuesto, eso sólo significaba que tampoco abandonaría su plan de ataque contra Tarrant Hardcastle.

—Bonita casa —añadió él.

—Sí, está llena de cosas que mis padres guardaron durante años. Esas figuras son de Egipto. Y mi madre pintó esa acuarela en Toscana. Solía pintar mucho cuando yo era pequeña. Eso de allí es una foto de la casa cuando nieva —Bella se frotó los brazos—. Ése es su santuario. Compraron la casa cuando se casaron y ella nunca ha vivido en otro sido.

Él se acercó a ella, otra vez deseoso de abrazarla. Pero Bella dio un paso atrás.

—Debe de ser agradable quedarse en el mismo lugar mucho tiempo y echar raíces. Nosotros nos mudábamos todo el rato. No creo que estuviéramos más de dos años en ningún sitio.

Cuando vio que se le humedecían los ojos otra vez, Dominic comprendió que había metido la pata. Bella estaba a punto de que le arrancaran las raíces del suelo.

Él se pasó la mano por el cabello.

—¿Todavía no está pagada la hipoteca?

—Creo que lo estuvo en algún momento, pero cuando subió el mercado inmobiliario la pidieron de nuevo para cubrir los gastos del día a día. El mercado bajó y ahora debemos más de lo que vale la casa. Este es un vecindario caro, y siempre hemos vivido como todo el mundo, pero ahora me doy cuenta de que ellos nunca habían ahorrado nada. Supongo que siempre estaban endeudados tratando de salir a flote.

Dominic permaneció en silencio.

—Yo gano un buen salario, pero la hipoteca, los impuestos, las facturas del hospital, los gastos… Llevo un año pidiendo dinero a un sitio para pagar en otro.

—Y no podrás saldar todas las deudas a menos que recuperes las patentes de Tarrant y las explotes tú misma.

Ella asintió.

—Has encontrado los papeles que buscabas.

—Así es —dijo ella.

—¿Y qué ponía? —él se contuvo para no acercarse más a ella.

—No los he leído. No quería sacarlos en el tren.

—Vamos a verlos ahora.

—¿Por qué tengo que enseñártelos?

—Porque quiero ayudarte, no hacerte daño.

«Ahora que ya te he traicionado».

Él se tensó al sentirse culpable. Bella estaba registrando los archivos de su padre en un intento desesperado de sacar a su madre de un hospital psiquiátrico.

La lástima le oprimía el corazón.

En una situación como aquélla, él comprendía que alguien pudiera estar tan desesperado como para hacer cualquier cosa.

Pero eso no significaba que estuviera bien hecho.

Bella abrió una puerta corredera y el sonido de las noches de verano se apoderó del interior.

—Voy a buscar algo para comer.

—¿Fuera? —preguntó él con curiosidad.

Ella encendió una luz exterior. Él la siguió por un camino de piedra hasta que llegaron a un jardín muy organizado.

Tomateras. Él podía oler el aroma de los frutos maduros que ella cortaba. Más adelante, estaban las plantas de calabacín con sus enormes hojas. Bella recogió algunos frutos.

—Dame, deja que te lleve algo —Dominic extendió las manos para recoger algunos frutos.

También cortaron pimientos, berenjenas y cebollas.

—¿Mantienes todo este jardín tú sola? —preguntó asombrado.

—Tengo que hacerlo. Es lo más preciado para mi madre.

—Estoy seguro de que se sentirá orgullosa —olió un pimiento maduro—. Supongo que no lleva mucho tiempo hospitalizada si ha tenido tiempo de plantar todo esto en primavera.

—Vamos dentro —Bella pasó junto a él.

Dominic trató de ignorar el cosquilleo que sintió en el estómago cuando ella le rozó el muslo con la cadera.

—¿Cuánto tiempo lleva allí?

Ella no lo miró.

—Quince meses.

—Santo cielo. ¿Plantaste todo esto tú sola?

—Entra antes de que entren las polillas.

Él entró en la casa después de Bella y la siguió hasta la cocina, donde dejaron la comida sobre la encimera.

—Pensaba hacer un pisto —dijo ella.

—Suena fenomenal.

Dominic no podía dejar de mirarla. El maldito vestido seguía pegado a su cuerpo mientras calentaba el aceite en una olla y partía un diente de ajo.

—Será mejor que tengas cuidado. La manera de ganarse el corazón de un hombre es a través del estómago, y tú estás a punto de conseguirlo.

Ella se rió y él se sintió aliviado al ver que se relajaba.

Dominic suspiró. No debería coquetear con ella, ni animarla a que bajara la guardia. Él quería ver esas cartas para ver cómo jugaba las suyas. Tenía que haber una manera de solucionar aquello que beneficiara a todos.

Se sentó y, al ver que Bella se llevaba a los labios un trozo de berenjena cocinada, notó que una ola de deseo lo invadía por dentro.

Bella notó que Dominic no dejaba de mirarla mientras removía la salsa. Trató de concentrarse en la comida y de actuar como si estuviera cocinando para ella sola, como un viernes cualquiera.

Pero no era un viernes cualquiera. Todavía tenía la piel caliente y pegajosa después de haber hecho el amor con él. Su interior todavía temblaba al recordar el orgasmo. Mientras cocinaba, sentía como si la mirada de Dominic atravesara su ropa.

—¿Te gusta al dente?

—Por supuesto —Dominic sonrió y ella sintió un placer interior.

Había algo reconfortante en el hecho de que él estuviera en la cocina de casa de su madre.

Lo que era ridículo. Si él viera el contenido de las cartas que llevaba en el maletín. Tenía que asegurarse de que no las viera. Al menos hasta que decidiera qué hacer.

La imagen de su madre, atada en la cama del hospital y con una vía en el brazo, hizo que contuviera la respiración. Ella sabía que su madre vivía para conseguir recuperar el trabajo de su padre. Para ver cómo gracias a Bella su legado cobraría vida y así recuperarlo a él, aunque de manera limitada.

—¿Estás bien?

—Claro, estoy bien.

Bella sirvió la comida en dos platos y los llevó a la mesa que había puesto previamente.

Dominic sirvió el vino que había sacado de la bodega del padre de Bella. Se miraron un instante y, cuando ella sintió un nudo en la garganta, miró a otro lado y agarró el tenedor.

Dominic levantó su copa.

—Por que todo salga lo mejor posible.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella, deteniendo la copa a medio

camino.

Dominic frunció el ceño.

—Espero que tu madre se recupere pronto y salga del hospital.

Oh. Ella levantó la copa y se sonrojó. Trabajar para el enemigo había provocado que se volviera temerosa y suspicaz. Se avergonzaba por haber pensado lo peor de un hombre que no había hecho nada más que tratar de ayudarla.

«Y hacerle el amor de manera apasionada».

No. No habían hecho el amor. Se trataba de sexo, y eso sería mejor que no lo olvidara.

Bebió un sorbo de vino.

—Regresará a casa pronto —intentó hablar con seguridad.

—Un buen vino. ¿A tu padre le interesaba mucho el vino? Tiene botellas de vino muy bueno ahí abajo.

—Supongo que sí. La verdad es que nunca se lo pregunté. Supongo que no lo averiguaré nunca —bebió un sorbo y trató de ignorar el dolor que siempre tenía presente.

De pronto, una ola de miedo se apoderó de ella.

—¿Has visto algo más interesante en el sótano?

Él arqueó una ceja.

—¿Debería haberlo hecho? No miré a mí alrededor. Supuse que no querrías que mirara. Pero si hay algo que necesites mover, o si necesitas ayuda con algo, dímelo.

Sus amables palabras provocaron que a Bella se le formara un nudo en el estómago. ¿Por qué era tan agradable con ella? ¿Porque se habían acostado o porque tramaba algo?

—Sólo hay cosas viejas de mi padre. Ordenadores y equipos antiguos. Probablemente no funcione nada, pero no sé qué hacer con ello. Supongo que no tiene valor, pero tampoco puedo tirarlo.

—Y si no molesta a nadie, ¿por qué no lo dejas ahí?

«Porque no sé cuánto tiempo podremos quedarnos en esta casa».

No quiso decirlo en voz alta. Sus problemas económicos no eran asunto de Dominic.

Él se llevó el tenedor a la boca y probó un bocado. Después asintió.

—¿Está bueno? Estoy un poco intimidada por tu experiencia.

—La mejor comida es la que pasa de la huerta a la mesa y mantiene todo el sabor del sol.

—¿No será de la luna?

—Tienes razón. Quizá por eso ésta sea la mejor comida que he comido nunca.

—Deja de bromear. Sé que no soy gran cocinera, pero no esperaba ningún invitado.

—Y me alegro. Si no, había tenido que pelearme con él —sonrió y se metió otro bocado en la boca.

Bella no recordaba cuándo había sido la última vez que había tenido una cita. Respiró hondo y dijo:

—La comida de hoy estaba deliciosa. Es una lástima que me distrajera y me olvidara de comer.

—Creo que a los dos se nos ha ido un poco de las manos —dijo él—. Como sabes, sólo estoy en la ciudad temporalmente.

Ella soltó una risita.

—No te preocupes. No esperaba que me propusieras nada más sólo porque… Bueno, ya sabes.

Dominic parecía aliviado.

¿Y por qué Bella se sentía disgustada? Ella también debería sentirse aliviada.

—¿Me has seguido a casa para aclarármelo cuanto antes? —bebió un sorbo de vino.

Él negó con la cabeza y la miró a los ojos.

—No, sólo te he seguido porque no podía evitarlo. Me preocupaba que te metieras en un lío con ese vestido que llevas.

La tela del vestido rozaba sus pezones erectos.

—Ya me ha metido en un lío. Tendré que quemarlo.

—Eso sería un delito. Y estarás bien mientras yo este aquí para protegerte —sonrió.

—Cielos. Me siento tan segura.

Aquélla no era una situación digna de una mujer sensata. ¿Pensaba acostarse con ella otra vez? Sintió un fuerte calor en la entrepierna.

No podía ser. Había sido algo inesperado. Una sorpresa. Un accidente.

Si se acostaban otra vez, sería algo premeditado. ¿O es que era parte del trato? Silencio a cambio de sexo.

Notó que se le erizaba el vello de los brazos.

Dominic se apoyó en el respaldo de la silla. Bebió un sorbo de vino y dijo:

—No he venido para hacer el amor contigo otra vez, ni para dormir contigo. No digo que no me gustaría hacerlo… —su tono de voz provocó que Bella sintiera un cosquilleo en el estómago—. Pero puedo controlarme.

¿Y ella quería que se controlara? Le ardía la piel al recordar la boca de Dominic sobre su cuerpo.

Con Dominic perdía el sentido de la realidad. Y le sucedía porque necesitaba contarle a alguien lo de las cartas.

—He leído las cartas en el tren.

—¿Y? —preguntó él con el ceño fruncido.

Ella se pasó la mano por el cabello.

—Tarrant le pagó a mi padre cien mil dólares.

—No está mal.

—Y no fue idea de Tarrant. Fue de mi padre. Lo hizo por mí.

—¿Para conseguirte el trabajo?

—¡No! Por aquel entonces todavía estaba estudiando. No tenía ni idea de qué terminaría haciendo. Lo hizo para pagar mis estudios. En una de las cartas le dice a Tarrant que le gustaría que yo empezara la vida sin tener deudas de las que preocuparme. Para poder conseguir mis sueños sin deberle nada a nadie.

—Maldita sea —Dominic se apoyó en el respaldo de la silla—. Y aquí estás, poniendo tu vida patas arriba para recuperar el trabajo que él vendió para comprar tu libertad.

Ella pestañeó y se mordió el labio.

—Sí.

—Entonces, ahora estarás de acuerdo conmigo en que a él le gustaría que te olvidaras del tema. ¿Verdad?

—Es detestable preguntar algo que implica una respuesta concreta.

Él apoyó los codos sobre la mesa.

—Ya sabes que soy un grosero. Es parte de mi encanto. Y quiero que estés de acuerdo conmigo.

—No es tan sencillo.

Él la miró un instante.

—Por tu madre.

Ella asintió.

—Sólo muestra interés por la vida cuando hablamos de recuperar el trabajo de mi padre. Si abandono ese tema, ella abandonará su lucha por la vida.

—¿Qué le ocurre? ¿Cómo empezó todo?

Bella se abrazó a sí misma. Tenía la piel fría.

—Cuando mi padre murió el año pasado fue como si ella desconectara de todo. Y de todos —respiró hondo—. Yo trabajaba en un laboratorio de nanotecnología en California. Estaba completamente centrada en mi trabajo, y pasaba casi dieciocho horas al día en el laboratorio. Entonces recibí una llamada de nuestra vecina y me contó que mi madre apenas comía. No contestaba el teléfono y actuaba de manera extraña —se estremeció—. Vine aquí y la encontré deshidratada y desnutrida. No había salido de casa en tres semanas —a Bella se le quebró la voz—. Llamé al doctor. No sabía qué hacer. Y la ingresaron inmediatamente.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No debería haber llamado. No debería haber permitido que se la llevaran. Entró en el hospital y nunca salió. ¿Y si nunca sale?

Se cubrió los ojos.

Dominic la rodeó con el brazo.

—Eh, hiciste lo que pensabas que era mejor para ella. Se pondrá bien.

—No digas eso cuando no sabes si es cierto. Un mes más tarde seguía en el hospital y no mostraba mejoría. Dejé mi trabajo y me mudé aquí. Le dije que estaba en casa, esperándola. Estaba segura de que eso la haría mejorar. Pero no fue así. No dejaba de murmurar que mi padre estaría vivo de no haber sido por Tarrant Hardcastle.

Dominic tenía la mejilla muy cerca de la de ella.

—Un día le dije algo acerca de demandar a Tarrant para conseguir el trabajo de mi padre. Ni siquiera lo decía en serio, sólo hablaba para llenar el silencio. Ella se incorporó y me agarró la muñeca. Vi que sus ojos brillaban más de lo que habían brillado en muchos meses. ¿Cómo no iba a probar?

Ella se percató de que apretaba los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaban en la palma.

—Quiere recuperar el trabajo de mi padre quitándoselo al hombre al que culpa por su muerte. Y eso intentaba. Ahora que he leído las cartas de mi padre…

—Sabes que estabas equivocada.

Bella estuvo a punto de admitirlo cuando un pensamiento inundó su cabeza.

¿Y si las cartas fueran una tapadera? ¿El lado público de un trato oscuro, escritas para que quedaran bien en los archivos?

No era algo imposible.

—¿Qué quieres hacer? —él le retiró un mechón de pelo del rostro. El roce de sus dedos la hizo estremecer.

—Quiero conseguir que mi madre se ponga bien. Y llevarla a casa —se percató de que hablaba con brusquedad—. Lo siento, no quería ser brusca contigo, yo sólo…

—Estás disgustada. Cualquiera lo estaría.

—Crees que estoy loca —se secó las lágrimas de las mejillas.

—No creo que estés loca. Creo que estás cuidando a tu madre —le acarició la mejilla—. También creo que tienes que terminarte la cena tan rica que has preparado, y luego dormir un poco.

«Conmigo».

Las palabras no pronunciadas provocaron que ella anhelara sus abrazos, incluso a pesar de que él había dicho que pronto se marcharía.

Incluso a pesar de que él era el hijo del jefe y sabía que ella era una farsante, una mentirosa y, puesto que ya tenía las cartas, quizá también una ladrona.

Capítulo 7

Dominic sintió un fuerte deseo de abrazar a Bella. Anhelaba hacerle el amor hasta que se derrumbara entre sus brazos, jadeando, y completamente relajada.

Pero no podía hacerlo.

Bella estaba muy estresada porque su madre estaba muy enferma en el hospital. Su trabajo, que necesitaba para pagar las facturas de su madre, ya no corría peligro porque él se había ocupado de advertir a Tarrant sobre sus planes.

Él se puso tenso y retiró los dedos de su cabello.

Ella acercó el cuerpo hacia él como si no quisiera que se marchara. Pero tenía que hacerlo. Si él se aprovechaba de ella, se estaría comportando como su padre, que utilizaba a las mujeres y después las dejaba cuando ellas más lo necesitaban.

Aunque la tentación era muy fuerte. Le ardía la piel sólo de pensar en ello.

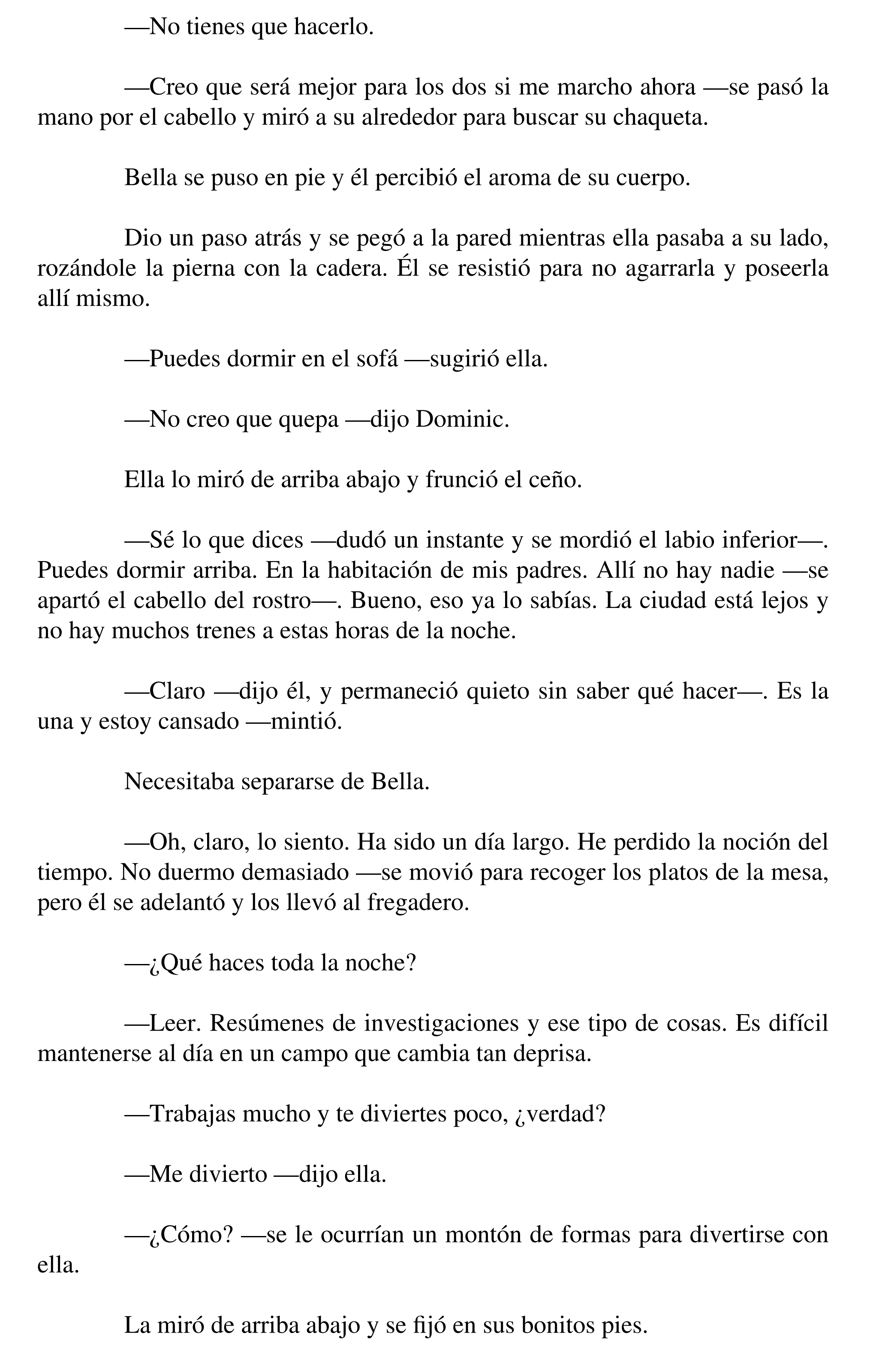
Bella había dejado de llorar y había recuperado la compostura. Sus ojos grises lo miraban con pasión. Ella se alisó el vestido, estirando la tela sobre sus senos. El gesto era una clara invitación.

Él sintió una fuerte presión en la entrepierna y se controló para no acariciarle los pechos y el vientre. Deseaba besarla hasta que se quedara temblando y sin respiración.

Dominic se aclaró la garganta y se puso en pie. Si no salía de allí en ese mismo instante acabaría quitándole el vestido y haciéndole el amor en el suelo de la cocina.

—Tengo que llamar a un taxi —dijo él.

Ella lo miró y contestó:



—No tienes que hacerlo.

—Creo que será mejor para los dos si me marcho ahora —se pasó la mano por el cabello y miró a su alrededor para buscar su chaqueta.

Bella se puso en pie y él percibió el aroma de su cuerpo.

Dio un paso atrás y se pegó a la pared mientras ella pasaba a su lado, rozándole la pierna con la cadera. Él se resistió para no agarrarla y poseerla allí mismo.

—Puedes dormir en el sofá —sugirió ella.

—No creo que quepa —dijo Dominic.

Ella lo miró de arriba abajo y frunció el ceño.

—Sé lo que dices —dudó un instante y se mordió el labio inferior—. Puedes dormir arriba. En la habitación de mis padres. Allí no hay nadie —se apartó el cabello del rostro—. Bueno, eso ya lo sabías. La ciudad está lejos y no hay muchos trenes a estas horas de la noche.

—Claro —dijo él, y permaneció quieto sin saber qué hacer—. Es la una y estoy cansado —mintió.

Necesitaba separarse de Bella.

—Oh, claro, lo siento. Ha sido un día largo. He perdido la noción del tiempo. No duermo demasiado —se movió para recoger los platos de la mesa, pero él se adelantó y los llevó al fregadero.

—¿Qué haces toda la noche?

—Leer. Resúmenes de investigaciones y ese tipo de cosas. Es difícil mantenerse al día en un campo que cambia tan deprisa.

—Trabajas mucho y te diviertes poco, ¿verdad?

—Me divierto —dijo ella.

—¿Cómo? —se le ocurrían un montón de formas para divertirse con ella.

La miró de arriba abajo y se fijó en sus bonitos pies.

—Será mejor que me vaya a dormir —murmuró, y se desperezó.

Su miembro erecto presionaba contra la tela de su pantalón. Por suerte ella era demasiado educada como para mirar.

—Claro, sígueme.

Cuando subían por las escaleras, él no podía apartar la vista del trasero de Bella.

Mientras estiraban la sábana sobre la cama él trató de evitar, sin éxito, fijarse en el escote de su vestido.

Sus miradas se encontraron y él percibió una extraña expresión en el rostro de Bella.

—Parece una tontería dormir en habitaciones separadas cuando ya hemos… —se humedeció los labios con nerviosismo.

La tentación se apoderó de Dominic. Era difícil creer que sus cuerpos sudorosos habían estado entrelazados pocas horas antes.

Pero desde entonces todo había cambiado. Él había dejado de ser su aliado para traicionarla.

—No sería capaz de mantener las manos alejadas de ti. Ninguno conseguiría dormir.

Al ver que Bella ponía cara de decepción, la culpa se apoderó de él. Deseaba abrazarla para calmar sus preocupaciones. Necesitaba decirle que todo iba a salir bien.

Pero tal y como le había dicho ella, no debía prometer nada que no pudiera cumplir. Y no era de esperar que todo fuera a salir bien para Bella, puesto que él le había contado todo a Tarrant.

* * *

Bella se tumbó vestida sobre la colcha de la cama. Tenía el corazón acelerado y le dolía la cabeza. Dominic no quería tocarla. No quería verla.

Ni siquiera podía soportar estar en la misma habitación que ella.

¿Y ella podía culparlo?

Al fin y al cabo, estaba engañando a su padre y había seducido a Dominic para que guardara sus secretos.

Se levantó de la cama. No conseguiría dormir mientras Dominic estuviera en la casa. Abrió la puerta y se dirigió al piso de abajo tratando de no hacer ruido.

Oyó un ruido. Como si Dominic estuviera dando vueltas en la cama. ¿Estaría dormido? ¿O estaba despierto e inquieto como ella?

Ella no podía evitar preguntarse si se habría desnudado para meterse en la cama.

Por supuesto que él no quería volver a tocarla. Se había lanzado a él durante la comida, sintiendo tanto deseo, excitación y soledad que él ni siquiera había tenido necesidad de dar el primer paso.

Bella abrió el cerrojo de la puerta principal. El aire frío de la noche acarició su piel. Cerró la puerta, se sentó en los escalones e inhaló el aroma de las flores.

Al oír que se abría la puerta detrás de él se sobresaltó y se puso en pie.

—¿Qué haces…?

Ambos hablaron a la vez.

—Necesitaba un poco de aire fresco —se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

La luz de la luna iluminó el rostro de Dominic. Estaba tenso.

—Tengo que irme. Me he acordado de que tengo algunos asuntos de los que ocuparme.

—¿Después de medianoche? —no pudo evitar emplear un tono de sarcasmo.

Dominic se pasó la mano por el cabello.

—A primera hora de la mañana. He venido aquí sin mis cosas.

Necesito cargar mi teléfono.

Ya estaba. Había terminado con ella. La había seguido porque sospechaba que había encontrado las cartas. Ahora que sabía lo que ponía en ellas y que confirmaba lo que suponía, no tenía necesidad de estar allí.

—¿Pensabas caminar hasta la estación? —preguntó tratando de mantener la calma—. Son casi diez millas.

—No quería despertarte —se frotó la parte delantera de su camisa.

Ella vio que llevaba algo de metal en la otra mano.

Sus llaves.

—¿Y pensabas llevarte mi coche? —preguntó ella.

—Te dejé dinero para que mañana tomaras un taxi hasta la estación.

Ella permaneció en silencio un instante, hasta que la indignación se apoderó de ella.

—No necesito tu dinero. Gano un buen salario. Y puesto que estoy levantada, puedo llevarte si necesitas marcharte de aquí con tanta urgencia.

—No estás vestida —dijo él, fijándose en la camiseta que llevaba a modo de camisón.

—Me pondré unos pantalones vaqueros —se dirigió a la puerta.

—No —él la agarró del brazo—. Será mejor que me vaya solo.

—Comprendo —dijo ella.

Estaba claro. Él no quería estar cerca de ella.

—Duerme un poco —la miró un instante y se volvió para dirigirse hacia el coche.

Bella sintió que se le ponía la piel de gallina y que se le entrecortaba la respiración. Se volvió y corrió dentro de la casa. ¿Cómo se le había ocurrido pedirle que se quedara? Él no quería pasar tiempo con ella. Sólo quería que dejara de hacerle daño a su padre.

¿Qué clase de persona era capaz de urdir un plan contra un hombre moribundo?

Se apoyó contra la puerta de la casa y oyó que el motor del coche se alejaba de allí. Un fuerte dolor se apoderó de ella.

Merecía que Dominic la hubiera despreciado.

Y lo peor de todo era que ni siquiera podía reunir la dignidad suficiente como para abandonar su trabajo en Hardcastle. El proyecto con el que estaban trabajando estaba a punto de llegar a buen fin y, si lo abandonaba, perjudicaría a todos los que tanto tiempo y trabajo habían invertido en él.

Se había cavado su propia tumba.

Tarrant dejó la cucharilla sobre el plato en cuanto Dominic salió de la habitación.

—¿Cómo alguien tan inteligente puede ser tan testarudo?

—Porque es igual que su padre —Fiona no levantó la vista de la revista que estaba leyendo.

—¿Tu hermano quiere permitir que una *Mata Hari* curiosee nuestras cosas porque su madre está pudriéndose en un hospital psiquiátrico? Llámame insensible…

—Eres insensible —Fiona guiñó un ojo y bebió un sorbo de café—. Si no lo fueras, permitirías que yo me ocupara de la empresa y no estarías buscando a todos tus posibles hijos.

—¡Fiona! —Samantha dejó el vaso sobre la mesa.

—Ah, pero tiene razón —Tarrant sonrió con indulgencia a su única hija conocida. ¿Quién sabía qué podrían encontrar los detectives que él había contratado?

Pero Dominic era el único que había nacido para hacerse cargo del negocio.

Era una lástima que su heredero se hubiera encaprichado con una mujer que tenía la intención de sabotear su querido imperio.

—Creo que está enamorado de ella —Fiona chupó la cucharilla del *capuchino* que estaba tomándose de desayuno.

—¿De Bella Andrews, o Soros, o como se llame? —preguntó Tarrant —. No está mal para ser una intelectual, si no, no la habría contratado, pero ¿con todas las mujeres encantadoras que hay por aquí?

—No a todo el mundo le gustan los pechos falsos y el cabello rubio, papá —Fiona pasó de página.

—¿Tú qué opinas, cariño? —Tarrant miró a Samantha.

—Estoy de acuerdo en que Dominic parece interesado por Bella. No creo que debas despedirla. Él está planteándose la posibilidad de hacerse cargo de la empresa, aunque no quiera admitirlo. Si la echas, puede que él se aleje también.

—¿Crees que echaría a perder la posibilidad de hacerse cargo de Hardcastle Empire por una chica que apenas conoce?

—No olvides que apenas lo conocemos. Es evidente que es un hombre de fuertes sentimientos y principios.

—Lo sé, por eso me gusta tanto.

—Ten cuidado, cariño —Samantha le acarició la mano—. Sé lo mucho que él significa para ti. Dice que puede solucionar este problema, pues confía en él. Tienes cosas más importantes de las que preocuparte.

—Sí —Tarrant se frotó las manos—, como de la reedición de la fiesta que celebraré en Studio 54. Será mejor que reviva los buenos momentos de los viejos tiempos antes de morir. Asegúrate de que Bella Soros figure en la lista de invitados.

Bella miró el sobre otra vez. Era de papel plateado, estaba escrito a mano e iba dirigido a ella.

La invitación anunciaba que la fiesta se celebraría en la discoteca Studio 54.

No hace falta confirmación. Asistirás.

Tarrant lo había escrito, pero Bella no podía evitar preguntarse si Dominic no estaría detrás de aquello.

Y de algo también extraño que había recibido por mensajero la noche anterior.

—Hola, Bella.

Ella se sobresaltó al oír su voz. Era como si él la estuviera siguiendo a cada momento. Cada vez que ella Se volvía, allí estaba él.

—Señor Hardcastle.

—Me llamo Di Bari.

—¿No lo has cambiado todavía?

—No pienso cambiarlo.

Ella se volvió hacia él.

—¿Y cuando te hagas cargo de la empresa?

—Cuando eso suceda… —entornó los ojos—. Si es que me hago cargo de Hardcastle Enterprises, lo haré con mi nombre.

—¿Y tu padre lo sabe?

—Él sabe muchas cosas.

Ella sintió un nudo en el estómago.

—Hum, Dominic. Esta mañana he recibido unos papeles. Parecen un contrato para sacar a mi madre del hospital. ¿Tú sabes algo al respecto?

Él inclinó la cabeza y la miró con inocencia.

—¿Cómo voy a saber algo?

—Porque eres el único que sabe que mi madre está allí.

—No puedo ser el único que lo sepa. ¿Qué hay de sus vecinos y amigos?

Bella hizo un gesto para que Dominic lo siguiera al cuarto de la fotocopiadora. No quería que nadie escuchara la conversación. Una vez dentro, cerró la puerta y le leyó la carta de un despacho de abogados de Miami.

—Un donante anónimo cubrirá todos los gastos relacionados con el cuidado de doña Cornelia Soros en su propia casa y que le proporcionarán dos enfermeras especializadas en salud mental.

Él la miró en silencio.

Ella guardó la carta.

—No puedo aceptarlo.

—¿Por qué me lo estás contando?

—Porque has de ser tú. ¿Quién si no?

—Evidentemente, sea quien sea prefiere permanecer en el anonimato. A caballo regalado no le mires el diente. ¿No crees que tu madre estaría mejor en casa?

—Bueno, sí, pero no puedo aceptarlo. No quiero deberte nada. Ya me tienes donde quieres tenerme, y lo sabes. Podrías arruinarme en un instante. No quiero que la vida de madre también penda de un hilo.

Dominic frunció el ceño.

—¿De qué diablos estás hablando?

—De nuestro trato.

—¿De veras crees que soy el tipo de hombre que insistiría en acostarse contigo como condición para pagar los gastos médicos de tu madre? —se rió.

Bella se sonrojó.

—Bueno, no, pero tampoco quiero aceptar limosnas.

—¿Estarías más contenta si hubiera un juicio por medio?

—¡No! Por supuesto que no. Me responsabilizo de todo lo que hago, y eso incluye cuidar de mi madre. No quiero que la traten como a una marioneta porque alguien quiera enseñarme una lección de algún tipo.

—No quiero enseñarte ninguna lección. Sólo quiero ayudarte —la miró—. No, olvida eso. No quiero ayudarte. Me gustaría ayudar a tu madre y, puesto que puedo hacerlo, no veo por qué montas tanto lío por ello.

Bella se quedó boquiabierta.

Él había admitido que estaba detrás de todo aquello.

—No puedo imaginar cuánto puede costar tener dos enfermeras privadas.

—Afortunada eres de no tener que hacerlo. Son las mejores. Buena gente y con muchos años de experiencia. Tengo referencias.

—¿Por qué haces esto? —lo miró tratando de imaginar qué se ocultaba tras su mirada.

—Porque puedo. ¿Qué sentido tiene tener dinero si no se disfruta gastándolo?

—Otras personas se comprarían un deportivo.

—Ya tengo uno —sonrió él—. Bueno, tengo tres. Al cabo de un tiempo la emoción desaparece.

—¿Y pagar para que mi madre vuelva a casa te hará feliz?

—¿Hacerme feliz? No comprendo cómo funciona tu mente. Espero que haga feliz a tu madre, o al menos que la ayude a recuperarse. ¿Has firmado los papeles?

Bella tragó saliva.

—Los he firmando pero no los he enviado.

Él sonrió con satisfacción.

—Entonces crees que es una buena idea.

—¿Qué mi madre regrese a casa? Sí. ¿Aceptar tu caridad? —suspiró.

—No es caridad. Es un regalo. ¿Nunca te han hecho un regalo antes?

—Así no.

—Bueno, no pareces el tipo de mujer a la que le gustan los deportivos —dijo con humor en la mirada.

—No me debes nada.

—¿He dicho que te lo debiera?

—¿Esto no tiene nada que ver con nuestro trato?

—Nada de nada.

—Te devolveré el dinero.

—Será mejor que no. No está bien devolver un regalo.

—¿Siempre eres así de cabezota?

—Siempre.

Capítulo 8

La luz brillante del cuarto de la fotocopiadora hizo que Bella pestañeara.

Dominic debía de haberse esforzado mucho por una mujer que ni siquiera conocía. Eso hacía que ella se sintiera más culpable todavía.

—Sé que odias lo que he hecho. En cuanto ReNew salga al mercado, me marcharé.

—¿Por qué vas a marcharte? Estoy seguro de que tu madre estaría orgullosa de ver que el trabajo de tu padre se ha aplicado a los productos que has desarrollado.

Bella se encogió de hombros.

—Mi padre no soñaba con que sus experimentos terminaran sirviendo para el campo de la cosmética, pero estoy orgullosa de lo conseguido.

—Deberías estarlo.

Ella respiró hondo.

—ReNew se presenta el martes con una gran presencia mediática. Va a comercializarse por todo el país, y varios hospitales ya han pedido la línea médica de los productos. Podría marcharme la semana próxima sin sentir que le he robado nada a Tarrant —trataba de convencerse a sí misma al mismo tiempo que a él.

—No puedes irte.

—Creía que te alegrarías de perderme de vista.

—Ahora no es un buen momento para que te vayas. Créeme.

—¿Por qué?

—Tarrant no se tomará bien una deserción estando enfermo.

—No es una deserción. Los científicos cambian de trabajo a menudo. Sólo podría enfadarse si se enterara de… —lo miró a los ojos—. Pero no sabe nada de mí.

Dominic la observó con una expresión ilegible. Bella notó que se le aceleraba el corazón.

—No sabe nada, ¿verdad?

Dominic no contestó.

La miró con el ceño fruncido hasta que a ella se le erizó la piel, después la sujetó y la besó de forma apasionada.

Bella se estremeció aliviada y le rodeó el cuello con los brazos, incapaz de pensar en nada excepto en estar a su lado.

Su beso había contestado a su pregunta. Él había guardado el secreto.

Dominic le besó y le mordisqueó el cuello hasta que ella deseó gemir de pasión. Le ardía la piel bajo sus dedos, mientras él metía la mano bajo la bata.

El deseo se apoderó de ella, atrapada entre la fotocopiadora y el cuerpo de Dominic. Temblando, metió la mano bajo la chaqueta de su traje e introdujo los dedos por la cinturilla de su pantalón. Él presionó su miembro erecto contra su mano, mientras sus lenguas se acariciaban a la vez que se desnudaban el uno al otro.

Él le levantó el vestido y le acarició la piel desnuda. Ella acercó las caderas a su miembro erecto y disfrutó al oír el gemido que escapó de la garganta de Dominic.

Él metió las manos bajo su ropa interior y le apretó el trasero. Ella estaba húmeda, deseando que la penetrara. Dominic le separó las piernas con el muslo. La levantó y la colocó en el borde de la fotocopiadora, se inclinó sobre ella y la besó en la boca.

Bella consiguió desabrocharle los pantalones y meter la mano. Él se estremeció cuando ella le acarició el miembro erecto y presionó su cuerpo contra el de ella, empujándola sobre la superficie vítrea. Bella le desabrochó la camisa, deseando retirar cualquier obstáculo que se interpusiera entre sus

cuerpos.

Ella se estremeció de excitación cuando él se acercó lo bastante como para penetrarla.

Entonces, lo oyó.

Whhhrrrrrr. Ka-tunk.

Abrió los ojos y vio un haz de luz blanca a la vez que notaba un fuerte calor en las nalgas desnudas. Asombrada, se bajó de la fotocopiadora al mismo tiempo que salía el papel.

—Cielos, ¿qué hemos hecho? —Bella agarró la bata y se alejó de la máquina. Tenía la ropa interior a mitad de pierna y se agachó para subírsela —. ¡Ni siquiera hemos cerrado la puerta con llave!

Se dirigió a por la hoja de papel, pero Dominic la agarró primero.

—Voy a enmarcarla.

—Dámela. Voy a romperla.

—De ninguna manera. Voy a cerrar la puerta.

—No podemos, ¡mi equipo está fuera! Oirán…

—No creo que pueda pasarme el resto de la tarde así…

—No, tienes que meterte la camisa por dentro de los pantalones. Estás hecho un desastre.

—No creo que pueda. Tengo esa zona un poco sensible. ¿Qué me pasa contigo, Bella?

Ella había conseguido subirse la ropa interior.

—Intento que recuperes la sensatez. ¡Dame eso! —trató de agarrar el papel, pero él se lo quitó.

Lo sujetó en alto y lo miró a la luz. Se veía la imagen de su trasero sobre la mano de Dominic.

—Esto es una obra de arte.

—Algunas personas dirían que hay un juicio por acoso sexual a punto de producirse. Creo que por el bien de todos será mejor destrozarlo.

—Estoy de acuerdo. Puede que a Tarrant no le guste que hayas seducido a su hijo para dejarlo en una situación tan dolorosa.

—¿Yo? No soy yo la que sugirió esto. Tengo trabajo que hacer. No tengo tiempo para fotocopiarme el trasero a modo de diversión.

—¿Es divertido, no? ¿Se te ocurren otras partes que podamos fotocopiar? —arqueó una ceja.

—Se me ocurre alguna parte que podría golpear.

—Promesas, promesas. Eh, he visto el sobre plateado. ¿Vas a ir a la fiesta?

—Por supuesto. Ahí pone: «Asistirás». No me deja mucha elección.

—Bien —dijo Dominic con una sonrisa.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Por qué me han invitado?

—Sólo Tarrant y su círculo cercano saben la respuesta a esa pregunta.

—Pensaba que tú formarías parte de su círculo cercano.

—Tarrant sólo quiere que me haga cargo de la empresa. No me ha dicho que sea alguien importante en su grupo.

Ella trató de no contagiarse de su irresistible sonrisa, pero no lo consiguió.

En ese momento, llamaron a la puerta. Aterrorizada, miró la copia de su trasero y dijo:

—¡Un momento! —se acercó a Dominic y susurró—: ¡Dámela!

—¡No! —él guiñó un ojo.

—La puerta no está cerrada —susurró—. Al menos, escóndela.

¿Quién podía llamar a la puerta? Alguien que sospechaba que estaban haciendo algo más que fotocopias.

Toc, toc, toc.

Bella se estiró la bata y se acercó a la puerta.

—Tengo una reunión. Dejaré que lo atiendas tú.

Abrió la puerta y forzó una sonrisa.

—Hola, Sue. Estaba fotocopiando unas cosas —se percató de que llevaba las manos vacías—. Las he dejado en el archivador. Luego vendré a buscarlas.

Sue miró hacia el interior del cuarto y Bella no pudo evitar volverse para mirar a Dominic. De algún modo el papel había desaparecido y él tenía la chaqueta abrochada.

—Sue, éste es Dominic Di Bari. Está aprendiéndolo todo sobre la empresa. Échale una mano si necesita algo, yo llego tarde a una reunión —y con otra sonrisa, salió del laboratorio.

Aunque no consiguió evitar oír las palabras de Dominic.

—Nos vemos en la fiesta.

La fiesta.

Bella miró a su alrededor con nerviosismo mientras caminaba por la alfombra roja que llevaba hasta la puerta de Studio 54, rodeada de *paparazzi*.

Creía que Dominic la buscaría para terminar lo que habían empezado en el cuarto de fotocopiadoras.

Pero no lo hizo.

Se sobresaltaba cada vez que se abría la puerta o sonaba el teléfono. Comprobaba el correo electrónico a menudo e incluso miraba en el andén del tren a la vuelta a casa.

Ni rastro de Dominic.

«Estará ocupado», trataba de convencerse. Ella lo estaba. Al final lo había organizado todo para que su madre regresara a casa y la mujer estaba recuperándose deprisa. Incluso pasaba horas en el jardín y comía los frutos del huerto. Un médico iba a verla dos veces por semana y todo indicaba que podría llegar a recuperarse del todo. Bella estaba sensible por tantas emociones, y nunca estaba segura de si iba a ponerse a reír o a llorar de alegría en un momento dado.

Lo último que necesitaba era ver a Dominic. Él no sólo había guardado el secreto de plan traicionero, sino que además había apartado a su madre de una muerte lenta. Ella le estaba agradecida por sus actos, pero asustada a la vez.

Su vida dependía de él y, además, sentía un fuerte deseo por él.

Al llegar a la puerta le entregó la invitación al portero y éste la dejó pasar. Una vez dentro, la joven esposa de Tarrant se acercó a ella.

—Oh, cielos, Bella, ¡estás preciosa!

Bella se contuvo para no mirar el vestido de color dorado que le había prestado su amiga Risa, una experta en moda.

—Pasa, voy a presentarte a algunas personas —Samantha la rodeó con el brazo y la guió hasta el interior de la discoteca.

Cada vez que se volvía, Bella sentía que le daba un vuelco al corazón, esperando encontrarse con Dominic en cualquier lugar. Al mismo tiempo sentía un nudo en el estómago.

—¡Fiona! ¿Conoces a Bella, del departamento de cosmética?

Samantha se dirigió a una mujer menuda y pelirroja.

—Hola, Bella. He oído que la próxima semana vas a presentar un producto importante.

—Sí, ReNew. Restituye el aspecto de suavidad en la piel.

—Qué maravilla. ¿Qué haríamos sin una piel suave? —el tono de Fiona era ligeramente burlón y su mirada heladora.

Bella dudó un instante. ¿Dominic le habría hablado de ella a Fiona? Era su hermana. O su medio hermana.

—Fiona ha organizado la fiesta —dijo Samantha para reducir la tensión que había entre ellas—. Es un genio. Incluso ha contratado al DJ original. La música que está sonando proviene de los mismos vinilos que pusieron hace treinta años.

—A Samantha le encantan las reliquias. Como a mi padre —Fiona guiñó un ojo.

—Tu padre tiene el corazón de un adolescente.

—Sí. Ese siempre ha sido su problema. ¿A cuántos de su progenie has conseguido convocar esta noche, Sam?

—Sólo a Dominic. Todavía no lo he visto, pero prometió que vendría —se volvió hacia Bella—. He intentado ponerme en contacto con los otros hijos de Tarrant, pero imagino que para ellos resulta muy difícil recibir noticias de un padre perdido.

—Puedo imaginar por qué —Fiona miró entre la multitud con cara inexpresiva.

Bella quería que la pelirroja le cayera mal, puesto que intentaba que todo el mundo se encontrara a disgusto, pero no podía conseguirlo. Aquella pobre chica había sido la única hija de Tarrant hasta que él decidió descubrir a todos aquéllos que había engendrado de forma accidental.

¿Por qué lo había hecho? ¿Fiona no era bastante para él?

Bella trató de sacar un tema de conversación.

—La discoteca está muy bien. Incluso mejor que cuando la abrieron.

—Oh, sí, hemos puesto hasta el último detalle. Incluso hemos puesto en la pista de baile el logotipo del hombre en la Luna con la cucharilla para la cocaína.

—¡Pero no hay cocaína de verdad! —Sam le dio un golpecito a Bella en el brazo—. Ese es el detalle que nos hemos dejado.

—Sam está en la junta directiva de una fundación contra las drogas —murmuró Fiona—. Le quita autenticidad, pero qué le vamos a hacer.

Por primera vez puso una sonrisa de verdad y Samantha se rió. Bella se unió a ellas, de forma que cuando llegó Dominic parecía que las tres estaban pasando un buen rato.

Bella trató de comportarse con naturalidad a pesar de que tenía el corazón acelerado.

—Eh, hermanita —él besó a Fiona en la mejilla.

—Hola, Sam —la besó a ella también. Después, se dirigió a Bella. Ella puso la mejilla para que le diera un beso casual, como los que le había dado a Samantha y a Fiona.

Dominic la miró y puso una picara sonrisa.

—De ninguna manera. No vas a conseguir librarte tan fácilmente —se agachó y la besó en la boca. ¿Qué diablos estaba haciendo? Samantha y Fiona se quedaron sorprendidas, pero Samantha se recuperó enseguida.

—Dominic, estoy decepcionada porque no llevas un traje entallado y una medalla de oro.

—Mi traje blanco está en la tintorería.

Dominic vestía una camiseta negra que resaltaba su torso musculoso y unos pantalones negros.

Con esa ropa tenía un aspecto menos respetable pero mucho más peligroso.

¿Por qué la había besado delante de Samantha y Fiona? La curiosidad y la ansiedad se apoderaron de ella, junto a una mezcla de deseo provocado por el hecho de que Dominic le tomara la mano para besársela.

Le ardía la piel en los lugares que él la había besado.

—¿Me concedes este baile?

—Hum, claro —contestó Bella.

Dominic bailó agarrado a Bella. Podía oler el dulzor de su piel y sentía el calor de su piel bajo los dedos.

Ella parecía nerviosa. Mirando a su alrededor como preguntándose quién podría verlos. Ese era el motivo.

Sí, él quería besarla y acariciarla. Pero sobre todo quería que Tarrant lo viera con ella. Para que supiera que aunque fuera su padre biológico, no tenía derecho a decirle qué era lo que tenía que hacer.

Si iba a tomar las riendas de la empresa de Tarrant, lo haría a su manera, sin condiciones.

El lunes, Tarrant se había puesto furioso cuando se enteró de lo de Bella y deseaba despedirla a toda costa. Incluso Fiona opinaba que debían de denunciarla por incumplimiento de contrato.

Dominic consiguió persuadirlos para que no echaran a Bella del edificio aquella misma mañana.

Y esa noche tenía el placer de acariciarla mientras varias personas los miraban con desaprobación.

Ella había conseguido relajarse y disfrutar del baile, moviendo el cuerpo al ritmo de la música. Al parecer, no llevaba sujetador y Dominic sintió una fuerte ola de calor.

—Ven conmigo —dijo tras aclararse la garganta. Agarró a Bella de la mano y se abrieron paso entre la gente—. Iremos a la platea.

Ella se puso tensa.

—He oído lo que solía suceder allí arriba.

—Sí —miró hacia arriba—. Es probable que a mí me engendraran allí.

—¡Dominic! —exclamó ella con desaprobación.

—No me importa. Supongo que al fin y al cabo me alegro de estar aquí. Si Tarrant y mi madre no se hubieran acostado, yo no estaría aquí mirando lo bien que te queda ese vestido… —se fijó en la curva de su trasero.

—Eres terrible.

—Sí. Y no lo olvides, tengo una fotocopia de tu trasero que puedo usar a modo de chantaje.

—¿No tienes escrúpulos?

—Posiblemente no.

—¡Dominic! —la voz de Tarrant se coló entre la música.

Dominic notó que Bella se quedaba de piedra. Tarrant agarró a Dominic con sus manos delgadas y sonrió.

—¿Qué te parece mi reproducción del Cielo en la Tierra?

—Creo que me decepcionaré cuando llegue al de verdad.

Tarrant arqueó una ceja.

—Tienes mucha confianza en que vas a ir al Cielo. Sospecho que yo terminaré bailando en un lugar mucho más caliente. En cualquier caso, pronto lo descubriré.

—No digas eso —protestó Dominic—. Vivirás más que cualquiera de nosotros.

Tarrant se volvió hacia Bella.

—Quizá si Bella puede inventar algo para que el interior de mi cuerpo parezca tan joven como el exterior. Ahora mismo llevo puesto ReNew, ¿qué te parece?.

Bella no pudo evitar mirarlo de cerca.

—Es estupendo.

—Estoy seguro de que mi hijo piensa que soy un bicho raro. Dominic no parece el tipo de hombre que se preocupa por las arrugas, ¿verdad?

—No lo sé —dijo Bella.

Dominic se rió.

—Tiene razón. No soy de ésos. Puede que me gustara tener una capa para ser invisible, si lo consigues. Eso podría tener aplicaciones muy interesantes.

—¿Una capa para ser invisible? —Tarrant arqueó las cejas—. ¿Qué es lo que ocurre en ese laboratorio, señorita Andrews?

Bella empalideció.

—Hemos estado trabajando en ReNew sin parar. No hemos investigado nada sobre la invisibilidad.

—Una lástima, se me ocurren un montón de sitios donde me gustaría ser invisible. ¿Y a ti, Dominic?

—Por supuesto.

Bella lo miró.

—Bella y yo nos dirigíamos a la platea para descansar un rato.

—Sin duda. No estéis mucho rato fuera de juego. Hay gente que me gustaría presentarte.

Dominic sonrió sin más.

Cuando Tarrant se alejó, agarró la mano de Bella y se percató de que estaba helada.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué estás haciendo? ¿A qué viene eso de la capa para ser invisible?

—¿No era ése uno de los proyectos de tu padre?

—¡No! Bueno, sí, lo era. Pero yo nunca te lo he contado —pestañeó.

—Se me da bien leer entre líneas. Tendrás que trabajar en ese proyecto si no abandonas el plan de demandar a Tarrant.

—¿Podemos dejar el tema? Te he dicho que voy a marcharme de la empresa.

—Y yo te he dicho que no.

—Me encantaría retorcerte el cuello —dijo entornando los ojos.

—Adelante. Es muy grande, así que no estoy seguro de que puedas agarrarlo con tus manos. Pero nunca se sabe.

Ella respiró hondo y se dispuso a intentarlo. Por supuesto, él aprovechó la oportunidad para agarrarla por la cintura. Los zapatos de tacón hacían que las caderas de Bella quedaran a la altura de la pelvis de Dominic, así que al abrazarla la presionó contra su miembro erecto.

—¡Suéltame!

—Suéltame tú primero —dijo él.

Ella lo agarró del cuello.

—Lo ves, ¡sí puedo!

—No lo suficiente como para apretar bien.

—Tienes razón. ¡Hombre del Neandertal!

—A mí me lo vas a decir. Tengo que hacerme las camisas a medida.

Sus rostros estaban muy cerca y se miraron en la semioscuridad.

Dominic se acercó un poco más y la besó con tanta delicadeza que sus pieles apenas se rozaron.

Ella separó los labios, retiró las manos de su cuello y le acarició el brazo por encima del músculo.

—¿Estás fuerte, eh?

—Me estás volviendo loco —dijo él, al sentir sus pezones erectos contra su torso.

—Bien —Bella lo miró, se puso de puntillas, cerro los ojos y lo besó en los labios.

Dominic la sujetó entre sus brazos mientras se besaban, y ella le acarició la espalda. Él llevó las manos hasta sus pechos y se los acarició a través del vestido.

«Oh, Bella».

No estaba seguro de si lo había dicho en voz alta o si sólo lo había pensado. Eso lo detuvo. Tenía que mantener la cabeza en su sitio.

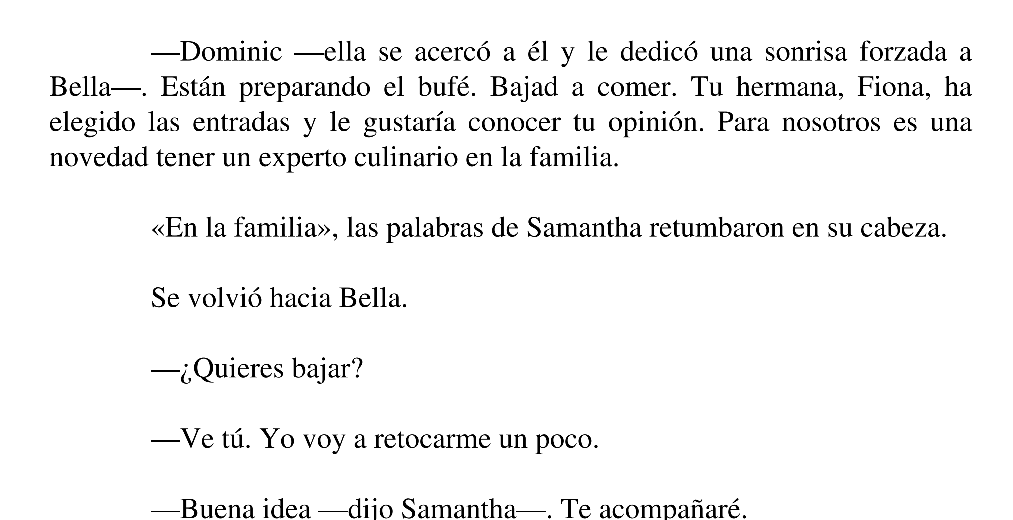
Se retiró, pestañeando al sentir los destellos de las luces de la pista de baile. Ella lo miró con los ojos llenos de pasión y los labios humedecidos. Se le había descolocado el vestido y se le había formado un escote mucho mayor de lo esperado.

Dominic respiró hondo, tratando de enviar sangre y oxígeno al cerebro. Después, intentó colocarle los tirantes del vestido para que tuviera un aspecto más decente. Todo un reto, teniendo en cuenta que lo único que deseaba era soltarle el nudo y desnudarla.

De pronto, una extraña sensación hizo que mirara un poco más allá. Y entre las sombras descubrió la delgada silueta de Samantha, la esposa de su padre.

Mirándolos.

Capítulo 9



—Dominic —ella se acercó a él y le dedicó una sonrisa forzada a Bella—. Están preparando el bufé. Bajad a comer. Tu hermana, Fiona, ha elegido las entradas y le gustaría conocer tu opinión. Para nosotros es una novedad tener un experto culinario en la familia.

«En la familia», las palabras de Samantha retumbaron en su cabeza.

Se volvió hacia Bella.

—¿Quieres bajar?

—Ve tú. Yo voy a retocarme un poco.

—Buena idea —dijo Samantha—. Te acompañaré.

Bella pestañeó. Samantha sonrió. Dominic se puso tenso, preguntándose qué diablos tramaba Samantha.

En el lavabo, Samantha se metió en uno de los baños. Bella se echó agua fría en las mejillas y se las secó con una toalla. Tenía el corazón acelerado y un fuerte cosquilleo en el estómago. ¿A qué estaba jugando Dominic?

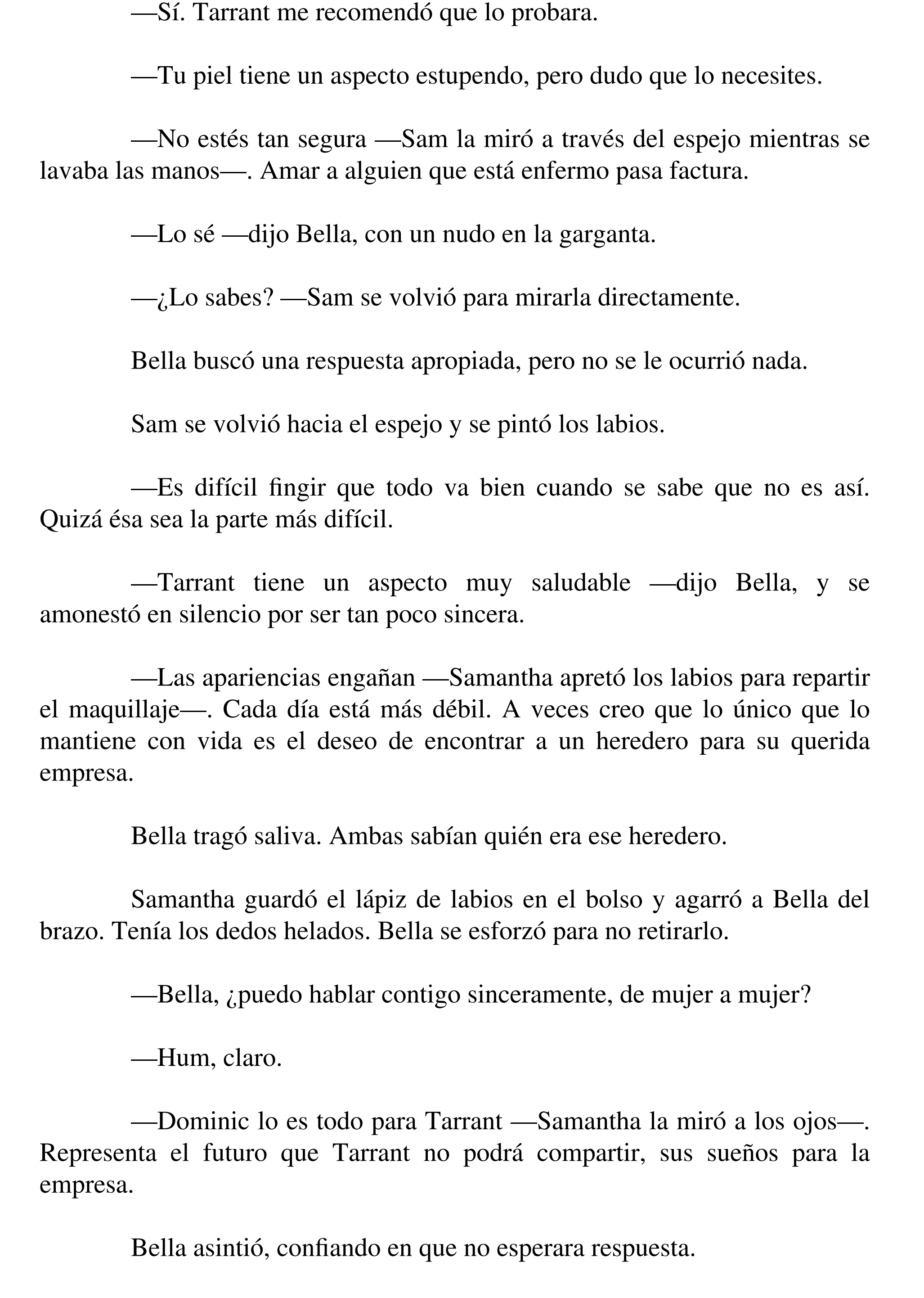
Ella había ido a la fiesta tratando de parecer educada y profesional, pero cuando estaba con Dominic no podía evitar derretirse entre sus brazos.

Respiró hondo y se retiró un mechón de pelo de la frente.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —Bella tragó saliva al ver a Samantha detrás de ella en el espejo—. Sólo un poco acalorada de bailar.

Samantha se acercó a ella.



—Me encanta el nuevo maquillaje que has creado.

—¿Tú también lo llevas?

—Sí. Tarrant me recomendó que lo probara.

—Tu piel tiene un aspecto estupendo, pero dudo que lo necesites.

—No estés tan segura —Sam la miró a través del espejo mientras se lavaba las manos—. Amar a alguien que está enfermo pasa factura.

—Lo sé —dijo Bella, con un nudo en la garganta.

—¿Lo sabes? —Sam se volvió para mirarla directamente.

Bella buscó una respuesta apropiada, pero no se le ocurrió nada.

Sam se volvió hacia el espejo y se pintó los labios.

—Es difícil fingir que todo va bien cuando se sabe que no es así. Quizá ésa sea la parte más difícil.

—Tarrant tiene un aspecto muy saludable —dijo Bella, y se amonestó en silencio por ser tan poco sincera.

—Las apariencias engañan —Samantha apretó los labios para repartir el maquillaje—. Cada día está más débil. A veces creo que lo único que lo mantiene con vida es el deseo de encontrar a un heredero para su querida empresa.

Bella tragó saliva. Ambas sabían quién era ese heredero.

Samantha guardó el lápiz de labios en el bolso y agarró a Bella del brazo. Tenía los dedos helados. Bella se esforzó para no retirarlo.

—Bella, ¿puedo hablar contigo sinceramente, de mujer a mujer?

—Hum, claro.

—Dominic lo es todo para Tarrant —Samantha la miró a los ojos—. Representa el futuro que Tarrant no podrá compartir, sus sueños para la empresa.

Bella asintió, confiando en que no esperara respuesta.

—Dominic es un hombre impresionante. Tiene mucho éxito como empresario y lo ha conseguido sin la ayuda de su padre. Eso hace que sea ideal. Pero por encima de todo ha demostrado ser un hombre honrado, generoso y cuidadoso.

Bella notó un nudo en el estómago. No podía discutírselo. Si él había hecho algo poco honrado, había sido guardar el secreto de su traición.

—Y por supuesto… —soltó una risita—. Es terriblemente atractivo y encantador —le apretó el brazo con más fuerza.

—¿Y qué tiene esto que ver conmigo? —soltó sin más.

—Para todos es evidente que Dominic siente algo por ti.

Bella frunció el ceño. Samantha debía de haberse fijado en cómo se había comportado Dominic durante la noche. Sin duda, ¿no sabría que habían mantenido relaciones íntimas? Bella no pudo evitar retirar el brazo.

—Oh, cielos. Lo siento. No pretendía agarrarte así. A veces me dejo llevar. Es sólo que significa mucho para mí, y para Tarrant, que Dominic se una a la familia y tome el relevo de su padre. Si sucediera algo que pudiera destruir eso, sé que no me perdonaría no haber hecho nada para evitarlo.

—No comprendo qué tiene que ver eso conmigo —necesitaba salir de allí.

Samantha respiró hondo.

—No hay una manera delicada de contártelo. Mi marido sabe que estás aquí para intentar recuperar las patentes de tu padre.

Bella se quedó helada.

—Quiere despedirte.

Era como si se le hubiera helado la sangre de golpe y las luces del baño fueran a cegarla. Samantha pestañeó.

—También quiere demandarte —frunció los labios—. Pero Dominic lo ha convencido para que no lo haga.

Bella no fue capaz de pronunciar palabra.

Samantha continuó hablando.

—No quiero que eso suceda. Has hecho cosas estupendas para la empresa, a pesar de cuál sea el motivo original por el que viniste aquí. Me gustaría que pudierais acordar una tregua entre Tarrant y tú. Sé que Tarrant no toleraría que en su empresa haya alguien que él considera un traidor. Está tratando de complacer a Dominic, pero tarde o temprano estallará y te despedirá. Me preocupa que Dominic también se marche y todo se vaya al traste.

«¿Cómo era posible que Tarrant se hubiera enterado?».

—El único motivo por el que estás todavía en la empresa es porque Dominic prometió vigilarte para asegurarse de que no causarías ningún daño.

Eso explicaba por qué Dominic la seguía a todos sitios.

La idea tranquilizadora de que Dominic le había suplicado a Tarrant que no la despidiera quedó desplazada por la realidad. Dominic le había contado su plan a Tarrant.

Bella sintió que se le paralizaba el corazón. «Dominic se lo ha dicho».

—¿Aceptarías abandonar tu plan de demandarlo? —preguntó Sam.

Bella se percató de que no había pronunciado ni una palabra. No se le ocurría nada que decir. Dominic la había traicionado.

El trato y todo lo que conllevaba era una farsa. Ella le había ofrecido sus labios, sus senos y el resto de su cuerpo. Se había entregado a él a cambio de su silencio…

Y él la había aceptado, pero la había delatado de todas maneras.

Bella miró a Samantha. Tenía ganas de llorar, de gritar o de golpear algo.

—Creo que, si estuvieras dispuesta a firmar una garantía de que no intentarás buscar compensación legal…

—Perdona —Bella pasó junto a Samantha y corrió hacia la puerta con el corazón acelerado. ¡Ellos lo sabían!

Y la habían invitado a aquella fiesta. ¿Qué tipo de juego era ése?

Bajó corriendo las escaleras y buscó la salida.

De pronto, las muestras de cariño que Dominic le había hecho adquirían un tono siniestro. Era un reto. Un guante lanzado a los pies de su padre.

¿Y ella se avergonzaba por haber hecho que él mintiera a su padre?

Debería avergonzarse por ser una completa idiota.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos a medida que se abría paso entre la multitud. Una fuerte sensación de rabia y miedo la invadía por dentro.

¿Qué sucedería con ella una vez que todos lo sabían?

—Bella —unas manos grandes la sujetaron por los antebrazos y ella percibió un aroma masculino que le resultaba familiar. Un olor que, momentos antes, le habría resultado excitante.

—¡Suéltame!

—¿Dónde vas tan deprisa?

—¡Lejos de ti!

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha sucedido?

—Sabes muy bien qué ha sucedido. Samantha me lo ha contado. Me dijo que Tarrant sabía que vine aquí para conseguir recuperar el trabajo de mi padre y que quiere despedirme.

—¿Qué?

Parecía asombrado. ¿De veras no lo sabía?

Un sentimiento de esperanza la invadió por dentro. ¿Se habría enterado Tarrant de otro modo?

Tragó saliva y dejó de resistirse. Pestañeó para detener las lágrimas.

Quizá fuera verdad. Un sentimiento de culpabilidad se apoderó de

ella por pensar lo peor.

Durante un segundo se imaginó entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho.

Pero Dominic no la atraía hacia sí. Si acaso, la sujetaba a bastante distancia.

—No se lo dijiste, ¿verdad? —preguntó ella con voz temblorosa.

Él frunció el ceño y entornó los ojos. A ella se le encogió el corazón y comenzó a temblar.

—Se lo dije.

—Suéltame.

—Escucha…

—¿Escucharte? Ya lo hice antes y mira dónde me ha llevado. Has traicionado mi confianza.

—No tienes derecho a enfadarte conmigo. Aceptaste un trabajo en Hardcastle y con eso prometiste lealtad a la empresa. Has estado cobrando, y has tenido acceso a todo tipo de información confidencial que a ningún propietario de empresa le gustaría que cayese en manos del enemigo. Y todo este tiempo has estado trabajando para conseguir tu objetivo. He intentado defenderte. Le he explicado a Tarrant que estás estresada, que necesitabas tiempo, que podríamos solucionar cosas. Estoy tratando de ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Por qué se lo dijiste? Después de todo lo que… ¡No lo comprendo! —dijo entre gemidos.

Dominic la miró. Se puso serio un instante y frunció el ceño otra vez.

—Es mi padre.

Capítulo 10

A Bella, las palabras de Dominic le sentaron como una bofetada.

Todo había cambiado.

—Lo comprendo —forzó las palabras entre sus labios—. La familia es importante.

Él le soltó las manos y ella dio un paso atrás, temerosa del hombre alto que tenía delante.

—Me dijiste que guardarías el secreto.

—Nunca te prometí nada —dijo sin expresión en la mirada.

Bella frunció el ceño. La música retumbaba en su cerebro. ¿De verdad no le había prometido nada? ¿Había sido tan idiota como para tomarse sus besos como palabras tranquilizadoras?

La vergüenza se apoderó de ella. Como si ella pudiera significar algo para un hombre como Dominic.

Estaba a mitad de camino cuando se percató de que estaba corriendo hacia la puerta. Con cada movimiento esperaba que Dominic la detuviera.

Pero no sucedió.

Nada más salir, percibió el aire frío de la noche en el rostro.

Se había quedado sin trabajo. La relación con Dominic había terminado y, por tanto, el resto de cosas de su vida, la salud de su madre, el trabajo de su padre y sus proyectos estaban a punto de derrumbarse también.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el portero.

—Estoy bien —dijo ella, conteniendo el llanto.

—Puedo llamar a un taxi.

—De veras, estoy bien.

Se secó las lágrimas y empezó a caminar por la calle. Tras caminar una manzana decidió que los zapatos de tacón le hacían demasiado daño y se los quitó. Comenzó a correr descalza por la Sexta Avenida.

Quizá, si seguía corriendo, encontraría un remanso de paz y de tranquilidad.

Como la que encontraba en su querido laboratorio, donde no volvería nunca más.

Dominic se echó hacia delante para hablar con el taxista.

—Suba por la Sexta Avenida —le dijo, pensando que, si se había ido a pie, no habría llegado demasiado lejos.

Dominic le había advertido a Bella que, si Tarrant descubría sus planes, su carrera profesional habría terminado para siempre. Y con ello su vida. Ella no podría demandar a Tarrant, pero él sí podría demandarla a ella. Y él sabía que, una vez que empezara a correr, no se detendría jamás.

Y todo por que él la había traicionado. Por un gesto de lealtad hacia un padre que siempre había deseado y nunca había conocido.

Él se pasó la mano por el cabello y observó las aceras casi vacías. La idea de perderla le provocaba angustia. Había empleado tanto tiempo jugando que nunca se había imaginado la posibilidad de perderla.

De pronto, vio que un coche iluminaba un vestido dorado un poco más adelante.

Sí. Era ella. Iba corriendo por la acera.

—Pare —le tiró un billete al conductor y se bajó del vehículo.

—¡Bella!

Ella se volvió un instante y empezó a correr más deprisa.

Él salió detrás. La alcanzó en seguida y la sujetó por la cintura.

—¡Suéltame! —gritó ella.

—No —la giró—. No dejaré que te vayas.

—No me prometiste nada —jadeó ella—. He estado trabajando con falsas intenciones. Acepté el trabajo para demandar a tu padre. Y ahora sé que me equivoqué, porque mi padre vendió su trabajo a Tarrant para poder pagar mis estudios. Tienes motivos para despreciarme. Confía en mí, no volverás a verme —lo miró—. ¡Suéltame!

Sus senos rozaron el torso de Dominic y él sintió un fuerte deseo. Las palabras se atravesaron en su garganta. Quería besarla. Mostrarle cómo se sentía era más fácil y más natural que soltar un montón de palabras al aire.

—No puedo. No quiero.

—¿Por qué? ¿No te basta con haberte posicionado del lado de tu padre? ¿También quieres castigarme?

—No. No quiero castigarte. No debería haberle contado nada a mi padre. Debería haber mantenido mi promesa. Lo siento.

—Decir lo siento no salvará mi trabajo. Está bien, puesto que no lo merezco. Y no te preocupes, no me debes nada. Te agradezco todo lo que has hecho por mi madre, pero a partir de ahora estaremos bien juntas —trató de liberarse, pero no lo consiguió.

Él no podía soportar la idea de perderla.

—Escúchame, Bella. He estado muy confundido con todo. De pronto aparece mi padre y provoca que aflore el dolor y la rabia que llevaba acumulando durante treinta años. Además, conozco a la mujer más bella, inteligente y *sexy* que he conocido nunca… Soy un hombre sincero. Sólo tengo un código de honor. Me ocupo de mi familia, de mis amigos y de mis empleados. Nada complicado acerca de ello. De pronto, no sé lo que está bien o está mal, y empiezo a darme cuenta de que no siempre hay respuestas fáciles. Me doy cuenta de que mi padre y tú podéis tener razón, aunque estéis en lados opuestos del mismo asunto. Y también… —se frotó el rostro—. También me he dado cuenta de que me importas mucho.

Bella lo miraba con los ojos bien abiertos.

—Parece una de esas historias sin final feliz.

—Pero no tiene por qué ser así. Podemos encontrar una solución. Yo me haré cargo de la empresa, tal y como mi padre quiere, y tú puedes quedarte y dirigir los proyectos de tu padre.

—Suena demasiado bien como para ser cierto. Tal y como ha ido mi vida durante los dos últimos años, eso me asusta.

Estaba temblando y él la abrazó.

—¿Sigues queriendo demandar a Tarrant?

—No. Ya no. Quiero que mi vida vuelva a la normalidad.

—Entonces, olvida lo de la demanda. Tarrant se tranquilizará y nosotros podremos seguir adelante con nuestras vidas.

—¿Crees que no me denunciará por incumplimiento de contrato?

—No si yo le pido que no lo haga.

—¿Por qué desea que seas su heredero?

—Sí.

—¿Lo dices en serio? ¿Hablarás con él y tratarás de convencerlo de que me deje ir tranquila?

—Yo no dejaré que te vayas —Dominic la abrazó con más fuerza.

Le acarició el labio con el dedo pulgar y ella se estremeció de deseo.

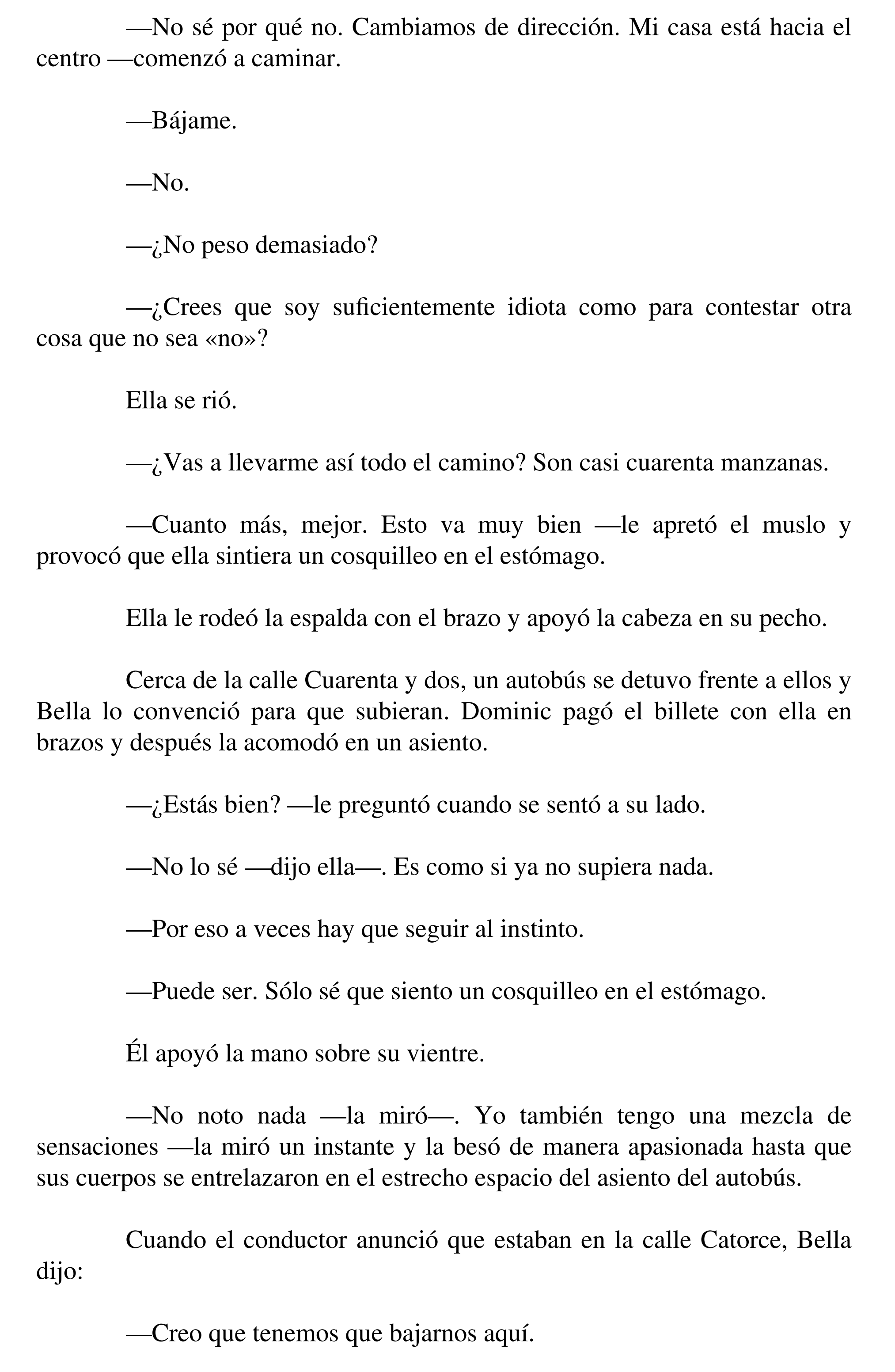
—¿Cómo puedes hacerme esto? Soy científica. Se supone que no debería tener sentimientos. Estudio cosas, no las experimento.

—Ahí es donde te equivocas. Sientes muchas cosas, y muy poderosas —le acarició la mejilla—. ¿Qué haces descalza?

—Es mejor que correr con tacones —le mostró las sandalias.

—Tengo una idea mejor —la tomó en brazos.

—No seas tonto, ¡no puedes llevarme!



—No sé por qué no. Cambiamos de dirección. Mi casa está hacia el centro —comenzó a caminar.

—Bájame.

—No.

—¿No peso demasiado?

—¿Crees que soy suficientemente idiota como para contestar otra cosa que no sea «no»?

Ella se rió.

—¿Vas a llevarme así todo el camino? Son casi cuarenta manzanas.

—Cuanto más, mejor. Esto va muy bien —le apretó el muslo y provocó que ella sintiera un cosquilleo en el estómago.

Ella le rodeó la espalda con el brazo y apoyó la cabeza en su pecho.

Cerca de la calle Cuarenta y dos, un autobús se detuvo frente a ellos y Bella lo convenció para que subieran. Dominic pagó el billete con ella en brazos y después la acomodó en un asiento.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando se sentó a su lado.

—No lo sé —dijo ella—. Es como si ya no supiera nada.

—Por eso a veces hay que seguir al instinto.

—Puede ser. Sólo sé que siento un cosquilleo en el estómago.

Él apoyó la mano sobre su vientre.

—No noto nada —la miró—. Yo también tengo una mezcla de sensaciones —la miró un instante y la besó de manera apasionada hasta que sus cuerpos se entrelazaron en el estrecho espacio del asiento del autobús.

Cuando el conductor anunció que estaban en la calle Catorce, Bella dijo:

—Creo que tenemos que bajarnos aquí.

Se dirigieron a la puerta y Dominic insistió en llevarla en brazos hasta su casa.

—Puedes dejarme en el suelo —dijo ella, cuando cruzaron el umbral de la puerta.

—De ninguna manera —susurró él—. No confío en ti. Puedes escapar. Sólo voy dejarte en un lugar.

La cama de su dormitorio era redonda. Dominic la dejó en el centro y permaneció mirándola.

—¿Qué?

—Me encanta cómo te queda ese vestido.

Bella bajó la mirada. Sus pechos estaban a punto de descubrirse.

—Mi amiga Risa me hizo ponérmelo. Dijo que, si iba a una fiesta en Studio 54, debía llevar un vestido de Halston. Yo ni siquiera sé quién es.

—Yo tampoco, pero estaré en deuda con Risa toda la vida.

—Creo que estaba hecho para alguien con menos… —se tiró del vestido para cubrir sus senos.

—Te queda perfecto.

—Parece que tienes buen gusto para los vestidos.

—Tengo buen gusto para lo que hay dentro —se sentó en el borde de la cama y le acarició la pierna—. ¿Te has dado cuenta de que tienes el cuerpo más bonito de la historia de la humanidad?

—Curiosamente, nadie me lo había dicho nunca.

—Has estado mucho tiempo escondida.

—Hace dos años habría estado de acuerdo contigo, pero cuando murió mi padre no me quedó más remedio que salir de la madriguera.

—Siento todo lo malo que te ha ocurrido, pero no siento que hayas terminado entre mis brazos —apoyó la mano en su muslo—. ¿Puedo besarte?

Ella no pudo evitar sonreír.

—Claro que sí.

La besó con delicadeza y se separó de ella.

—¿Puedo desnudarte?

—Creo que el vestido estará encantado de perderme de vista.

—Déjame.

Con una sonrisa, soltó el nudo del vestido y permitió que la parte delantera cayera dejando los senos de Bella al descubierto.

—Guau.

Ella no pudo evitar reírse al ver cómo la miraba.

—Pareces un niño en una tienda de caramelos.

—Me siento como tal. ¿Puedo probarlos?

—Sírvete.

Ella se estremeció nada más sentir su boca sobre la piel. Él le acarició los pezones con la lengua y se los mordisqueó hasta que se volvieron rosados. Bella comenzó a respirar de manera entrecortada.

—Mejor que ningún caramelo.

—Y no estropean los dientes.

—Sí, pero a veces, comer caramelos con el estómago vacío da más hambre.

Le desató el nudo que llevaba en la cintura y le deslizó el vestido por las piernas.

Ella llevaba la ropa interior a juego con el vestido.

—Queda muy bien —dijo Dominic.

—Hago lo que puedo.

—Es una lástima que tenga que quitártela. Si no te importa, claro.

—Adelante —arqueó las caderas.

Dominic le quitó la ropa interior y la dejó desnuda sobre la cama.

—Uno de los dos lleva puesta demasiada ropa —dijo ella—. Creo que hay que corregir esta desigualdad.

Dominic se quitó la camiseta y Bella se quedó sin respiración al ver su vientre musculoso cubierto de una fina capa de vello negro. Él continuó desvistiéndose y se bajó los pantalones y la ropa interior, dejando al descubierto su miembro erecto.

—Guau —dijo ella, incorporándose sobre los codos para mirarlo mejor.

—¿Estás segura de que no quieres un microscopio para ver los detalles? —dijo él, riéndose.

—¿Estaba mirándote?

—Es una forma de decirlo —se acercó a ella.

—No creo que un microscopio sirviera de mucho. Sólo para ver cosas pequeñas.

—La gente me ha llamado muchas cosas, pero «pequeño» no es una de ellas —sonrió Dominic.

Se colocó sobre ella y agachó la cabeza entre sus piernas. Ella gimió de placer cuando él la acarició con la lengua y succionó despacio hasta hacerla estremecer. Ella lo agarró del cabello y su cuerpo comenzó a dar sacudidas.

—Tienes buenos reflejos —murmuró él—. Eso, o estás muy, muy excitada.

—Ambas —contestó ella.

—Será mejor que hagamos algo al respecto.

—Todavía no —ella deseaba prolongar el tormento que le producía

estar al borde de la locura, y quería que él lo disfrutara también—. Túmbate boca arriba.

Él arqueó las cejas y sonrió. Obedeció y se tumbó en la cama.

—Tus deseos son órdenes para mí.

—Bien.

Lo besó en el torso, despacio, inhalando el aroma de su piel y acariciando la capa de vello que cubría su vientre. Después, se acercó a su miembro y le acarició la punta con la lengua. Una gota de líquido transparente avivó su apetito e introdujo su miembro en la boca.

Dominic clavó las caderas contra el colchón mientras succionaba con fuerza. Los senos de Bella le acariciaban la parte interior de sus muslos y podía sentir que ella respiraba de manera agitada.

Un fuerte gemido hizo que Bella levantara la vista y se fijara en que él agarraba las sábanas con fuerza. Se incorporó y se colocó sobre él. Dominic la levantó y ambos se colocaron de lado, mirándose.

—Quiero hacerte el amor, Bella.

Ella sintió que se le encogía el corazón. Deseaba hacer el amor con él. No sólo mantener una relación sexual, sino algo más profundo y poderoso.

—¿Crees que debemos hacerlo? —preguntó él, y le acarició la mejilla.

—Sí.

Dominic la besó despacio y con delicadeza. Y después hicieron el amor.

Bella se sentía segura entre los brazos de Dominic. Percibía sus sentimientos en las caricias y en la manera de pronunciar su nombre mientras llegaba al orgasmo. También, después, cuando yacieron abrazados.

—Vamos a solucionarlo todo —dijo él—. Con Tarrant, y entre nosotros.

Hablaba con convicción. Con esperanza. Y ella permitió que la esperanza se acomodara en su pecho, haciendo que imaginara un futuro feliz.

Dominic se había enamorado de ella. Lo notaba en el tono de su voz, en la manera de acariciarla y en cómo había provocado que tuviera sentimientos nuevos hacia él.

Pero también quería a Tarrant Hardcastle.

Y si se veía obligado a elegir entre ellos, aquélla sería su última noche de pasión.

Capítulo 11

Dominic salió del ascensor de la empresa y encontró a Tarrant en la zona de recepción con un periódico en la mano.

—¿Qué diablos es esto? —Tarrant levantó el periódico—. Sabía que debería haberla aplastado como a un gusano.

—Tarrant —Samantha lo agarraba del brazo—. No te alteres. Ya sabes cómo pueden ser los periodistas.

—¿Qué ocurre? —Dominic estiró la mano, y Tarrant le entregó el periódico.

—Tu novia —dijo Tarrant—. Ha publicado una historia en el periódico acerca de cómo destrocé a su padre. Añade que intentó chantajear a mi heredero para que mantuviera su secreto, seduciéndolo a través del sexo mientras desarrollaba su plan de demandar a la empresa.

Dominic miró el artículo.

Maldita sea. No estaba exagerando.

—¿Me llama egocéntrico y extravagante? Eso es difamación. Tienen razón, alguien va a ser demandado.

Dominic releyó el último párrafo.

El imperio de Tarrant Hardcastle lleva tiempo siendo la bandera de los cosméticos de lujo. Conocido por su trato implacable hacia la competencia, este hombre que se ha casado tres veces, es famoso por tener un corazón tan duro como el suelo de Manhattan. Ahora, el hombre egocéntrico y extravagante, sufre una enfermedad terminal y ha puesto la confianza en un hijo ilegítimo, que en su día rechazó, para que se haga cargo de su imperio. Está tan ansioso por conseguir que el inconformista Dominic Di Bari ocupe su puesto que es capaz de pasar por alto cualquier cosa, incluso los tratos sucios que se hacen bajo sus narices y que afectan al corazón del imperio Hardcastle.

—¿Cómo han conseguido esta información? —preguntó Dominic.

—¿Y tú me lo preguntas? —dijo Tarrant con furia—. Ya sabes cómo.

Gracias a esa *Mata Hari* de bata blanca que prometiste que vigilarías después de descubrir que tenía intención de demandarme.

—No —Dominic miró el periódico—. Bella nunca haría una cosa así.

—Estás ciego. Por supuesto que ha sido ella. ¿Quién si no?

Dominic miró a Samantha y ella se encogió de hombros.

—Señor Hardcastle —dijo la recepcionista—. Quería que lo avisara cuando llegara la señorita Andrews. Sylvester me ha dicho que acaba de entrar en el edificio.

—Espera a que ponga las manos encima de esa pequeña…

—¡Tarrant! —Sam lo agarró de la manga.

—Deja que hable con ella —dijo Dominic—. Dame unos minutos y veré qué sabe acerca de todo esto. No me mentirá.

—Eso es lo que crees —dijo Tarrant.

—Deja que lo intente —le suplicó Sam, y se dirigió a Dominic—: Esperaremos en el despacho de tu padre. Llévala allí cuando estéis listos.

Dominic tomó el ascensor hasta el laboratorio.

—¿Has visto esto? —le preguntó nada más entrar.

—¿Qué? —preguntó ella.

Agarró el periódico y leyó la noticia.

—Oh, cielos. Supongo que alguien nos vio en la fiesta.

—Alguien que sabe algo más, me temo —agarró el periódico y leyó en voz alta—: «Bella Soros, la hija del famoso físico Bela Soros, ha adoptado una identidad secreta y se ha presentado a un puesto en Hardcastle Enterprises para vengarse del nombre al que considera culpable de robar y destruir el legado de su padre».

Bella se cubrió la boca con las manos.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Tarrant cree que has sido tú.

—¡Jamás! ¿Por qué iba a hacerlo?

—Para preparar a la opinión pública cuando te demande. El artículo no le hace justicia a Tarrant y eso hace que parezcas una heroína. Lo que sigue es peor —continuó leyendo—: «Dominic Di Bari, el hijo de Tarrant y potencial heredero, tiene una relación personal con la encantadora señorita Soros. Se rumorea que Di Bari descubrió los planes de Soros y que aceptó un pequeño chantaje sensual».

Bella le quitó el periódico y lo miró.

—No tengo nada que ver con esto.

—Eso es lo que he intentado decirle a Tarrant, pero creo que necesita oírlo de tus labios. ¿Me prometes que no tienes nada que ver con esto?

—Lo prometo —dijo ella—. No puedo creer que pienses que yo… —lo miró fijamente a los ojos—. Yo nunca haría una cosa así.

—Eso es lo que le he dicho a Tarrant. Ven. Vamos a verlo.

Ella se quedó helada.

—¿Qué hará él?

—Nada. Tú no has hecho nada mal. Has desempeñado tu trabajo a la perfección, y cuando le digas que no piensas emprender acciones legales, tendrá que olvidar todo lo que ha pasado —entornó los ojos—. Puesto que no tienes intención de demandarlo.

—Sólo quiero marcharme en paz.

—No vas a ir a ningún sitio —la guió hasta el ascensor y presionó el botón para ir al despacho de Tarrant.

—¿Quién crees que está detrás de todo esto? —preguntó ella.

—Alguien que quiere problemas. Y conociendo a Tarrant Hardcastle, puede ser cualquiera de las miles de personas que ha molestado durante los años.

Se abrió la puerta y Dominic agarró a Bella del brazo.

—Estoy nerviosa.

—No lo estés —dijo él, guiándola por el pasillo.

Dominic llamó a la puerta del despacho de Tarrant.

—Adelante —gruñó él.

Dominic entró primero. Bella trató de poner una expresión de seguridad en el rostro, pero se tambaleó cuando Tarrant la miró de manera intimidante.

—No tengo nada que ver con ese artículo —tartamudeó ella.

Tarrant rodeó el escritorio y se acercó a ella.

—Pero es cierto, ¿no es así?

—Hum —dudó un instante porque temía decir algo incorrecto y estropear la relación de Dominic con su padre.

—Sí, es cierto —intervino Dominic—. Pero ya no piensa demandarte.

—Bueno, pero no puedo vivir con una traidora bajo mi techo. Lo he intentado y no funciona. La señorita Soros saldrá de este edificio en cuanto termine esta reunión.

Bella se fijó en que Samantha estaba en una esquina del despacho y que miraba a Dominic con preocupación.

—Si Bella se va, yo me voy con ella —dijo Dominic.

—No seas ridículo —Tarrant se acercó a él y le dio una palmada en el brazo—. La olvidarás enseguida. El mundo está lleno de bellas mujeres. Yo me arrepiento de no haber conocido más.

Dominic frunció el ceño y Tarrant se percató de que había dicho algo equivocado.

—Pero como ya he dicho antes, eres diferente a mí, y ésa es una de las muchas cosas que admiro de ti.

—Bella es una científica estupenda y un gran valor para la empresa. Actuó así debido a la necesidad y a la lealtad que siente hacia su familia. Si tienes una pizca de compasión, mirarás hacia el futuro y no hacia el pasado.

—El futuro —dijo Tarrant—. No estaré aquí para verlo. Al menos, no mucho tiempo. Tú sí, hijo mío.

—¿Yo? —Dominic ladeó la cabeza—. Si me quedo, será bajo mis condiciones —dio un paso adelante—. Me alegro de conocerte, y agradezco que me hayas reconocido como hijo, aunque sea por el bien de mi madre, pero ya te lo he dicho antes, no te debo nada.

Se hizo un silencio y la tensión invadió el ambiente. Bella notó que le costaba respirar.

Entonces, Tarrant soltó una carcajada.

—Ese maldito artículo tiene razón. Estoy tan desesperado por que seas mi heredero que soy capaz de pasar por alto cualquier cosa, incluso que se rían de mí en los periódicos por ser una presa fácil.

—Así que Bella se queda —dijo Dominic—. Ella es la responsable de convertir en realidad las investigaciones que compraste y sus productos generarán dinero a la empresa. Ella debería continuar el trabajo de su padre. Será bueno para todos.

Tarrant miró a Bella y ella trató de mantener la serenidad.

—¿Por qué ibas a arriesgar tu reputación y tu carrera profesional haciendo una idiotez para recuperar el trabajo de tu padre?

—Mi padre era la persona más brillante que he conocido nunca, y sus ideas eran tan revolucionarias que la mayoría de la gente no era capaz ni de comprenderlas. Pero también era un hombre encantador y adorable. Nunca se preocupó de aplicar sus teorías, para él lo importante eran las ideas. Yo quería recuperar su legado por el bien de mi madre, y por el mío, para ver que sus sueños y su duro trabajo se convertían en algo, en lugar de permanecer olvidados en un archivador.

Tarrant se cruzó de brazos.

—Bueno. Supongo que nunca he hecho nada que merezca tanta devoción por parte de los hijos —miró a Dominic—. Era más fácil no tener que cuidar de nadie y que nadie cuidara de mí.

Miró a Bella otra vez. Ella temblaba ligeramente.

«Ya está. Me va a echar. Dominic tendrá que elegir entre los dos».

Se le aceleró el corazón al pensar en todo lo que él iba a perder. No sólo la empresa, sino también el padre que nunca había tenido. Se merecía algo mejor.

—No eches a Dominic de tu lado. ¡Por favor! Y menos cuando queda tan poco tiempo. Cada día es preciado —respiraba de manera entrecortada.

Todos la miraron. Ella no se atrevió a mirar a Dominic.

Respiró hondo y añadió:

—Ahora me marcho. Haced lo que debáis —se dirigió a la puerta. Sabía que era lo correcto. Había llegado el momento de quitarles a los demás el peso de una decisión que le correspondía a ella.

Aunque eso significara perder a Dominic.

Una mano en el brazo la detuvo.

Se volvió y vio que Dominic la miraba fijamente. No podía respirar. Sólo deseaba lanzarse a sus brazos, pero no sabía si él deseaba besarla o echarla de allí.

—Te lo dije, no vas a marcharte —dijo él en voz baja—. Y menos sin mí.

—Nadie va a irse a ningún sitio. ¿Estáis intentando matar a este viejo? —Tarrant abrió una caja y sacó un puro—. Estoy demasiado enfermo para estos dramas.

Miró a Samantha y le enseñó el puro, como esperando que le diera fuego.

Ella entornó los ojos.

—No me importa que no se pueda fumar.

—¿Y qué hay de los pulmones de tu hijo? —Samantha se cruzó de brazos. Era mucho más dura de lo que aparentaba.

Bella se arrepintió de haber rechazado la ayuda de Samantha.

—Siento todo lo que he hecho. No pretendía herir a nadie. Sólo quería ayudar a mi madre.

—Lo sabemos, cariño —dijo Tarrant como quitándole importancia. Dejó el puro apagado sobre la mesa—. Todos soy mejores personas que yo, y supongo que eso es bueno para el mundo. Dominic ya ha demostrado ser mejor de lo que cualquier hombre puede esperar de un hijo. Veo que está loco por ti, y no me cabe duda de que tú eres una mujer digna de su afecto.

Bella miró a Dominic y vio una expresión de emoción en su rostro.

Tarrant se aclaró la garganta.

—Me gustaría que Dominic aceptara el puesto de presidente de Hardcastle Enterprises esta misma tarde —miró a Bella—. Dejaré que él se ocupe de ti. Si quiere nombrarte directora de investigación y ponerte a fabricar capas de invisibilidad en la planta decimoquinta, allá él.

Dominic agarró a Bella por la cintura.

—Acepto —dijo mirando a su padre—. Pero me temo que tendrás que disculparnos un momento.

Agarró a Bella de la mano y la guió hasta la puerta. Una vez fuera del despacho, la besó en la boca.

—Te quiero.

«¿Qué?». Sus palabras la invadieron por dentro.

—Yo también te quiero —dijo ella, y continuó besándolo.

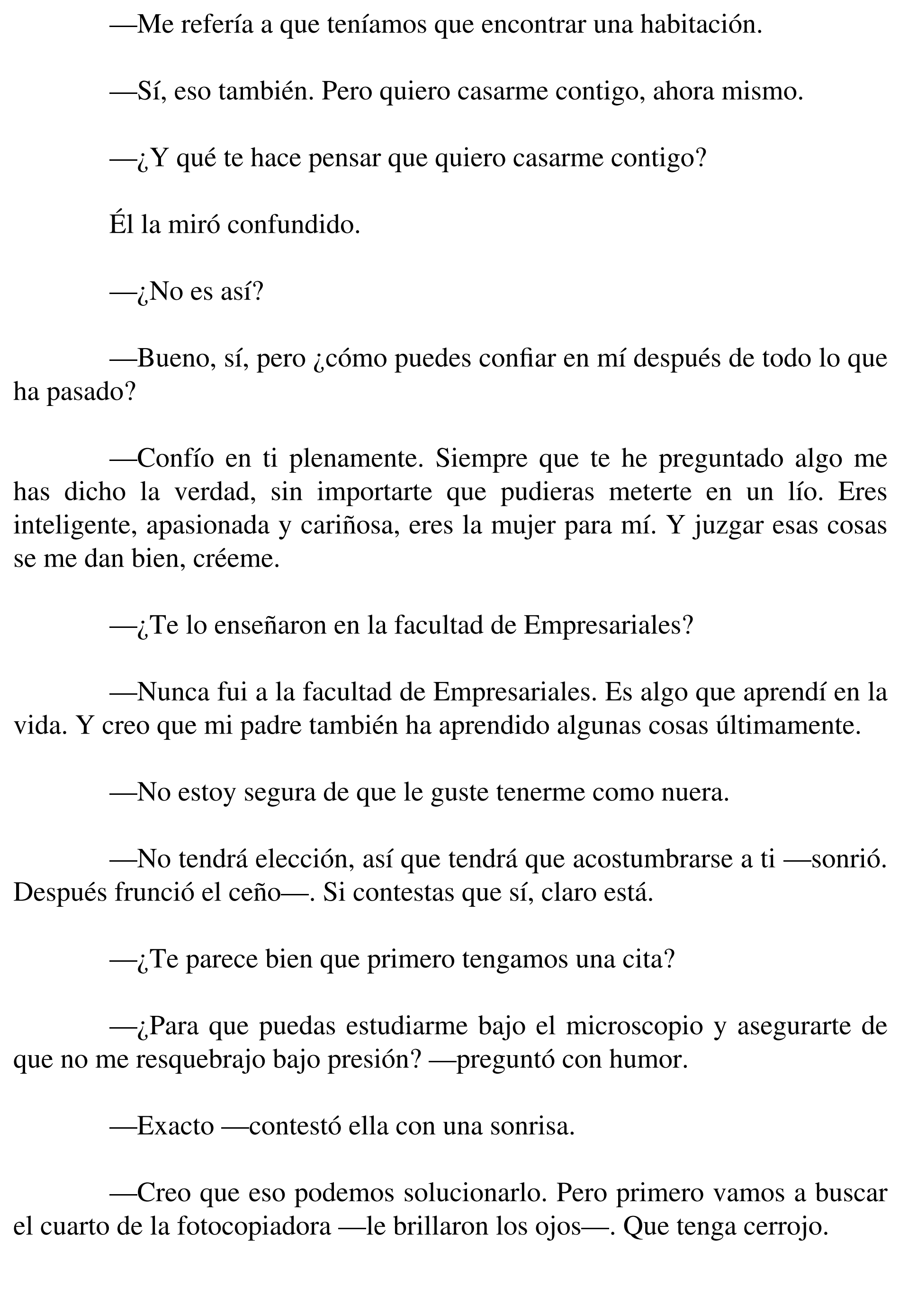
Él comenzó a acariciarla por encima del vestido, de manera posesiva. Ella le acarició el cabello y metió las manos bajo su camisa.

Entonces, se percató de que todavía estaban en el pasillo.

—Tenemos que… Tenemos que… —no conseguía formular nada sensato. Todo lo que dijera retrasaría lo único que ambos realmente deseaban.

—Tenemos que casarnos, lo sé. Y cuanto antes —susurró Dominic contra su piel.

Bella no pudo evitar soltar una carcajada.



—Me refería a que teníamos que encontrar una habitación.

—Sí, eso también. Pero quiero casarme contigo, ahora mismo.

—¿Y qué te hace pensar que quiero casarme contigo?

Él la miró confundido.

—¿No es así?

—Bueno, sí, pero ¿cómo puedes confiar en mí después de todo lo que ha pasado?

—Confío en ti plenamente. Siempre que te he preguntado algo me has dicho la verdad, sin importarte que pudieras meterte en un lío. Eres inteligente, apasionada y cariñosa, eres la mujer para mí. Y juzgar esas cosas se me dan bien, créeme.

—¿Te lo enseñaron en la facultad de Empresariales?

—Nunca fui a la facultad de Empresariales. Es algo que aprendí en la vida. Y creo que mi padre también ha aprendido algunas cosas últimamente.

—No estoy segura de que le guste tenerme como nuera.

—No tendrá elección, así que tendrá que acostumbrarse a ti —sonrió. Después frunció el ceño—. Si contestas que sí, claro está.

—¿Te parece bien que primero tengamos una cita?

—¿Para que puedas estudiarme bajo el microscopio y asegurarte de que no me resquebrajo bajo presión? —preguntó con humor.

—Exacto —contestó ella con una sonrisa.

—Creo que eso podemos solucionarlo. Pero primero vamos a buscar el cuarto de la fotocopiadora —le brillaron los ojos—. Que tenga cerrojo.

Fin